

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE SAN MARTÍN  
INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS SOCIALES  
CARRERA DE ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y CULTURAL**

# **“Quien sirve no es servido”**

## **Una etnografía sobre las *babás* de un condominio privado de Río de Janeiro**

Tesina para obtener el título de  
Licenciada en Antropología Social y  
Cultural

Estudiante: Samantha Rojchman

Dirección: Menara Guizardi

**Buenos Aires  
Julio de 2020**

**“QUIEN SIRVE NO ES SERVIDO”**  
**UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LAS *BABÁS* DE UN CONDOMINIO PRIVADO  
DE RÍO DE JANEIRO**

---

Estudiante: Samantha Rojchman

---

Evaluada: Johana Kunin

---

Directora: Menara Guizardi

## RESUMEN

En esta tesina presento una investigación etnográfica acerca de las prácticas de cuidado de un grupo de *babás* [niñeras] que trabajaban en un condominio de la zona sur de Río de Janeiro (Brasil). La metrópolis brasileña se distingue, entre otras cosas, por sus grandes desigualdades socioespaciales. El barrio donde se realizó este trabajo (denominado *São Conrado*) es un área residencial de estratificación socioeconómica media-alta que linda con la *favela* más grande de Latinoamérica (la *Rocinha*). En ese barrio opulento se suele emplear a los habitantes del barrio popular como trabajadores/as de servicios de baja cualificación. Entre septiembre de 2018 y febrero de 2019, acompañé de cerca a las *babás* –algunas de ellas, residentes de la *favela*– en sus rutinas laborales. Logré tener libre acceso al condominio, y así circular junto a las empleadas por los espacios comunes de los tres edificios que componían al conjunto habitacional. En esos sitios comunes (la cancha de fútbol, la piscina, el *playroom*) los niños/as a quienes las *babás* cuidaban llevaban a cabo actividades como clases privadas de fútbol y natación, fiestas de cumpleaños y eventos extraordinarios. Allí, conversé con las niñeras y las entrevisté mientras ellas observaban y cuidaban a los menores. Los objetivos principales de la investigación fueron dos. Primero, conocer de cerca la dimensión afectiva que constituía a estos empleos de cuidado infantil. Segundo, comprender los sentidos y significados que las niñeras adjudicaban a sus prácticas de cuidado y a las dificultades que ellas enfrentaban en la realización de su labor. Para abordar estas cuestiones, inicio mi análisis explicitando los marcos teóricos y metodológicos de la investigación y presentando las historias de vida de las protagonistas de mi estudio. Luego, desarrollo una reflexión histórica sobre los cuidados ejercidos por la “ama de leche” en el período esclavista en Brasil. Este ejercicio permite dotar de profundidad histórica las relaciones observadas etnográficamente en torno a la figura de “la *babá*”. Además, analizo los vínculos que las protagonistas de mi estudio entablaban en su espacio de trabajo, tanto entre pares como con los niños/as y con sus patrones/as. También indago sobre la relación entre la espacialidad del condominio y las prácticas de cuidado que ellas realizaban. El orden espacial, lejos de ser neutral, imprimía límites y posibilidades al ejercicio profesional de las niñeras. La suma de estos debates nos conduce a complejizar la comprensión de la realidad de estas mujeres, inmersas en un universo que las oprimía en múltiples dimensiones. Esto se reflejó en obstáculos y contrariedades que ellas enfrentaban habitualmente, y que se relacionaban con el encuentro cotidiano (complejo y contradictorio) entre la intimidad y la jerarquía, la afectividad y la remuneración, el cuidado y la desigualdad.

**Palabras claves:** Género; cuidados; trabajadoras domésticas; enclaves fortificados; Río de Janeiro.

## AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por mis años de crecimiento. A mis padres, mi hermana, mi tía y mis abuelos. Por los encuentros y desencuentros; el apoyo constante y el amor que me brindaron.

A Pau, Lau y Gab. Por el camino que inventamos contra los años, y sin el cual no me imagino la vida.

A mi prima Flor, con quien jugamos de chicas y de grandes.

A mis amigas y amigos, que sin saberlo enriquecieron mucho este trabajo.

A mis compañeros y compañeras de la UNSAM, por las lecturas, las charlas y el trayecto que compartimos. A los docentes del IDAES, por su inspiración y dedicación infinita.

A Ro, por sus lecturas sensibles y estimulantes.

A la UNSAM, universidad pública de la cual egreso con orgullo y con la cual estaré en deuda por siempre.

A mi directora Menara, por su enorme generosidad personal y entrega profesional. Por la confianza que depositó en mí desde el principio. Su huella en este trabajo es insoslayable.

A Julia y a su familia, por permitirme entrar al condominio y recibirme tan acogedoramente.

A los niños y niñas del condominio, con quien me descubrí antropóloga jugando a la pelota.

A las *babás*, por invitarme a conocer sus historias y reflexionar juntas, y por hacerme sentir acompañada mientras estaba lejos de casa. Mi cariño más sincero por los días que compartimos.

Por último, a mi mamá Sandra y a la memoria de mi bobo Elena.

A ellas, por *todo*.

## ÍNDICE GENERAL

<b>Introducción.....</b>	<b>1</b>
1. El campo.....	1
2. Objetivos, hipótesis y preguntas.....	5
3. Claves de lectura.....	6
<b>Capítulo 1: Trabajadoras del cuidado, servicios domésticos y desigualdad socioespacial en Brasil.....</b>	<b>8</b>
1. Presentación.....	8
2. Debates analíticos iniciales.....	8
2.1 Los cuidados y las trabajadoras del cuidado en América Latina.....	8
2.2 El trabajo doméstico y las babás en Brasil.....	11
2.3 La desigualdad urbana y la sociabilidad.....	13
3. Metodología, ingreso al campo y reflexividad.....	15
4. Las <i>babás</i> .....	19
4.1 Jazmín.....	19
4.2 Orquídea.....	21
4.3 Violeta.....	22
4.4 Migrantes del noreste.....	23
<b>Capítulo 2: Las amas de leche y las <i>babás</i>: contradicciones en continuidad.....</b>	<b>25</b>
1. Palabras iniciales.....	25
2. El esclavismo en Brasil y la sociedad patriarcalista.....	26
3. La ama de leche y el Edipo Negro.....	27
4. Las ambigüedades y contradicciones.....	30
5. “Si no fuera por ella, hoy no te estaría pagando”.....	32
<b>Capítulo 3: Trabajar en un enclave fortificado: la experiencia espacial de las babás en el condominio .....</b>	<b>34</b>
1. Introducción.....	34
2. Conceptos principales.....	35
3. El interior del condominio.....	36
4. El verano en el condominio.....	39
4.1 Escena 1: Malena y la piscina.....	40
4.2 Escena 2: Los Encuentros en el playroom.....	42
4.3 Escena 3: El paseo al shopping.....	44
5. Habitantes no reconocidas.....	45
<b>Capítulo 4: Contradicciones en el presente: las relaciones en el mundo laboral de las babás.....</b>	<b>50</b>
1. Introducción.....	50
2. Las relaciones entre <i>babás</i> y patrones.....	50
2.1 La historia de Orquídea.....	52
2.2 La enfermedad de Violeta.....	55
3. Las relaciones <i>babás</i> y niños.....	58
3.1 Todo el mundo se olvida de las babás.....	58
3.2 ¿Una segunda madre?.....	60
4. Las hijas de las <i>babás</i> en el condominio.....	62

4.1 Juli y Julieta.....	62
4.2 Malena en el condominio.....	65
5. El refugio cotidiano: la amistad entre las <i>babás</i> .....	67
5.1 “Quien trabaja con niños tiene que estar conectada”.....	67
5.2 Los almuerzos de las <i>babás</i> .....	69
6. Consideraciones finales.....	70

<b>Conclusiones: Quien sirve no es servido, quien cuida no es cuidado.....</b>	<b>73</b>
--	-----------

<b>Referencias bibliográficas.....</b>	<b>79</b>
--	-----------

<b>Anexo 1.....</b>	<b>84</b>
---------------------	-----------

# INTRODUCCIÓN

## 1. El campo

*Babás* es la expresión brasileña usada para designar a las empleadas domésticas que cuidan de menores. En la colonia, era la palabra empleada coloquialmente en los hogares para aludir a las esclavas africanas que desempeñaban el rol de “amas de leche”. A lo largo de esta tesina, preferí la categoría nativa a la traducción “niñera” (usada en Buenos Aires), porque esta segunda no permite ilustrar la carga valorativa, simbólica e histórica que la palabra *babá* tiene en Rio de Janeiro. En Buenos Aires, personas como yo –una estudiante universitaria, considerada blanca en diversos espacios sociales y con un nivel de renta mediano– trabajan como niñera esporádicamente (como hice en diversas oportunidades). En Rio de Janeiro, en cambio, este trabajo es casi impensable que lo realice alguien con estas características. Allí, como veremos, este tipo de empleo es ocupado por mujeres de sectores populares, generalmente negras o no-blancas y que enfrentan condiciones laborales adversas. Todas las *babás* que conocí trabajaban cuidando de los mismos niños desde que ellos nacieron: mantienen con ellos un vínculo emocional tan fuerte, que se asemeja a una “maternidad transferida” (Gomes, 2002)<sup>1</sup>.

Era un día muy caluroso de noviembre de 2018. Estábamos en la cocina de la casa de Violeta<sup>2</sup> algunas de las *babás* [niñeras] y yo. Habíamos organizado un almuerzo sorpresa para acompañarla y alegrarla, ya que había estado gravemente enferma e ingresada en el hospital la semana anterior. Empezamos sirviendo la comida a sus hijos e hijas y luego a sus maridos (sentados en el sofá). Nosotras comeríamos por último. Había una excesiva cantidad de comida y las *babás* estaban orgullosas: eso las diferenciaba de sus patrones, “los ricos”, a quienes “no les gusta demostrar que pasan hambre”, como señaló Violeta. Mientras Girasol (otra de las *babás*) alistaba los platos, Clavel llevó su mano a una de las bandejas para picotear un poco de salsa. Instantáneamente, Girasol golpeó la mano de su amiga corrigiéndola: “*Quem serve não é servido!*” [¡quien sirve no es servido!]. Esta frase me siguió resonando por mucho tiempo, pero solo avanzada la investigación comprendería su magnitud simbólica: su vinculación con la historia esclavista, con los mandatos de género y con las jerarquías del cuidado. Los sentidos ordenados alrededor de esta frase constituyen, precisamente, el hilo conductor del presente trabajo.

Esta tesina aborda las experiencias de cuidado de niños/as realizadas por un grupo de *babás* en Río de Janeiro (Brasil). En concreto, investigué sobre la experiencia cotidiana de un conjunto de

---

<sup>1</sup> Ver capítulo 1.

<sup>2</sup> Violeta es el nombre ficticio de una de las *babás*. Como explicaré en el apartado metodológico del primer capítulo, las y los participantes del estudio aparecen en esta tesina con sus identidades protegidas por pseudónimos. Las *babás* aparecen identificadas por nombres de flores, debido a una sugerencia de una de ellas.

trabajadoras en un condominio cerrado del barrio de São Conrado, en la zona sur de la ciudad. Esta elección partió de una invitación de una colega antropóloga, residente del condominio, quien me puso en contacto telefónico con una niñera allí empleada. Tras una primera entrevista, comencé a desarrollar mi investigación acompañándola a ella y a otras *babás* del edificio en sus prácticas laborales cotidianas.

En la ciudad de Río de Janeiro existen fuertes dinámicas de segregación espacial que provocan que las mujeres empleadas en trabajos domésticos (ya sea limpieza de casas y/o de cuidados directos hacia personas) ocupen partes muy significativas de sus vidas moviéndose entre los sectores elitistas de la urbe donde trabajan y aquellos sectores marginados donde viven. Los espacios de residencia de la población con mayor poder adquisitivo están concentrados en la zona sur de la ciudad donde, por lo general, existe una gran demanda de mano de obra de trabajadoras domésticas y del cuidado<sup>3</sup>. En el primer capítulo, me detendré en el concepto de “cuidado”, pero, de manera preliminar, considero importante tener en cuenta que en Brasil existe una “especial fluidez con la que se establece [...] la frontera entre el trabajo profesional de cuidados domiciliarios y el trabajo doméstico remunerado” (Guimarães e Hirata, 2016, p.8, Traducción propia). Este señalamiento permite dilucidar mejor por qué, en la presente tesina, propongo trabajar y reflexionar sobre la realidad de las *babás*, la cual generalmente coincide con la de las empleadas domésticas: estas dos funciones son frecuentemente intercambiables en los hogares de la zona sur de Rio de Janeiro y, muchas veces, una misma persona ejerce ambas tareas.

Estos empleos –a los que la mayoría de las mujeres de clases populares brasileñas ingresan– comportan mucha precarización laboral: “con bajos niveles de escolaridad y pocos recursos para el cuidado de los hijos, ellas enfrentan dificultades en el ejercicio profesional con una fuerte tendencia de inserción en los ramos de actividades de bajo reconocimiento social” (Campos Machado y Lins de Barros, 2009, p.370, traducción propia)<sup>4</sup>. El oficio de empleada doméstica y de cuidadora en Brasil se caracteriza por condiciones laborales inciertas, bajos salarios, riesgos físicos y mentales, y muchas dificultades para ejercer sus derechos y garantías de trabajo (Sanches, 2009, p.118). Para el año 2005, solamente un 25% de estas trabajadoras poseía un contrato formal de trabajo: 4,6 millones de mujeres ejercían estas funciones en condiciones irregulares (IBGE/ PNAD en Sanches, 2009, p.122).

---

<sup>3</sup> Como veremos, no es sólo el poder adquisitivo lo que determina que exista una alta demanda de cuidados desempeñado por figuras femeninas externas a los grupos familiares. El fenómeno también se debe a la inexistencia de una división equitativa de las tareas del cuidado y del hogar entre hombres y mujeres (y se podría agregar, también, entre adultos y niños) dentro de las propias familias. A esto, se suma el peso del pasado esclavista en Brasil: la permanencia de la explotación del trabajo de mujeres (particularmente negras y mestizas) en estos servicios domésticos.

<sup>4</sup> Según Segato (2013, p.185), “en efecto, aunque el censo brasilero del año 2000 revele una creciente presencia de mujeres en la población económicamente activa (PEA), esta presencia se concentra en las actividades domésticas”.



Sumado a esto, las empleadas domésticas y *babás* concilian las actividades de cuidado y crianza remuneradas con las *tareas reproductivas*<sup>5</sup> realizadas en sus propios hogares. Se trata de una sobrecarga productiva y reproductiva. Esta realidad sobreexigida fue caracterizada en los setenta por la socióloga feminista Laura Balbo, a través del concepto de “doble presencia”:

Una realidad que refleja la combinación sincrónica y cotidiana del trabajo productivo y del trabajo doméstico-familiar [...]. [Es] la forma bajo la cual la mayoría de las mujeres adultas de las sociedades urbanas industrializadas han afrontado su masiva participación en el mercado de trabajo. (Torns, 2001, p.4)

Las mujeres sometidas a un régimen laboral de “doble presencia” sufren, simultáneamente, una doble invisibilización: las tareas domésticas dentro de su propio hogar no son reconocidas como un empleo a la altura de cualquier otro y, a su vez, ser empleada doméstica las subsume en condiciones de trabajo informales, precarizadas, con bajo reconocimiento social.

Pero esta no es una realidad brasileña solamente. En los países del Cono Sur americano, quienes mayoritariamente se emplean en trabajos domésticos y/o del cuidado son mujeres, pobres, negras e indígenas (o no blancas) y migrantes (internacionales o internas). Existe una correlación estrecha e histórica entre los sujetos marginalizados y los empleos u oficios que ocupan el escalón más bajo de la jerarquía y el reconocimiento social. La explicación sobre esta correspondencia es de carácter histórico, y en ella se articulan “las desigualdades imbricadas de género, clase y raza” (Hirata, 2016, p.54, Traducción propia).

Es justamente esta imbricación de desigualdades que confluyen en los trabajos del cuidado lo que el concepto de *interseccionalidad* viene a advertir. A partir del debate desarrollado por las feministas negras en Estados Unidos en los noventa, la interseccionalidad podría definirse como: “las variadas formas en que la raza y el género se intersecan en la construcción de aspectos estructurales, políticos y representacionales de la violencia contra las mujeres negras” (Crenshaw, 1991, p.1244, traducción propia). Los trabajos domésticos y de cuidados se presentan como un nodo fundamental de la interseccionalidad. Se trata de un círculo vicioso que perpetua las diferentes desigualdades. Joan Tronto (2009, p.156) expuso esto con claridad al decir que “no es solo el género, sino también la pertenencia de clase y de raza la que, en nuestra cultura, permiten identificar quién practica el *care*

---

<sup>5</sup> Según Carrasquer et al. (1998) el “trabajo de reproducción” refiere a las actividades del cuidado del hogar y de la familia, aunque puede extenderse a otros ámbitos. Debido a la histórica división sexual del trabajo, son efectuados principalmente por mujeres, quienes a través de sus actividades garantizan el funcionamiento y continuidad de la sociedad. El concepto complementa al debate marxista sobre el “trabajo de producción” de bienes y servicios, que, en las sociedades industriales, suelen ser reconocidos como “verdadero trabajo”. Así, las discusiones sobre la reproducción social constituyen un campo crítico que se opone a la invisibilización y no-reconocimiento de las tareas de cuidado.

<sup>5</sup> Asentamiento popular pobre en la zona sur de Río de Janeiro, con una población de 69.356 habitantes según el censo de 2010 del IBGE (Cavallieri & Vial, 2012).

[cuidado] y de qué manera” (traducción propia). En el caso particular de Brasil, el racismo es un articulador histórico de las desigualdades interseccionales:

El mejor ejemplo de esto son los casos de discriminación de mujeres negras de clase media, cada vez más crecientes. No basta con ser “educadas” o estar “bien vestidas” —porque la “buena apariencia”, como podemos ver en los anuncios de empleo, es una categoría “blanca”, atribuida únicamente a las “blancas” o de “piel clara”—. Los porteros de los edificios nos obligan a entrar por la puerta de servicio, obedeciendo a las instrucciones de los administradores blancos (González, 2018, p.572, traducción propia).

En el barrio de São Conrado, la desigualdad socioespacial de la ciudad —en sus múltiples dimensiones de raza, género y clase— es especialmente evidente. Cuando uno fija la mirada en la parte “baja” del barrio encuentra complejos habitacionales lujosos. Pero en las fronteras de su parte más alta, ya desde las faldas del morro, se inicia la *favela* llamada “Rocinha”<sup>6</sup>. Estas desigualdades se reproducen y complejizan en el interior de las viviendas de los edificios de las clases más pudientes, lindantes con la *favela*. Muchas de las mujeres que viven en este asentamiento popular (y en otros mucho más distantes) son trabajadoras domésticas en los lujosos edificios de São Conrado.

Mi trabajo de campo, fue realizado de octubre de 2018 a febrero de 2019 en uno de los condominios privados de alto poder adquisitivo cercano a una de las entradas de la *favela*. Este complejo habitacional estaba compuesto por tres edificios tipo “torres” que compartían entre sí *amenities*: una cancha de fútbol, dos piscinas, un gimnasio, un *playroom* [sala de divertimento] y un área de juegos exterior. Realicé la etnografía circulando principalmente por esos espacios comunes, transitados cotidianamente por patrones/as, niños/as, visitas, empleadas domésticas, *babás*, empleadas/os del condominio (porteros, agentes de seguridad privada, empleadas de limpieza) y profesores particulares de deportes. Los niños/as que vivían en el condominio asistían diariamente a esos sitios —donde practicaban actividades de esparcimiento programadas— siempre acompañados/as por sus cuidadoras, encargadas de velar por ellos/as cuando sus padres trabajaban o realizaban otras tareas.

En esos espacios comunes las *babás* circulaban e interactuaban entre pares (con otras *babás* o empleadas domésticas). También conversaban con empleados del edificio, con padres y madres residentes, con profesores particulares de deportes, e incluso con hijos/as de algunas de las empleadas. Las características de los vínculos que se forjaban en estas interacciones eran diversas, pues estaban diferencialmente atravesados por afectos y jerarquías. Estos vínculos intervenían en los sentidos que las *babás* atribuían a sus experiencias de trabajo.

Describiré con más detalles los aspectos metodológicos de mi trabajo de campo en el primer capítulo. Pero antes de adentrarme en ello, conviene primero explicitar los objetivos, hipótesis, preguntas de la investigación y la estructura de la tesina.

---

<sup>6</sup> Asentamiento popular pobre en la zona sur de Río de Janeiro, con una población de 69.356 habitantes según el censo brasileño (2010), realizado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadísticas (IBGE) (Cavallieri & Vial, 2012).

## 2. Objetivos, hipótesis y preguntas

Teniendo en cuenta los aspectos desiguales de los trabajos de cuidado desempeñados por las *babás* en el condominio de São Conrado, esta investigación planteó dos objetivos. Primero, conocer etnográficamente la construcción de lazos y prácticas de afectividad y de confianza desde la perspectiva de las *babás*<sup>7</sup>. Segundo, analizar sus vivencias y prácticas laborales, indagando en los sentidos y contradicciones que ellas adjudicaban a estas experiencias de cuidado.

Las preguntas que orientaron mi etnografía pueden ser divididas en tres ejes. En primer lugar, considerando que la figura de *babá* en Brasil remite al personaje histórico de la “ama de leche” negra —que cuidaba y amamantaba de los hijos blancos de sus amos durante el largo periodo esclavista (1530-1888)—, indagué sobre los sentidos históricos de las relaciones raciales, coloniales, económicas y de género que configuran actualmente los cuidados de las *babás* en Brasil. En segundo lugar, me pregunté por los usos, prácticas, sentidos, representaciones y ordenamientos del espacio donde las *babás* realizaban sus actividades de cuidado. En tercer lugar, me cuestioné sobre las relaciones y diálogos que las *babás* establecían con niños/as, con sus patronos y entre mismas ellas. Como veremos (en el cuarto capítulo), estos vínculos constituían los pilares fundamentales a partir de los cuales ellas significaban su realidad cotidiana.

La hipótesis principal de la etnografía planteó que las mujeres estudiadas vivenciaban, en su experiencia de cuidados, contradicciones o dificultades asociadas al encuentro cotidiano (complejo y contradictorio) entre la intimidad y la jerarquía, la afectividad y la remuneración, el cuidado y la desigualdad. Se consideró que estas ambivalencias se hacían especialmente evidentes en los vínculos diarios que ellas trazaban con los/as residentes del condominio; es decir, con sus patronos/as y los/as niños/as a su cargo. Esta hipótesis central se acompañó de otras dos, de carácter complementario. La primera sugería que el rol de las *babás* está históricamente configurado de manera colonial y que encuentra sus antecedentes en la figura de la “ama de leche”. Así, la desigualdad social experimentada por las mujeres que se emplean como niñeras en Brasil tiene una compleja y larga explicación histórica que comparte similitudes con empleos semejantes en América Latina, pero, simultáneamente, presenta sus particularidades por las especificidades del contexto histórico brasileño.

---

<sup>7</sup> Se priorizó identificar el punto de vista de las *babás*. Cuando me refiero a los usos del espacio y sus representaciones, o a las relaciones en el espacio laboral, siempre me posiciono analizando la perspectiva de las niñeras y las empleadas domésticas. Esto no quita que el análisis de sus empleos y de las complejidades que estos entrañan pueda también verse enriquecido por la perspectiva de otros actores (por ejemplo, sus patronos). Esta decisión metodológica, como cualquier otra, imprimió límites y ventajas a mi investigación. A mi entender, la mayor virtud fue profundizar los vínculos con las mujeres, conociéndolas íntimamente. Los límites, más que vividos como constreñimientos, serán puntapiés para proponer en las conclusiones algunas preguntas para investigaciones futuras.

La segunda hipótesis consideró que el espacio del condominio estaba estructurado y habitado de manera que reforzaba la desigualdad social (e histórica) operante sobre los cuerpos de las trabajadoras domésticas. Con relación a esto, se supuso que las *babás* utilizaban de manera ingeniosa los espacios del condominio para reapropiárselos para generar vínculos de sociabilidad entre pares.

### 3. Claves de lectura

El texto subsecuente a esta introducción se subdividirá en cuatro capítulos. En el primero, llamado “Trabajadoras del cuidado, servicios domésticos y desigualdad socioespacial en Brasil” hago un recorrido por las principales lecturas que influenciaron este trabajo, ofreciendo una revisión de estado del arte sobre i) los cuidados en América Latina; ii) el papel de las *babás* como cuidadoras en Brasil, y iii) las dinámicas sociales generadas en espacios de segregación (los condominios privados) de ciudades como Río de Janeiro. Asimismo, presento a las categorías centrales de estos tres debates elegidas como marco analítico de mis observaciones. Finalmente, enseño detenidamente la metodología de la investigación, y presento a las mujeres que fueron protagonistas de este estudio.

El segundo capítulo, “Las amas de leche y las *babás*: contradicciones en continuidad”, responde a la primera pregunta de investigación y tiene como finalidad reconstruir los sentidos históricos primordiales de las relaciones raciales, coloniales, económicas y de género en el trabajo de las *babás* en Brasil. Para esto, reconstruyo el rol de la ama de leche durante la llamada “sociedad patriarcalista”, y presento asimismo a esta figura como un antecedente para comprender las contradicciones que ciñen los trabajos de las actuales *babás*.

En el tercer capítulo, “Trabajar en un enclave fortificado: la experiencia espacial de las *babás* en el condominio”, presento a mi trabajo de campo y respondo a la segunda pregunta de investigación. Para eso, en esta sección, describo y reflexiono sobre las prácticas de cuidado cotidianas de las *babás* de mi etnografía. Estas prácticas de cuidado se situaban en un ambiente muy particular (el condominio). Así, indago en los usos, prácticas, sentidos, representaciones y ordenamientos del lugar donde las *babás* emprendían esas actividades de cuidado. La relación entre el cuidado y el espacio constituye un eje central de este capítulo.

En el cuarto capítulo, llamado “Contradicciones en el presente: las relaciones en el mundo laboral de las *babás*”, respondo al tercer interrogante de investigación. A través de escenas etnográficas y relatos de las *babás*, analizo las relaciones y algunos diálogos que ellas establecieron con los/as niños/as que cuidaban, con sus patrones, y entre ellas mismas. Describo la presencia de dos hijas de las *babás* dentro del condominio y la forma como fueron recibidas por los residentes. Veremos que las relaciones de cuidado remuneradas involucran afectos, tensiones y negociaciones constantes entre diversos actores. Es a partir de todos estos elementos que las *babás* significaban su

realidad cotidiana. Esta se les presentaba cargada de constreñimientos y, simultáneamente, de emociones y sentimientos que las ayudaban a soportar el peso de las desigualdades y jerarquías.

En las conclusiones, plasmaré las consideraciones que fui desarrollando en cada capítulo. Sintetizaré las respuestas encontradas para los interrogantes de investigación y restituiré las contradicciones constitutivas que fui encontrando en los empleos de las *babás*. Esbozaré, además, nuevas preguntas que pueden constituir guías para futuras investigaciones sobre el tema.

## CAPÍTULO 1

### TRABAJADORAS DEL CUIDADO, SERVICIOS DOMÉSTICOS Y DESIGUALDAD SOCIOESPACIAL EN BRASIL

#### 1. Presentación

Durante la cursada de la materia “Problemáticas socioculturales 3”, me tocó analizar para un trabajo práctico la película “The Help” (2011), dirigida por Tate Taylor. Al terminar de verla, me sorprendí de encontrar tantos paralelismos entre su trama y mi experiencia de investigación en Brasil. En plena lucha por la igualdad de los afrodescendientes en Estados Unidos, liderada por Martin Luther King, la película cuenta la historia de una joven universitaria blanca que se dispone a escribir una novela sobre las experiencias laborales de las sirvientas negras de Jackson, en el estado de Misisipi (en el sur del país). Gran parte de la bibliografía que estaba utilizando para analizar mi estudio de caso en Brasil podía también ser útil y extrapolarse para pensar algunas cuestiones del servicio doméstico y de los cuidados en otras locaciones geográficas, como la de la película. Esto, a su vez, me llevó a ampliar mi espectro teórico, expandiendo mi búsqueda bibliográfica hacia otras direcciones.

Este capítulo presenta una revisión bibliográfica de los trabajos que orientaron mi investigación, situando los principales conceptos analíticos usados en la interpretación de los datos empíricos. Luego, explicaré la metodología empleada en mi estudio de caso y fundamentaré las técnicas escogidas. Estas reflexiones teóricas y metodológicas permitirán introducir el ejercicio de reflexividad que fui desarrollando sobre mi posición en el campo y sobre el vínculo que construí con las *babás*, la principal materia prima de este trabajo antropológico. Por último, presentaré a tres de las mujeres que acompañé. Ellas fueron mis principales interlocutoras durante el trabajo de campo.

#### 2. Debates analíticos iniciales

Hay tres grandes campos de debate que orientaron el desarrollo de esta investigación. El primero refiere a las investigaciones interdisciplinarias sobre trabajadoras del cuidado en América Latina. El segundo, a los estudios específicos sobre empleadas domésticas y *babás* en Brasil. El tercero remite a discusiones relacionadas al espacio urbano, la sociabilidad y la segregación (particularmente en Río de Janeiro). Dentro de cada uno de estos campos, explicitaré los conceptos y definiciones que fueron adoptados para esta investigación.

##### 2.1 Los cuidados y las trabajadoras del cuidado en América Latina

En las Ciencias sociales y humanas existe un debate relativamente reciente y en pleno crecimiento en torno al concepto de “cuidado”. A mediados de los ochenta, en numerosos trabajos con enfoques feministas, emergió la reflexión sobre los “trabajos de cuidado” para dar cuenta de ciertas actividades generalmente realizadas por mujeres. Estas labores involucran el cuidado del hogar, la crianza de niños/as y la protección de adultos mayores, tanto de las propias familias (de forma no remunerada) como en otros hogares, instituciones educativas o de salud (en relaciones remuneradas).

Acompañando estos debates, tomo la definición de “cuidados” propuesta por Glenn (2010), que será retomada en el capítulo 3 en diálogo con las escenas etnográficas. Por ahora, fijémonos que Glenn considera a los cuidados bajo tres dimensiones. La primera es el *cuidado directo dirigido a las personas*: el conjunto de prácticas necesarias para el mantenimiento diario de la persona cuidada. Esto implica, en mayor o menor medida: a) el cuidado físico (alimentación, higiene y aseos diarios) b) el cuidado emocional (la escucha, la conversación, el apoyo emocional, el cariño) c) los servicios para que las personas encuentren satisfechas las necesidades físicas y emocionales (comprar comida, acompañamiento hasta los lugares). La autora señala que existen otras dos dimensiones. La segunda dimensión es el *mantenimiento físico de los lugares donde las personas viven* (limpiar, ordenar la casa, cocinar, lavar la ropa). Por último, estaría el *fomento relacional*: ayudar a mantener los vínculos de la persona cuidada.

Otras autoras también señalaron la multidimensionalidad de los trabajos del cuidado, destacando que se trata de una labor técnica, emocional y afectiva; y también ética y relacional (Carrasco, 2005; Guimarães & Hirata, 2012). Todas estas tareas del cuidado hechas por mujeres tienen, además, la particularidad de ser generalmente invisibilizadas o poco valorizadas socialmente:

Este tipo de saber-hacer es discreto ya que, para alcanzar su objetivo, utiliza medios que no deben llamar la atención de quien se beneficia de ellos, y también porque deben poder ser realizados sin que quien los realiza deba necesariamente esperar agradecimiento. Por tanto, el trabajo de cuidado se ve ante todo cuando fracasa [...] cuando la respuesta a la demanda llega demasiado tarde, cuando el niño vuelve del jardín arañado o mordido por otro (Molinier, 2018, p.197).

En América Latina, múltiples estudios investigaron a las experiencias de cuidado que comparten las características anteriores. Por ejemplo, Magliano & Mallimaci (2018) indagaron en las trayectorias laborales de mujeres migrantes (peruanas, bolivianas y paraguayas) en el sector del cuidado remunerado en dos ciudades argentinas. Se focalizaron en las labores de empleadas domésticas y de enfermeras, subrayando la importancia o el peso del origen nacional en las formas de acceso a esos empleos.

También en Argentina, Kunin (2019) analizó los “cuidados de amplio espectro” de diversos grupos de mujeres en un distrito sojero del interior rural de la provincia de Buenos Aires. Discutió

contra los sentidos comunes del feminismo liberal, que consideran que cuidar sólo quita o resta posibilidades a las mujeres, mostrando que, en un contexto donde los roles de género son sumamente conservadores, los atributos de cuidado les brindan a las mujeres una capacidad agentiva y constituyen una fuente de potencial poder (retomaré esta idea en el capítulo 4).

A su vez, Borgeaud-Garciandía (2016) desarrolló un estudio de sociología cualitativa sobre el cuidado domiciliario de adultos mayores argentinos. En este trabajo, observó que las cuidadoras deben enfrentarse con la intimidad, la sexualidad y la demencia senil de personas altamente dependientes. Para tal, desarrollan diversas estrategias afectivas, reapropiándose del cuidado y defendiéndose en un contexto que amenaza la estabilidad emocional constantemente.

En contextos chilenos, González et al. (2019) observaron etnográficamente un nexo entre envejecimiento, género y desigualdades en las experiencias de cuidado de mujeres mayores en una comuna empobrecida Santiago. Concluyeron que los cuidados comunitarios son una forma de resistir a la violencia a la que las mujeres pobres están expuestas a lo largo de sus vidas.

En Colombia, el trabajo de Bianchi-Pernasilici & Piras (2015) analizó el rol de cuidadoras de las abuelas que quedan a cargo de sus nietos/as tras la emigración de sus padres a España. Observan así la reorganización del cuidado tras procesos de emigración económica/laboral y de qué manera “el contexto de crisis económica en España afecta de manera transnacional a los hogares en origen” (Bianchi-Pernasilici & Piras, 2015, p.19).

Centrándose en el cuidado de menores, Aguilar Pérez (2013) analizó el programa de intercambio *au pair* destinado al reclutamiento de jóvenes latinoamericanas para trabajar temporalmente en Estados Unidos. Las agencias que establecen el nexo entre las jóvenes y las familias contratantes no conceden el estatuto de migrante a la futura cuidadora, sino que ofrecen el empleo como una experiencia de intercambio cultural, marginándolas de acceder a derechos laborales.

Dialogando con todos estos debates, esta tesina se inclina hacia la perspectiva del trabajo del cuidado propuesta por Zelizer (2009, 2010). La autora explica de qué manera las relaciones humanas y las esferas económicas —supuestamente más impersonales— están mutuamente interpenetradas. Asume que toda relación combina algo de lo afectivo con lo económico o lo transaccional. Sin embargo, “las relaciones de pareja, de cuidados y domésticas funcionan de una manera distinta a la de las demás relaciones” (Zelizer, 2009, p.308). Este diferencial radica en la complejidad de combinar y recombinar la importante presencia íntima que caracteriza a estas relaciones con las dimensiones económicas y jerárquicas que las atraviesan. Pero también subraya la importancia de la “negociación” entre el trabajo, las relaciones interpersonales y las formas de pago: todo esto preocupa y concierne a las niñeras y determina si ellas conservan el empleo o no (Zelizer, 2010). El trabajo de negociación es constante y complejo. Por esto, la autora también dirá que la relación entre patronos y niñeras es



tan compleja como cualquier relación familiar, en tanto “los malos arreglos y las transacciones económicas que por ellas transitan traen perjuicios a las relaciones, mientras que los buenos arreglos las facilitan y se traducen en una colaboración más eficaz” (Zelizer, 2010, p.386, traducción propia).

Según sostiene la autora, en el campo de las relaciones íntimas (entre las cuales se incluyen las de cuidado, remunerados o no) constantemente se debe negociar el equilibrio para lograr “relaciones bien ajustadas”, es decir, aquellas en las cuales “hay una interacción permanente entre el cuidado y las consideraciones económicas, y que el conjunto sólo funciona cuando las dos están bien” (Zelizer, 2010, p.383, traducción propia). En esta investigación, para poder dar cuenta de los sentidos y experiencias laborales de las *babás*, asumo las premisas de Zelizer (2009), tratando constantemente de dar cuenta de la intrincada y profunda imbricación entre intimidad y afecto, y entre economía y desigualdad .

## 2.2 El trabajo doméstico y las *babás* en Brasil

Numerosos trabajos abordan la cuestión del empleo doméstico en Brasil. Brites (2009) analiza el afecto y la desigualdad que caracteriza al empleo doméstico en hogares de sectores medios brasileños. A partir de ejemplos etnográficos de su investigación en la ciudad de *Vitória*, la antropóloga examina la “ambigüedad afectiva” (Goldstein, 2003 en Brites, 2009, p.93) entre los empleadores (sobre todo mujeres y niños/as) y las trabajadoras domésticas. Esta “ambigüedad afectiva” (concepto que será ampliado en el cuarto capítulo) es fundamental para comprender la continuación o reproducción de la distancia social entre ambos actores: “no debemos olvidar que en ese ambiente los hijos de los patrones son socializados en una lógica profundamente jerárquica, que coloca a las empleadas en un mundo aparte” (Brites, 2009, p.103, traducción propia).

Reflexionando sobre esta relación entre patrones y empleadas domésticas, Velho (2012) combina de manera magistral la escritura etnográfica con el testimonio personal, retomando la historia de mujeres que trabajaron en su casa en Río de Janeiro. Examina, así, las relaciones de género y de clase, el afecto que envuelve esos vínculos, y los cambios generacionales y epocales atados a la profesión de la empleada doméstica.

Este interés por el empleo doméstico fue retomado por una tesista de Velho, Silveira (2011), quien se dedicó a investigar etnográficamente el universo interaccional de unas *babás* que asistían a una plaza de la zona Sur de Río de Janeiro en su horario laboral. Esto le permitió acercarse a las *babás* en un momento que correspondía tanto al tiempo de trabajo como al de ocio: ellas socializaban, organizaban festejos y vendían mercancías mientras observaban a los y las chicas a quienes cuidaban. Evidenció, así, cómo las dos esferas (la del ocio y la laboral) se superponen para las empleadas domésticas y las *babás*. Además, abordó la relación entre niños/as y sus *babás* como una

contradicción entre afecto y desigualdad. Mostró que durante la socialización de los y las menores de estas camadas medias-altas opera la diferencia de clase entre ellos/as y sus cuidadoras, a pesar de la relación íntima y de confianza. Este último punto será de interés para mi investigación.

Tavares (2017), a partir del análisis de narrativas de entrevistas en profundidad a nueve *babás* en San Pablo, observó todo el “trabajo emocional” que la *babá* debe realizar (Hochschild, 2012 en Tavares, 2017) con relación a los vínculos circundantes (padres, familiares y otros/as empleados/as) para que su trabajo directo con el niño/a no se vea afectado. La confianza es mostrada, entonces, como un elemento omnipresente desde el momento en que los padres escogen una *babá*. Dicha confianza es bilateral, en tanto también concierne a la relación de la *babá* con sus empleadores. Esto habilita a pensar a las relaciones de cercanía afectiva y de cuidados a partir de la “intimidad del otro”. La noción refiere a la vivencia que la *babá* tiene de una intimidad que no es la suya, sino la de una familia ajena: “la proximidad de la *babá* con lo íntimo de una familia, sin necesariamente ser íntima de otros miembros de la familia además del infante” (Tavares, 2017, p.139, Traducción propia). Esta cuestión también es de interés para mi investigación.

Por último, encontramos a Segato (2013), quien reflexiona sobre una carencia en la antropología brasileña: “el desdoblamiento de la maternidad en la madre biológica y la jurídica, generalmente fundidas en una sola, y en la madre ‘de hecho’ que no se toma en cuenta; es decir, entre ‘la madre’ y la niñera” (Segato, 2013, p.182). A partir de esta crítica, hace un recorrido histórico de lo que actualmente son las llamadas *babás*, vinculándolas diacrónicamente con las antes llamadas “amas secas” y, luego, con las “amas de leche” o “*mães pretas*” [madres negras]. Indica que históricamente la *babá* fue —y es— una actividad mayormente practicada por mujeres negras. En contraste con la omisión en el estudio académico, la “doble maternidad” sí encuentra simbolización mitológica en las religiones afrobrasileñas (candomblé y umbanda) bajo las figuras de dos Orixás [entidades religiosas]: Oxum y Iemanjá. Así, mientras el discurso blanco y académico silencia e invisibiliza la presencia de la madre negra en la crianza los/las brasileños/as; el discurso negro y mítico de la religión afrobrasileña relata esta dualidad y caracteriza a cada una de las madres con valores diferentes.

Para abordar cuestiones estructurales e históricas y no perder de vista la arena colonial en que el trabajo de *babá* está inmerso, la investigación que aquí presento retoma algunos conceptos de este trabajo de Segato (2013) que, a su vez, ella recupera de Suely Gomes Costa (2002) y de Judith Butler (1997), usándolos para explicar lo que ella llama como el “Edipo brasileño” (Segato, 2013). El primero de estos conceptos es el de “maternidades transferidas” definido por Gomes Costa (2002) como la forma como las mujeres más ricas delegaron los cuidados de sus hijos a mujeres más pobres para dedicarse a otras actividades. En Brasil, se trata de una práctica de larga duración histórica, pero que cobró nuevos tintes a partir de las luchas feministas del siglo XX y de la incorporación de las

mujeres de clase media y media alta al mercado laboral. El segundo es el de “forclusión”, que Segato toma de Butler (1997), reformulando el concepto originario de Lacan. Para Butler (1997) la forclusión es un repudio total de ciertos vínculos; es un procedimiento por el cual se internaliza las formas de amor que son viables y las que no: “la forclusión estructura, entonces, los vínculos primarios recortando algunos otros como destinatarios posibles y repudiando, desde el inicio, otros objetos” (Martínez, 2014, p.62). Segato traslada la forclusión al caso de las *babás* y dice que este proceso ocurre en el cuerpo social brasileño, en cada una de las personas criados por niñeras negras (o con antepasados negros) que rechazan y desconocen los cuidados maternos que ellas les prodigaron de pequeños. En el próximo capítulo, profundizaremos en estas cuestiones.

### 2.3 La desigualdad urbana y la sociabilidad

Numerosos trabajos abordan la desigualdad urbana en las metrópolis latinoamericanas. Por ejemplo, Svampa (2004) analiza las transformaciones del paisaje urbano en la Argentina de comienzos del siglo XXI, producto de los procesos de privatización, desindustrialización y creciente desigualdad generados durante los noventa. La autora describe y analiza el auge de las nuevas urbanizaciones privadas (como *countries* y barrios privados), donde las clases medias-altas y altas se refugian en búsqueda de la homogeneidad social y la seguridad de la vida entre muros. Mientras tanto, Elguezabal (2018) investiga los edificios “torres” en Buenos Aires como espacios domésticos de la clase privilegiada. Lejos de adscribir a una mirada que propone el completo aislamiento de dichos sectores sociales, da cuenta de la gran conexión que aquellos residentes mantienen con otros sectores sociales, incluidos los más pobres. Así, enriquece la comprensión sobre la formación y la porosidad de las “fronteras urbanas”.

Trasladándonos a Brasil, Caldeira (2001) aborda, a partir de un minucioso estudio sobre la ciudad de San Pablo, los procesos de transformación y segregación social. Desarrolla un detallado análisis de las prácticas segregativas que los sectores acomodados ponen en juego en el espacio público. La noción propuesta de “ciudad de muros” condensa, justamente, la puesta en acción de ese conjunto de prácticas exclusivas y excluyentes. En otros debates sobre el mismo tema, la autora propuso la noción de “enclaves fortificados” (Caldeira, 1997) para definir a los “espacios privatizados, cerrados, y monitoreados para la residencia, el consumo, el ocio o el trabajo” (Caldeira, 1997, p.155, Traducción propia). Son espacios marcados por fuerte desigualdad social con “el afuera”, ya que, generalmente, se instalaron en los antiguos barrios periféricos, generando vecindad con favelas y/o residencias precarias. Además, son fundamentalmente habitados por personas de clase media-alta y clase alta, constituyéndose en ellos cierta homogeneidad en términos socioeconómicos.

La formación de este tipo de modelo urbano puede ser rastreada en San Pablo a partir de los noventa, cuando las distancias entre las residencias de ricos y pobres se achicaron y los mecanismos para marcar la separación entre ambos se sofisticaron. Entonces, se crearon barrios cerrados, shoppings, edificios “torres”, escuelas y espacios de ocio con múltiples dispositivos arquitectónicos de seguridad y protección “del afuera”. Este tipo de construcciones busca ser lo más independiente y completa posible a partir de ofrecer instalaciones privadas de uso colectivo para los propietarios (piscinas, canchas de juego, gimnasio, salones de eventos; y los más sofisticados: saunas, instalaciones de esgrima, bares, restaurantes, colegios). La vigilancia es constante y está a cargo de guardias y dispositivos de seguridad privada que controlan el ingreso y la salida de personas del sitio. Retengamos estas características, pues en el capítulo 3 analizaré al condominio como ejemplo de enclave fortificado.

También en Brasil, Silva (2011), investigando en Río de Janeiro, analiza la dinámica urbana de los sectores más populares (residentes las favelas) y su inserción laboral en barrios más valorizados económicamente. Se adentra, entonces, en las tensiones que esta configuración espacial provoca, para finalmente dar cuenta de las fronteras simbólicas que existen entre el “barrio” y la “favela”, atravesando dinámicamente la cotidianeidad de los diferentes habitantes.

Por su parte, Segura (2019) explora los estudios sobre “las formas de vivir juntos en ciudades socialmente desiguales y culturalmente heterogéneas” (p.1). Identifica contextos donde se construyen sociabilidades y formas particulares de interactuar. Uno de ellos serían los “enclaves fortificados”, que recupera de Caldeira (1997), expandiendo su debate. En estos espacios conviven residentes de clase media o alta con múltiples empleados de clase baja, a quienes les endilgan las tareas de cuidado: “se trata de espacios privilegiados para pensar las interacciones entre actores desiguales” (Segura, 2019, p.10). A partir de esta premisa, propone una observación metodológica: considerar a los “enclaves fortificados” como un “contexto de convivencia específico”, entendiendo a la convivencia como “una categoría descriptiva que busca objetivar, describir y conocer los modos efectivos y situados en que se dan las interacciones, negociaciones y conflictos en contextos heterogéneos y desiguales” (Segura, 2019, p.1).

En el presente trabajo, considerar la dimensión de convivencia de los enclaves fortificados me permitió fijar la mirada en las relaciones establecidas entre los diversos empleados/as y los residentes del condominio donde investigué. Entre estos últimos, hay niveles socioeconómicos semejantes, pero diferencias en el tipo de interacciones establecidas tanto entre ellos (sus “pares”) como con los/as empleados/as. Atender estas distinciones nos permite complejizar esos espacios que, a pesar de ser fuertemente delimitados y estructurados, son también contruidos y re-contruidos en las relaciones cotidianas, es decir, en esas interacciones variadas que forman a la convivencia. Estas interacciones son asimétricas y al mismo tiempo interdependientes; y tanto los enclaves fortificados

como la vida “del afuera” de esos empleados dependen de esas relaciones para continuar reproduciéndose. La “convivialidad” específica del condominio será abordada en el capítulo 3.

En último lugar, para abordar la cuestión de la espacialidad y su relación con los cuidados, tomo el concepto de “habitar” de Heidegger (2016). Según la perspectiva del filósofo “construir no es sólo medio y camino para el habitar. El construir ya es, en sí mismo, ‘habitar’” (Heidegger, 2016, p.2). Para él, no existen estos dos procesos de manera separada: mientras se construye y se cuida un lugar, se lo está habitando. Es así como el “habitar” no sucede a la construcción ni al cuidado, ni estos dos últimos preceden al “habitar”: son simultáneos y mutuamente necesarios. La reflexión sobre esta conexión entre habitar-cuidar-construir es relevante en mi trabajo a fines de comprender la relación que las *babás* mantienen con el entorno del condominio privado, donde su presencia es habitual pero su pertenencia es controlada, segregada y restringida.

En el apartado que sigue, explico la metodología de mi etnografía y mis interacciones en el campo.

### **3. Metodología, ingreso al campo y reflexividad**

Mi interés por acceder a dimensiones afectivas e íntimas del cuidado desempeñado por las *babás* —en su configuración sincrónica y diacrónica—, me llevó a escoger para esta investigación una metodología de cuño cualitativo. Como sostienen Taylor & Bodgan (2002, p.19), en la metodología cualitativa, “las personas, los escenarios o los grupos no son reducidos a variables, sino considerados como un todo. El investigador cualitativo estudia a las personas en el contexto de su pasado y de las situaciones en que se hallan”.

El método estructurante de la investigación fue la etnografía. Sin embargo, conviene explicitar que la etnografía, más que un método premoldeado, es considerado como un programa al servicio de una pregunta cuyo fundamento es comprender una racionalidad *otra* (Visacovsky, 1995). Entonces, más que un método, podríamos referirnos a la etnografía como un programa empírico de investigación caracterizado principalmente por técnicas como la observación participante, la entrevista no dirigida y el registro de información (Guber, 2014).

Como explicité en la introducción, el lugar principal elegido para desarrollar el trabajo de campo etnográfico fue un *condominio* privado del barrio de São Conrado en Río de Janeiro. Fue a través de una antropóloga residente del edificio, con quien me puse en contacto al llegar a la ciudad (en agosto de 2018), que ingresé a ese lugar. Luego, fue ella quien me presentó a dos *babás* allí empleadas. Al principio, mi proyecto se proponía investigar las experiencias de movilidad cotidiana de empleadas domésticas de Rio de Janeiro. Sin embargo, tras haber entrevistado a esas dos *babás* del condominio, Violeta y Jazmín, y tras haberme enterado que existía un grupo de *babás* amigas que

frecuentaba los espacios de ocio del residencial, decidí que podía ser más interesante observar y acompañarlas a ellas en su horario laboral.

Ellas me invitaron a que comenzara a asistir a las clases de fútbol del condominio, en las cuales podríamos conversar tranquilamente (sin la presencia constante de sus patrones). La idea me pareció fantástica y, aprovechando la relativa libre circulación que teníamos en las áreas de esparcimiento, decidí aceptar su invitación. El ingreso al condominio nunca fue algo dificultoso para mí; los porteros sabían que yo era amiga de una de las residentes y rápidamente se acostumbraron a mi presencia. Por eso, a lo largo del trabajo de campo, mi circulación por el condominio fue fluida y naturalizada: nunca sentí desconfianza ni incomodidad por parte de terceros.

Mi tránsito por los lugares de ocio del edificio estuvo marcado principalmente por mi seguimiento a tres *babás* que allí trabajan (Violeta, Orquídea, Jazmín). Cabe destacar que mis tres interlocutoras principales solían reunirse en el condominio con otras *babás* y empleadas domésticas, con quienes también pude conversar. Con el tiempo, las invité a formar parte de mi investigación y ellas accedieron. El trabajo de campo se extendió desde octubre de 2018 y febrero de 2019. A partir de diciembre de 2018, aumenté la frecuencia de mis observaciones aprovechando el receso escolar de los niños. Este significó una mayor actividad laboral para sus cuidadoras, posibilitándome acompañarlas durante más tiempo.

La observación participante entendida como “medio ideal para realizar descubrimientos, para examinar críticamente los conceptos teóricos y anclarlos en realidades concretas, poniendo en comunicación distintas reflexividades” (Guber, 2014, p.57) se produjo concretamente en base a mi asistencia a las clases de fútbol de los niños que ocurrían tres veces por semana en la cancha del condominio. A principios de diciembre de 2018, comencé a asistir también a las clases de natación (dos veces por semana, en la piscina del condominio). En ambas actividades, me sentaba junto a las *babás* a un costado, escuchando y participando de sus conversaciones. Al concluir las clases, continué interactuando con ellas y con los niños. Cuando fue posible, subí a los departamentos donde trabajan para almorzar con los niños y con ellas, y así continuar conversando.

Las técnicas utilizadas durante la investigación fueron las entrevistas en profundidad, el registro de las observaciones etnográficas en el diario de campo (predominantemente), el registro fotográfico y las grabaciones. Con respecto al registro escrito del diario de campo, tomo la definición de Guber (2014) para quien este no es un mero depósito de información, ni tampoco la realidad misma: es un elemento clave del “eterno diálogo que el investigador lleva a cabo consigo mismo para conocer a sus informantes al mismo tiempo que se conoce a sí mismo” (Guber, 2014, p.109). Mi registro de campo solía hacerlo en el largo trayecto de regreso a Niteroi, ciudad donde viví durante toda la investigación. Para retornar a mi casa, tomaba primero el subte y luego una barca que atravesaba la bahía de Guanabara. La duración total de ese desplazamiento era de aproximadamente

dos horas, por lo que contaba con tiempo suficiente para hacer anotaciones y/o grabaciones sobre lo que había observado y conversado en el condominio.

A través de las conversaciones, logré indagar en tres historias de vidas de las *babás*. Realicé tres entrevistas en profundidad, semiestructuradas, que fueron grabadas y luego transcritas para su respectivo análisis. Estas fueron hechas a Violeta, Jazmín y Orquídea, con quienes tuve más afinidad durante la investigación. La historia de vida constituye un tipo de entrevista no estructurada o semiestructurada que tiene el propósito de buscar material biográfico de los informantes para establecer posteriormente conexiones sociológicas con procesos de escalas mayores. Becker (1993) sostiene que esta técnica puede ser relevante a la hora de dar cuenta de las dimensiones subjetivas de los procesos sociales, muchas veces no comprobados en todas sus posibilidades empíricas. Además, puede ser útil para iluminar aspectos de la trayectoria social de las personas que de otros modos no serían accesibles. En el caso de las mujeres, fue un recurso interesante para conocer sus tradiciones familiares migratorias, y también para establecer comparaciones en términos de género y generacionales. Además, me permitieron conocer sus trayectorias laborales y personales para comprender de manera situada e histórica los sentidos que atribuyen a sus experiencias de cuidado actuales. Partes de estas tres historias de vida serán restituidas en el próximo apartado, para dar a conocer mejor a las protagonistas de este trabajo.

Fui completamente cautelosa respecto al uso del registro fotográfico. Tomé imágenes del lugar para poder reconstruir mejor el espacio a la hora de escribir las descripciones, pero limité el registro de las mujeres sólo a momentos en que ellas también estuvieron haciéndolo. En particular, conservo fotografías del día de mi despedida, antes de volver a Buenos Aires. Las *babás* me fotografiaron junto a ellas y a los niños/as a modo de recuerdo de la ocasión. Dado que hubo menores de edad involucrados en la investigación, reservaré estas imágenes y evitaré su exposición.

En atención a los procedimientos éticos de la investigación antropológica, dejo sentado que las grabaciones sólo fueron efectuadas con consentimiento por parte de las interlocutoras. Se les informó que el material grabado, en cuyo contenido aparecieran, sería conservado o eliminado según su voluntad. Por último, todos los nombres de los participantes de esta investigación fueron modificados para preservar su identidad. Las *babás* aparecen con nombres de flores por ellas escogidos<sup>8</sup>.

Por último y no menos importante, cabe problematizar mi posición durante el trabajo de campo. Tomar en consideración ciertas características que me son propias permitirá comprender mejor cómo y por qué pude vincularme con estas mujeres. ¿Qué rasgos teníamos en común? ¿Cuáles nos diferenciaban? ¿De qué forma ellas me veían? Estas reflexiones no son menores si partimos del

---

<sup>8</sup> En el Anexo 1, disponibilizo una tabla sintética que lista todas las *babás* con las cuales interactué y que formaron parte del proceso etnográfico que dio origen a esta tesina.

hecho de que la producción de datos etnográficos es un proceso intersubjetivo: las subjetividades de las informantes y de la investigadora se ponen en juego profundamente. Como señaló Abu-Lughod (1990, p.19), “como antropólogos sabemos que conocemos a través de encuentros sociales emocionalmente complicados y comunicativamente ambiguos”.

Hay una serie de características mías que considero influyeron en el tipo de relación que establecí con las *babás*, y que signaron el proceso de la investigación. Primero, mi condición de “mujer” me colocó en un punto particular de diálogo con ellas. La primera vez que conversé con Jazmín y Violeta, mencioné que me interesaba conocer la vida de las mujeres que se insertan en el empleo doméstico porque “sabía que se trataba de una vida muy sacrificada, llena de sobrecargas de tareas” (Diario de campo, octubre de 2018). Ellas empatizaron y se identificaron con mi objetivo de investigación, disponiéndose a conversar conmigo detalladamente sobre sus vidas y, especialmente, sobre sus dramas cotidianos. A pesar de las ineludibles diferencias de clase, marcadores raciales y nacionales entre nosotras (que a continuación presentaré), nuestra condición de “mujeres” nos daba un manto de familiaridad y comodidad favorables para la conversación: presumíamos de ciertas experiencias de vida distintas de la de “los hombres” (no fueron pocas las veces que me dijeron “ya sabés que los hombres son así”). Ligamos estas experiencias comunes al cuidado de otros, y también a cierta manera de relacionarse entre pares vinculada a la afectividad, intimidad y preocupación por los demás.

Lejos de querer esencializar el “ser mujer” (atribuyendo ciertos caracteres o comportamientos a determinados cuerpos biológicos), fui comprobando que para las *babás* el vínculo entre mujeres — especialmente entre amigas, compañeras y familiares— era una forma de vinculación que ellas asociaban (por sus historias de vida) al afecto, al cuidado y a la ayuda mutua. Comprendí que para poder sostener el trabajo de campo con aquellas mujeres era fundamental que yo me conectase con ellas a través del lenguaje específico con que instalan los cuidados (hacia los niños, entre ellas y hacia ellas mismas). Por esto, el vínculo que establecí estuvo cargado de afecto y preocupación sincera que —lejos de haber sido impostados o instrumentales— fueron siendo construidos con el paso del tiempo.

Por todo esto, esta investigación persigue el objetivo que enunció Abu-Lughod (1990) acerca de la etnografía feminista: ser la voz de una mujer etnógrafa que escucha las voces de otras mujeres<sup>9</sup>. Para eso, el horizonte que siempre mantuve fue:

Escribir sobre la experiencia cotidiana, escribir sobre los puntos de vista de las mujeres de su sociedad y sus vidas, escribir sobre personas vinculadas en relaciones con otros, mirar lo particular y evitar la generalización, escribir con cuidado y apego en lugar de distanciarme, participar en lugar de eliminarme. (Abu-Lughod, 1990, p.35-36)

---

<sup>9</sup> Esto no significa ni dar voz, ni ser voz de nadie (lo cual supondría una posición iluminista de parte de la investigadora). Es mi voz, en diálogo y escucha atenta de otras, la que se imprime.



A pesar de estos recaudos, es innegable que existían grandes distancias entre las *babás* y yo. La primera de ellas era la clase. Esto me fue bien señalado por Girasol, una vez que viajábamos juntas en colectivo yendo a visitar a Violeta a su casa. Girasol, entonces, me preguntó si yo en Argentina era “rica”. La primera reacción que tuve fue de incomodidad, pues no es un término que yo uso habitualmente para clasificar mi posición económica. Para mí, “los ricos” eran otros. Girasol, al percibir que no respondía con seguridad, agregó una pregunta: “¿Tuviste o tenés una empleada doméstica?” (Diario de campo, noviembre de 2018). A continuación, respondí afirmativamente y Girasol concluyó la conversación: “entonces sos rica”. Como señala Brites (2009, p.93), “mantener una empleada doméstica es una señal diacrítica en la sociedad brasileña, que señala la distancia de la pobreza” (traducción propia). A pesar de haber sido señalada por las *babás* nuestra diferencia de clase, no sentí que eso haya sido un impedimento para la construcción de nuestro vínculo. Por el contrario, ellas encontraban mi interés por sus vidas como algo muy positivo, que incluso me diferenciaba de “los otros ricos”. Violeta, que conocía a Julieta (la antropóloga del edificio que me introdujo a este espacio), me sorprendió un día diciéndome que se dio cuenta de que “los antropólogos son buenas personas, porque se interesan por la vida de los demás” (Diario de campo, noviembre de 2018).

Por otro lado, cabe notar mi condición de extranjera. Desde el comienzo, esta marca me habilitó entre las *babás* a hacer muchísimas preguntas, y también a ser motivo de comentarios jocosos por causa de mi acento. Ellas y los niños sentían curiosidad por mi lugar de origen, y casi siempre que ocurría algo (fuera una situación hostil o graciosa) me preguntaban si eso también ocurría en Argentina. La barrera del idioma, que fue siendo superada con el paso de los meses, me permitió un mayor extrañamiento dentro del campo, aceptado por las *babás*, quienes muchas veces (especialmente Violeta) oficiaban para mí de traductoras.

A continuación, presentaré un poco de sus historias de vida. El contenido de sus perfiles — con tintes personales y profesionales— fue marcado por el devenir de cada entrevista semiestructurada. Su parcial flexibilidad habilitó, fructíferamente, diálogos y resultados diferentes.

#### **4. Las *babás***

##### *4.1 Jazmín*

Con 57 años, Jazmín era la más grande del grupo de las *babás*. Desde adolescente se dedicó a los cuidados familiares y extrafamiliares (de forma remunerada). Nació en la ciudad de Natal, en el estado de Río Grande del Norte, Pero cuando tenía tres años, se trasladó con su madre (que recién enviudara) a Río de Janeiro. El padre de Jazmín falleció prematuramente por enfermedades hepáticas;

su joven madre decidió, entonces, que no quería cuidar a su única hija junto a su familia biológica, de la cual no soportaba las constantes exigencias e intromisiones. En Río de Janeiro, iba a recibir la ayuda de los familiares de su difunto esposo.

Al poco tiempo de llegar a la gran ciudad, la madre de Jazmín se casó con el hermano de su exmarido, con quien tuvo luego otros tres hijos. Jazmín siempre agradeció el hecho de que su madre nunca le haya escondido la identidad de su verdadero padre. Ella siempre llamó a su padrastro “tío”, título que en efecto le correspondía. Sin embargo, desafortunadamente, cuando los tres hermanos de Jazmín aún eran pequeños, este hombre falleció de un infarto y dejó viuda por segunda vez a su madre. El más pequeño de los hermanos tenía entonces diez años y sufría una discapacidad mental y demandaba cuidados constantes. Ante estos infortunios, Jazmín, de veinte años, se vio en la obligación de buscar trabajo para garantizar sustento a toda su familia. Su madre, mientras tanto, se quedó en su casa cuidando de sus hijos, especialmente del más pequeño. Jazmín confiesa que su madre siempre fue una persona muy depresiva, a quien “siempre le costó mucho hacer las cosas... por ejemplo, ir al centro sola no se animaba” (Entrevista a Jazmín, noviembre de 2018, traducción propia). Por lo tanto, Jazmín comenzó a trabajar como *babá*, pero al mismo tiempo, también tuvo que cuidar de su hermano menor y, en cierta medida, de su madre con depresión. Así, su vida no fue sencilla: los problemas de salud de sus familiares, la sobrecarga de tareas de cuidado y los escasos recursos que tenían la hicieron atravesar épocas de mucha zozobra.

Unos pocos años después de comenzar a trabajar, Jazmín se casó con quien hasta hoy es su marido. Llevan 32 años de matrimonio y tuvieron dos hijos, actualmente adultos. Cuando Jazmín conoció a este hombre —quien para ese entonces vivía en Río de Janeiro—, ella estaba trabajando en San Pablo como *babá* de Julieta<sup>10</sup>. Jazmín volvía a su casa de Río de Janeiro cada quince días, y durante cierto período sostuvo así su relación amorosa. Cuando la entrevisté, ella afirmó tener un buen vínculo con su esposo, a pesar de que esporádicamente surgían malentendidos entre ellos.

Jazmín me confesó que cuando eran recién casados, su marido solía volver a su casa borracho tras haber gastado mucho dinero en alcoholizarse por los bares de su barrio. En su momento, ella consideró separarse por este motivo, pero luego el mal hábito de su marido cesó y entonces continuaron juntos. En el 2018, desde la reciente jubilación de su esposo (que, dicho sea de paso, aún no estaba cobrando) y el consecuente tiempo libre, el vicio había reaparecido y se estaba tornando nuevamente un problema para el vínculo. A Jazmín le resultaba difícil conversar con su esposo sobre el tema, ya que lo veía triste y frustrado por la ausencia del pago de su jubilación. Ella percibía que estar sin trabajo y dejar de ser la fuente principal de provisión del hogar debilitaban sus ánimos.

---

<sup>10</sup> Julieta es la antropóloga, por medio de quien llegué al condominio. La historia del vínculo entre Jazmín y Julieta será retomada más cabalmente en el cuarto capítulo.

Jazmín era la *babá* de Hilda, la hija de Julieta. Por decisión propia, ella dormía en la casa de Julieta, a quien le había pedido permiso para quedarse allí en la semana para luego regresar a su propia casa en los fines de semana. Así, Jazmín se preservaba del desgaste que le ocasionaba el desplazamiento cotidiano de su casa al trabajo y viceversa. Además, sorteaba parcialmente el malestar doméstico fruto de las recientes circunstancias familiares. En el condominio, Jazmín se sentía bien acompañada por la familia de Julieta y también por sus amigas, las otras *babás*.

#### 4.2 Orquídea

Orquídea trabajaba en el condominio como *babá* de Miguel y empleada doméstica en el mismo departamento. Tenía 46 años y vivía en la *Rocinha* junto a sus dos hijos jóvenes. El mayor tenía 21 años y trabajaba en un banco; la menor tenía 17 años y estaba terminando la escuela secundaria. Ambos eran hijos de su segundo esposo, de quien se había divorciado hacía ya varios años.

Orquídea estudió hasta el primer año de una escuela secundaria pública de Recife (estado de Pernambuco), ciudad donde nació y vivió hasta que sus padres decidieron mudarse a Río de Janeiro. Entonces, Orquídea también migró junto a ellos. Era todavía muy joven y al principio consiguió trabajo en bares. No obstante, rápidamente decidió buscar trabajo como empleada doméstica ya que este le brindaba la opción de un techo para dormir durante la semana. En los fines de semana, Orquídea se iba a la casa de alguna amiga, o bien se quedaba en la casa de sus patrones. Además, el salario de empleada doméstica duplicaba a aquellos que le ofrecían en los bares donde había trabajado. La salida como empleada doméstica y *babá* fue la más conveniente para ella en ese entonces, y continuó ejerciendo como tal hasta el momento en que desarrollé la etnografía.

A los dos años de llegada a Río de Janeiro, se casó con quien sería el padre de sus hijos. La crianza de ellos, sin embargo, estuvo a cargo de una vecina suya de la *Rocinha*, a quien Orquídea le remuneraba, mientras ella se iba a trabajar desde temprano como cuidadora de hijos y casas ajenas. Esa mujer la ayudó muchísimo y Orquídea la siente como “la segunda madre de mis hijos” (Entrevista a Orquídea, noviembre de 2018).

A Orquídea le gustaba vivir en la *Rocinha* porque quedaba muy cerca de su trabajo (a 10 minutos caminando) y porque allí podía encontrar todo lo que necesitaba comprar para su día a día. Hacía 20 años que vivía en la misma casa. Sin embargo, para ella, antes el barrio era más tranquilo. Cuando apenas había llegado, hacía más de veinte años, *la Rocinha* era un lugar pequeño, mucho menos desarrollado. Actualmente, por causa de los conflictos entre bandos delictivos y la policía, se sentía más insegura. De su casa, lo único que le disgustaba eran las eternas escaleras. Vivía en el tercer piso de una construcción que no tenía ascensor y se cansaba al subir, aunque agradecía por lo

menos no vivir en lo alto del morro. Orquídea no disponía de mucho tiempo libre. Su trabajo en el condominio, sin horario claramente definido, la dejaba exhausta. Aun así, cuando lograba estar libre de tareas, disfrutaba de ir a la playa, al parque o al shopping. También le gustaba visitar a sus amigas compañeras del condominio, a pesar de que esto no ocurría muy seguido pues la mayoría de ellas vivía muy lejos. Le pregunté a Orquídea si le gustaría que su hija fuese *babá* como ella, y la respuesta fue rotunda: “no”. Quería que su hija estudiara, que tuviera una profesión, que hiciera lo que le gustaba; todo aquello que anhelaba para ella misma, pues sus padres no se lo pudieron brindar.

#### 4.3 Violeta

Violeta tenía 35 años, y era la *babá* de Fernando. Nació en el interior del estado de Bahía, en una pequeña ciudad de pescadores llamada *Nova Viçosa*. Allí, se crio junto a sus hermanas y a su madre, quien sostuvo sola a su familia por mucho tiempo desde que su expareja —el padre de Violeta— las había abandonado justo antes de que Violeta naciera. Cuando ella cumplió 14 años, el hombre reapareció en sus vidas, se juntó nuevamente con su madre, y volvió a formar parte de la familia. Durante sus años de ausencia, la madre de Violeta, quien “siempre fue del hogar” (entrevista a Violeta, noviembre de 2018), se las rebuscó para sustentar a los suyos: trabajó limpiando y planchando ropa, vendiendo comida, cuidando de personas, entre otras tareas domésticas.

En *Nova Viçosa*, me contó Violeta, las personas más jóvenes no solían quedarse, sino que se marchaban a ciudades más grandes en busca de oportunidades laborales. Ese fue el caso de Violeta que, a los 15 años, se mudó a Vitória (capital del estado de Espírito Santo, en el sudeste de Brasil y a unos 500 kilómetros de Rio de Janeiro) junto a su novio de la adolescencia. La adaptación a la ciudad no fue fácil, y Violeta rápidamente se separó de su novio. Decidió, entonces, mudarse a Río de Janeiro, donde tenía familiares que la recibirían. Cuando llegó a esa ciudad, sus tías y hermanas la acogieron y le consiguieron trabajo como *babá folguista* [niñera para días de franco] en varias casas de familias.

Además, al poco tiempo de llegar a Río, Violeta hizo un curso de enfermería que la habilitó a cuidar de bebés recién nacidos. Desde entonces, se dedicó a cuidar de niños/as de diversas familias adineradas. Cuando le pregunté en cuántas casas ya había trabajado, respondió que ya había perdido la cuenta, aunque de algunas familias conservaba más recuerdos que de otras. A los 24 años, comenzó a noviar con un hombre que se convertiría diez años después en su marido. Con él tuvo a su única hija, Malena, de tres años (en el 2018). Al poco tiempo de tener a la pequeña, Violeta se separó, asumiendo más responsabilidades sobre ella.

Para Violeta, ser *babá* era una vocación y una profesión que se tomaba muy en serio. Amaba trabajar con niños/as porque le fascinaba su inocencia e imaginación. Me afirmó con seguridad que

sus servicios eran de una calidad altísima, y por eso ella también esperaba lo mejor de parte de sus patrones. Esa autoestima y confianza propia, sin embargo, eran algo bastante novedoso en Violeta; cuando era más joven y recién comenzaba a trabajar, pasó por situaciones horribles con patrones que no la respetaban, la humillaban y la discriminaban. Me dijo que jamás aceptaría revivir situaciones como esas.

Lo más dificultoso de su trabajo eran las largas horas de viaje hasta llegar al condominio, así como el retorno diario a su hogar. Recientemente, el subte de Río de Janeiro se había extendido hasta el barrio de *São Conrado*. Pero hace unos años no existía, y Violeta demoraba cuatro horas en llegar al condominio y otras cuatro horas en regresar a su hogar. Con el subte, el viaje se redujo a casi tres horas de ida y tres horas de vuelta. Violeta vivía en un barrio humilde en la periferia de la ciudad, en un cómodo departamento de tres ambientes que contaba con todos los servicios. Le gustaba su barrio, pero sufría la distancia respecto a su trabajo.

#### *4.4 Migrantes del noreste*

Jazmín, Violeta y Orquídea tenían en común el hecho de ser originarias del “*Nordeste brasileiro*”. Los tres estados donde ellas nacieron (Bahía, Pernambuco, Rio Grande do Norte) pertenecen a esta zona del país que conforma un universo material y simbólico particular dentro de la configuración histórica de Brasil. Las tres, además, migraron a Rio de Janeiro, a diferentes edades, en busca de un futuro más promisorio que el que ofrecían sus ciudades natales. Allí, a través de derroteros diferentes, cada una de ellas terminó insertándose en el empleo doméstico dentro de casas de familias más adineradas que las suyas.

La migración interna es un tema de discusión central en Brasil. Como señala Guizardi (2017), como consecuencia de un desarrollo nacional desigual, los estados ubicados en el nordeste de Brasil sufrieron un aislamiento y un subdesarrollo abismal en comparación con los del sudeste del país, donde el poder político y económico se concentró hasta muy avanzado el siglo XX. Esto se tradujo en el movimiento de grandes masas poblacionales que migraron al sudeste en busca de oportunidades laborales. El gran éxodo rural del nordeste a las urbes del sudeste se produjo, especialmente, desde los cincuenta hasta fines del siglo XX. Para el año 1987, la región noreste aparecía como “la principal emisora de población para el sudeste, contribuyendo con cerca del 70% del volumen total de migrantes interregionales, dirigiéndose básicamente para San Pablo (53%) y Río de Janeiro (10%) (Porto 1987 en Cordeiro Barbosa 2000, p.19, traducción propia).

Además del subdesarrollo económico, el nordeste brasileño ha quedado históricamente asociado en la imaginación nacional a un área que conserva la estructura social de la época colonial. Esto es, un territorio mayormente habitado por negros/as (descendientes de esclavos) y unos pocos

terratenientes eurobrasileños. Esto habría configurado, según las élites urbanas del sudeste del país, un área nacional atrasada o incompleta en su proceso de civilización. En este razonamiento, en este mito nacional, el racismo y el discurso civilizatorio se yuxtaponen al igualar la negritud con el atraso y la falta de progreso. De esta forma se estigmatiza no sólo a las personas afrodescendientes, sino también a quienes hayan nacido en dicha área del país, concebida como inferior, deficiente y atrasada. Por lo tanto, ser inmigrante nordestino en Brasil constituye un estigma social.

Como parte de este problema, una vez en las grandes ciudades del sudeste, los migrantes nordestinos —marginalizados por su origen, por su color de piel y por sus bajos niveles de escolaridad— terminan asentándose en áreas de la ciudad también marginalizadas, como las *favelas* o los barrios periféricos de Río de Janeiro (Guizardi, 2017). Por las mismas razones, las alternativas laborales para ellos se ven limitadas, siendo el empleo doméstico una opción bastante común para las mujeres.

En el caso de Orquídea, como en muchos otros casos, la posibilidad de ser empleada doméstica cuando llegó a Río de Janeiro le permitió prescindir de los gastos de alquiler de vivienda, lo cual consideró una ventaja en comparación con otros empleos que no requerían de mano de obra profesional. Al respecto, Barbosa (2000) indica que tanto el empleo doméstico como el de la portería tienen en común no sólo el hecho de absorber la fuerza de trabajo migrante interna, sino también la “particularidad del ofrecimiento de vivienda conjuntamente al del empleo” (p.20, traducción propia). Esto se vislumbra para las migrantes como una ventaja en un contexto de baja remuneración salarial y difíciles condiciones de sostenimiento de la familia.

En el próximo capítulo, incursionaré en algunos aspectos de la historia brasileña que considero importantes para comprender los sentidos atribuidos al trabajo de las *babás* y de las empleadas domésticas. Así, las historias de vida que conocimos se inscribirán en marcos históricos y culturales más amplios, que son decisivos para comprender profundamente las complejidades que el campo presenta.

## CAPÍTULO 2

### LAS AMAS DE LECHE Y LAS BABÁS: CONTRADICCIONES EN CONTINUIDAD

#### 1. Palabras iniciales

Cierto día en el departamento donde Violeta trabajaba cuidando de Fernando (un niño de 7 años), ella me compartió una historia de una experiencia laboral. Hacía casi diez años, cuando ella trabajaba como niñera para una familia muy rica de Río de Janeiro, acompañó a sus patrones e hijos/as al museo de la Casa imperial en la ciudad de Petrópolis<sup>11</sup>. Durante el paseo, chocaron con el retrato de la princesa Isabel I, conocida principalmente por haber abolido la esclavitud en Brasil en 1888, bajo la denominada “Ley Aurea”. Entonces, el padre de la familia se paró frente al cuadro y, sin meditarlo mucho, se dirigió a Violeta: “tendrías que agradecerle a esa mujer; si no fuera por ella, yo hoy no te estaría pagando”.

Las lecturas sobre los cuidados y el empleo doméstico, más el propio trabajo de campo y las historias que conocí en él, me permitieron comprender que estaba sondando un terreno colmado de contradicciones y paradojas. ¿Por qué los trabajos de cuidado domiciliarios —que lidian con lo que supuestamente constituye “lo máspreciado que los padres tienen”, es decir, la vida de los hijos— son generalmente mal remunerados y poco reconocidos en Brasil? ¿Cómo es posible que alguien, simultáneamente, estime y desprecie a quien prodiga amor y cuidados a sus hijos? A propósito del relato de Violeta, comprendí que una de las dimensiones a través de las cuales podía abordar esas contradicciones era la histórica.

La antropología clásica, sin embargo, no consideraba que la historia fuese importante para la comprensión etnográfica. Los primeros grandes trabajos de la disciplina concebían a los grupos estudiados como ahistóricos. El propio Malinowski —quien formalizara el trabajo de campo etnográfico— manifestó su hostilidad respecto al uso de los métodos históricos y circunscribió a la disciplina al presente etnográfico (Facundo Dentati & Celeste, 2014). En este trabajo, no obstante, las propias reflexiones de mis informantes (como Violeta) me llevaron a considerar el carácter primordial de incluir la dimensión diacrónica en la investigación antropológica y así trascender la superficie estrictamente empírica y sincrónica de la investigación. Como señalan Comaroff y Comaroff (1992), “la etnografía ciertamente se extiende más allá del rango del ojo empírico; su espíritu inquisitivo nos convoca a fundamentar acciones subjetivas, culturalmente configuradas en la

---

<sup>11</sup> El museo, conocido como Palacio imperial, fue la residencia de verano del emperador brasileño, Don Pedro II. Se convirtió en museo en 1940, por decreto del presidente Getúlio Vargas. El acervo del museo está constituido por una gran cantidad de piezas del período imperial brasileño (1822-1889) (Museo Imperial de Brasil, 2020). Luego de consolidarse la independencia de Portugal, Brasil se conformó como una monarquía, diferenciándose del resto de naciones latinoamericanas (Fausto, 2001). Bajo este régimen, pasó por tres momentos políticos diferenciados: 1) el ascenso al trono de Pedro I (1822-1831); 2) la etapa de la regencia (1831-1840) y 3) el reinado de Pedro II (1840-1889).

sociedad y en la historia” (p.11, traducción propia). Este movimiento hacia la historia nos permite desafiar no sólo la dicotómica sincrónico/diacrónico, sino también la micro/macro, demostrando que la antropología busca, al igual que la historia, “causas sociales en acciones individuales y acciones sociales en causas individuales; [y también] encontrar orden en los eventos a través de poner los eventos en orden” (Comaroff & Comaroff, 1992, p.26, traducción propia).

Con esto en mente, el objetivo de este capítulo es recoger algunas consideraciones sobre el período esclavista brasileño (1530-1888). Me interesa subrayar la figura de la “ama de leche negra” que cuidaba, criaba y amamantaba a los/as hijos/as de aristócratas blancos. La figura actual de la *babá* mantiene complejos lazos de unidad (no lineales) con la figura histórica de la ama de leche o ama de crianza, heredando sus sentidos y contradicciones. Mostraré que la forma como se ve y se trata a las *babás* y empleadas domésticas actualmente en Brasil está relacionada a una historia social colonial marcada por estructuras racistas y patriarcales. Comenzaremos, entonces, repasando el período histórico para, luego, meternos de lleno con el personaje de la nodriza negra y sus vínculos con las familias eurobrasileñas.

## **2. El esclavismo en Brasil y la sociedad patriarcalista**

El sistema esclavista en Brasil, adoptado por los portugueses entre 1530 y 1888, constituyó junto al monocultivo agrícola la fuerza que más afectó “la plástica social” brasileña (Freyre, 2011, p.371). Su desarrollo fue contemporáneo al régimen político patriarcalista, definido por Freyre (2011) como una estructura social que se erigió sobre el poder de los señores blancos portugueses o luso-brasileños, propietarios de las tierras y de esclavos, y encargados de la defensa militar del territorio. Así, el control colonial estaba repartido entre algunos *paters*, designados por la corona portuguesa, que solapaban su poder territorial con su potestad familiar. Freyre habla de la “extraordinaria influencia de la familia como alfa y omega de la organización social del Brasil colonial” (Souza, 2000, p.75). Sin embargo, la familia patriarcal no sólo estaba compuesta por el señor, su mujer e hijos/as: incluía, además, a sus esclavos y esclavas y a los/as hijos/as bastardos del señor con estas últimas. En Brasil, la familia patriarcal “reunía en sí a toda la sociedad” (Souza, 2000, p.75, traducción propia).

Se estima que cuatro millones de africanos/as fueron llevados forzosamente a Brasil (Eltis, 2001 en Guizardi, 2017, p.110), sin contar el enorme número de almas que llegaron sin vida tras largos meses de traslado marítimo en paupérrimas condiciones. Los esclavos africanos —inicialmente trasladados para labrar las plantaciones de caña de azúcar— pronto se convirtieron en el sustento de la economía colonial empleándose en las más diversas tareas: desde la producción y manufacturación de los productos agrícolas, hasta el transporte y la construcción de obras públicas (Guizardi, 2017).



Asimismo, estuvieron profundamente vinculados a la vida privada de los señores blancos, desempeñando la cocina y limpieza de sus casas, produciendo alimentos, cuidando a los animales de carga y a los/as hijos/as del patrón (Guizardi, 2017, p.111). La economía colonial se tornó sumamente dependiente de la institución esclavista, configurada a través de un sistema social estratificado de acuerdo con criterios raciales, y con consecuencias trascendentes:

Como consecuencia de ese sistema racial, ha perdurado en Brasil la ideología de superioridad de los blancos. El trabajo como actividad segregada a las franjas sociales consideradas racialmente inferiores fue estigmatizado como tarea degenerada, debida solamente a aquellos hombres y mujeres cuyo cuerpo era definido (por las élites) como la forma material de la degeneración. La ideología de la barbarie asociada al cuerpo del negro dio paso a la formación de una serie de modos de emergencia del cuerpo en la sociedad brasileña (Guizardi, 2017, p.114).

El sistema esclavista fue erigido a la par de una ideología racista que justificaba su orden y su existencia, y que también marcó con estigmas los cuerpos de los/as africanos/as. Una vez abolida la esclavitud, el imperio de la ideología racista —que establecía criterios de superioridad moral basados en el color de piel de las personas— no llegó a su fin, sino que continuó ordenando las relaciones sociales del Brasil “moderno”. El racismo instaló “la oposición entre cuerpo y mente como una oposición entre negros y blancos” (Guizardi, 2017, p.116). Como producto de esta asociación simbólica, se plasmó materialmente una suerte de división racial del trabajo; es decir, una distribución diferencial de las actividades destinadas a los/as negros/as y aquellas reservadas para los/as blancos/as. Bajo este prisma racializador, los/as negros/as eran “naturalmente” más aptos para hacer las tareas ligadas al uso de la fuerza, y los/as blancos/as los más capacitados para cultivar el intelecto y aprovechar el tiempo de ocio: “el trabajo, especialmente aquellas ocupaciones que demandaran el uso de la fuerza física pasaron a ser sinónimo de inferioridad social y racial. Cuanto menos trabajara, más noble sería la persona” (Guizardi, 2017, p.116).

En el “moderno” mundo laboral brasileño del siglo XX y XXI, se generaron empleos que fueron permeados por estas antiguas asociaciones acerca de las personas y las actividades que les correspondía. Los trabajos de cuidados infantiles remunerados son un ejemplo actual de vínculos que guardan indicios de un pasado colonial y esclavista, y de un sistema racial de clasificación social que aún tiene plena vigencia, como veremos a continuación.

### **3. La ama de leche y el Edipo Negro**

En su texto “El Edipo Negro: colonialidad y forclusión de género y raza”, Segato (2013) encuentra que en la estructura social brasileña existe un desdoblamiento de la maternidad que se ve plasmado en dos figuras femeninas diferentes: la madre biológica/jurídica y la madre “de hecho” (de

crianza), actualmente encarnada en el rol de la *babá*. Este fenómeno de *desdoblamiento materno*<sup>12</sup> no es algo novedoso: remite a “prácticas de larga duración histórica” (Segato, 2013, p.182), entre las cuales se incluyen los servicios ofrecidos por las amas de leche negras durante el período colonial – y extendidos hasta mediados del siglo XIX–. Durante esas épocas, en cada familia patriarcal se repartía la maternidad de los niños/as blancos/as entre sus madres biológicas (mujeres blancas, generalmente muy jóvenes) y las amas de leche negras (esclavas seleccionadas para esa labor, y conocidas como *mães pretas*).

Las tareas de las nodrizas durante el período patriarcalista no se limitaban al acto de amamantar, aunque este ciertamente fuera un hecho digno de destaque (Freyre, 2011). Las amas de leche eran las verdaderas encargadas de la crianza de los/as hijos/as blancos/as de los señores, a quienes cuidaban con máxima dedicación y afecto. Les contaban historias y cuentos mientras los acunaban; los arrullaban con dulces melodías para que conciliaran el sueño; les ablandaban la comida para que fuera más fácil de digerir y las palabras para que fueran más suaves a sus oídos (Freyre, 2011, p.387). La mayoría de estas tareas, luego de la abolición de la esclavitud, fueron reproducidas por las “amas secas” (en referencia a que ya se había abandonado la práctica de amamantamiento tercerizado) y luego continuadas en el tiempo por las *babás*, tal como observé en mi trabajo de campo contemporáneo.

Debido a estos hechos, Freyre (2011) y Segato (2013) comparten la idea de que todos los y las brasileñas (especialmente los identificados como blancos/as) cargan consigo la marca de la influencia negra:

[La influencia de] la esclava o de la señora que nos durmió. Que nos dio de mamar. Que nos dio de comer, ella misma ablandando en su mano la porción de comida. De la negra vieja que nos contó las primeras historias de bichos y de fantasmas. De la mulata que nos sacó la primera pulga de arena. La que nos inició en el amor físico y nos transmitió, mientras crujía la litera, la primera sensación completa de hombre (Freyre, 2011, p.343, traducción propia)<sup>13</sup>.

Segato (2013) da un paso más adelante, afirmando que esta marca brasileña —de raza y de género— es forcluida de las historias e imaginarios individuales y sociales. Como explicité en el capítulo anterior, la forclusión es un concepto que Lacan reservó para explicar la psicosis, y que luego

---

<sup>12</sup> Gomes Costa (2002) denominó este desdoblamiento como prácticas de “maternidad transferida”. Este concepto apunta a las prácticas de delegación de tareas de cuidado y domésticas entre mujeres, legitimadas en el siglo XX por las luchas feministas en nombre de la salida de las mujeres al “espacio público”. Estas prácticas, sin embargo, en el caso brasileño, reactualizan viejas costumbres de atribución de responsabilidades domésticas entre mujeres de grupos sociales diferentes. Se trata de transferencias que actualizan las desigualdades en “los accesos de las mujeres a los derechos sociales, propias de las relaciones de poder y subordinación” (Gomes Costa, 2002, p.304). Volveremos este tema, para el caso de Orquídea y su patrona, en el capítulo 4.

<sup>13</sup> En Freyre (2011) aparecen varias cuestiones relacionadas a la sexualidad entre las amas negras y sus amos blancos (muchos de ellos, fueron primero niños cuidados por esa ama, y luego de adultos devinieron en sus amos). Durante el período que el autor analiza, la iniciación sexual de los niños blancos en manos de esclavas negras era una práctica muy frecuente. En esa costumbre podemos observar el abuso sobre las negras, la apropiación sexual de sus cuerpos. Freyre (2011) constata en esas escenas históricas la invención de formas sadistas del amor, que se acentuaron con el tiempo entre los brasileños, generalmente mal atribuidas a la supuesta lujuria de los cuerpos africanos (p.377).

Judith Butler retoma para darle un sentido psicosocial. A su vez, Segato (2013) retoma la resignificación del concepto hecha por Butler y la traslada, reformulándola, a su análisis sobre las amas de leche y las *babás* en Brasil:

Por forclusión, Segato entiende lo que está socialmente proscrito de la conciencia, puesto que no se dice, no se escribe, no está marcado ni traducido ni en la historia colectiva ni en la individual. Aquí es la madre de los cuidados primordiales, madre mestiza, indígena o negra que está forcluida, es decir no inscrita en lo simbólico; esta madre en los brazos, la voz y el olor de la cual los niños han comenzado a desarrollar su psiquismo y su cuerpo erótico o pulsional. (Molinier, 2016, p.251-252).

Por lo tanto, las amas de leche de antaño y las *babás* de la actualidad constituyen, para Segato (2013), las figuras de la estructura social brasileña sobre las que recae “la forclusión del nombre de la madre”. Este es un procedimiento psíquico y, simultáneamente, constitutivo del cuerpo social por el cual los/as blancos/as criados/as durante toda su infancia por sus niñeras negras –encargadas de cargarlos/as, mimarlos/as, dormirlos/as y alimentarlos/as– no reconocen en su adultez el lazo filial que los/as une a esas mujeres, sin las cuales no hubieran podido crecer y desarrollarse. Se trata de un rechazo muy profundo, desarrollado históricamente, que inhibe la inscripción simbólica del vínculo íntimo y parental con aquello que la estructura dominante defenestra: lo negro, lo femenino y lo pobre. A su vez, así como no hay inscripción simbólica de estas mujeres en las biografías individuales, tampoco la hay en otros niveles: apenas aparecen menciones a ellas en los discursos hegemónicos (entre ellos, los académicos).

No obstante, lo anómalo no es el desdoblamiento de la maternidad por sí mismo, sino el proceso de forclusión de una de las madres (Segato, 2013). La doble maternidad es un fenómeno ya registrado por la antropología en diversas sociedades, que no necesariamente conduce a la negación de una de sus partes. Por ejemplo, mientras que en las narrativas blancas occidentales la “madre negra” es invisibilizada y devaluada, en la simbología mitológica de las religiones afrobrasileñas ella sí encuentra representación, pues existen dos entidades espirituales (denominadas “Orixás”) que señalan a cada una de esas dos madres: Oxum y Iemanjá. Esta última, Iemanjá, divinidad del agua salada, representa la madre biológica, altiva, fría y distante. Oxum, por su parte, se identifica con la madre adoptiva, cariñosa y proveedora de amor incondicional. El mito, de esta forma, “evoca la divergencia histórica y sociológica entre la madre blanca de la Casa Grande<sup>14</sup> y la niñera negra — nodriza de los hijos blancos y ‘legítimos’” (Segato, 2013, p.187). Así, “la duplicación de las madres que provee la metáfora del mito contrasta con la ausencia, en la hermenéutica blanca, de un tema de gran profundidad histórica: la niñera” (Segato, 2013, p.191). La ausencia de inscripción simbólica de

---

<sup>14</sup> La casa-grande fue “la casa de habitación, vivienda o residencia del señorío en las propiedades rurales de Brasil colonial a partir del siglo XVI. Todo en el ingenio giraba en torno de la casa-grande, siendo ella una especie de centro de organización social, política y económica local. En Brasil colonial, la casa-grande era estratégicamente construida cerca al ingenio propiamente dicho (fábrica), la senzala (lugar donde viven los esclavos), la casa de la harina y la capilla” (Andrade, 2016, s/p).

las *mães pretas*, su forclusión en el inconsciente colectivo, no sucede en el registro de las religiones afrobrasileñas que, a través de sus mitos, rescriben la historia que les fue negada en los relatos hegemónicos, escritos aún con la tinta colonialista.

A continuación, veamos más en profundidad cómo era la relación entre los/as blancos/as y la ama de leche durante el período colonial y monárquico de Brasil, mientras aún regía la esclavitud.

#### 4. Las ambigüedades y contradicciones

La fotografía fue hecha en Recife alrededor de 1860. En esa época era necesario esperar por lo menos un minuto para poder tomar una foto. Por esto, se prefería fotografiar a los niños a la mañana bien temprano, cuando ellos estaban más somnolientos y menos agotados. El niño acudió al evento junto a su mucama, vestida con ropas elegantes; el collar y el broche le fueron prestados por los padres del niño. Tal vez por sugerencia del fotógrafo, tal vez porque se cansó mientras esperaba a que la foto saliera, el niño se inclinó y se apoyó sobre su nodriza. La agarró con sus manos. Conocía bien su olor, su piel, su calor. Fue en el rostro de ella, pegado a la cuna en las horas diurnas y nocturnas de lactancia, donde sus ojos de bebé se fijaron y comenzaron a observar el mundo. Por eso él invadió el espacio de ella: ella era cosa de él, por amor y por derecho de propiedad. La mirada del niño vuela entre las fantasías de la inocencia y las cosas puestas en su debido lugar. Ella, por el contrario, no se movió. Es presa de la imagen que sus señores quisieron fijar, de los gestos codificados de su estatus. Su mano derecha, al lado del niño, está cerrada en el centro de la foto, a la altura del vientre, de donde naciera otro niño, de la misma edad que aquel. Mantuvo el cuerpo erguido, y del lado izquierdo, donde no se hacía sentir el peso del niño, su regazo, su cuello, su brazo se escaparon de la ropa que no era de ella, impusieron a la composición de la foto la presencia incontenible de su cuerpo, de su desnudez, de su ser en soledad, de su libertad. El misterio de esa foto hecha hace 130 años llega hasta nosotros. *La imagen de una unión paradójica pero admitida*. Una unión fundada en el amor presente y en la violencia temprana. La violencia que hendió el alma de la esclava, abriendo el espacio afectivo que está siendo invadido por el hijo del señor. *Casi todo Brasil cabe en esa foto* (Novais & Alencastro, 1999, p.439-440, traducción propia, énfasis añadido).



Figura 1. Ama de leche y niño a su cargo. Fuente: Alencastro (1998).

El fragmento previo compone el epílogo de uno de los tomos de “Historia de la vida privada en Brasil”, y la foto a la que refiere conforma la portada del libro. “Casi todo Brasil cabe en esa foto” (Alencastro, 1998, p.439). Esta llamativa afirmación dialoga con las reflexiones de Segato, y también

con la “marca africana” a la que refiere Freyre. Según estas perspectivas, la fotografía decimonónica presentada constituye no sólo un documento de época: es una imagen especular que refleja tensiones y relaciones sociales del presente. “La imagen de una unión paradójica pero admitida. Una unión fundada en el amor presente y en la violencia temprana” (Alencastro, 1998, p.440). El vínculo entre la ama de leche negra y el niño blanco configuraba verdaderamente una paradoja. En esta relación, se combinaba la violencia despiadada del sistema esclavista con el afecto más sincero; el desprecio racista y la apropiación sexual con la dependencia física y emocional; y el trabajo a fuerza de azote con la protección y lealtad hacia el amo.

Guizardi (2011) señala, sin embargo, que este carácter paradójico no era exclusivo del vínculo de los/as niños/as blancos/as con las amas de leche, sino que se trataba de una situación generalizada de “ambigüedad relacional entre los esclavos y aristócratas” (p.78). El régimen esclavista contenía una contradicción estructural: por un lado, el trabajo de los esclavos era para los señores la fuente principal de producción de su riqueza y, simultáneamente, la ideología subyacente del sistema suponía a los cuerpos de esos esclavos como racialmente inferiores, por lo que se justificaba moralmente el desprecio, el sadismo y la violencia ejercida contra ellos (Guizardi, 2017). Como consecuencia:

Esa contradicción generaba condiciones psicológicas muy ambiguas tanto para el aristócrata (que al azotar a sus esclavos se veía degenerando su principal patrimonio), cuanto para los esclavos (que identificaban en sus patrones la figura doble del verdugo y del padre). La presencia de los esclavos en el espacio doméstico fue uno de los factores determinantes en la generación de estas ambigüedades (Guizardi, 2011, p.78).

Souza afirma que la familiaridad en Brasil se construyó de una manera indisociable de las jerarquías y desigualdades, convirtiendo la ambigüedad en una característica fundante de la sociedad brasileña. Sucede que cada grupo social (cada familia patriarcal) cotidianamente “vinculaba visceralmente despotismo y proximidad, enorme distancia social e íntima comunicación” (Souza, 2000, p.75, traducción propia). De este modo —siguiendo la línea de análisis freyriano—, se produjo un tipo de sociabilidad en la intimidad entre amos y esclavos cuyas características perduran hasta la actualidad. La misma puede ser definida como una “forma de sociabilidad entre desiguales que mezcla ‘cordialidad’, seducción, afecto, envidia, odio reprimido y prácticamente todos los matices de la emocionalidad humana” (Souza, 2000, p.76, traducción propia).

En términos de Memmi (2003), la relación con los sirvientes siempre ha sido una historia de “dominación cercana”; esto es, una forma de relacionarse muy particular en la que el poder se ejerce cara a cara, cotidianamente, mientras se entremezcla con la dependencia mutua. Todas estas consideraciones nos brindan una llave para comprender la particularísima relación establecida entre amos y esclavas en el período colonial, y cuyas características esencialmente ambivalentes y opacas perduran actualmente en el vínculo entre las *babás* y las familias empleadoras.

## 5. “Si no fuera por ella, hoy no te estaría pagando”

La abolición de la esclavitud africana en Brasil institucionalizó un cambio significativo en la sociedad. En términos jurídicos, se suponía que con el paso de las relaciones laborales del plano del estatus al del contrato se abandonarían las relaciones jerárquicas y se abriría paso a las supuestas relaciones “libres entre iguales”. Pero esto nunca ocurrió en Brasil (Segato, 2013). El comentario que Violeta recibió frente al cuadro de la princesa Isabel –indignación aparte– nos obliga a preguntarnos por qué siguen siendo, en su gran mayoría, las mujeres negras o mestizas, migrantes del nordeste y pobres las que actualmente realizan tareas muy similares a las que hacían las antiguas esclavas negras en las casas de sus amos. ¿Por qué sigue desarrollándose este tipo de relación ambigua, entre la *babá* y la familia empleadora, en la que aparece el afecto y el desprecio por la empleada? ¿Acaso, verdaderamente, el pasaje a la modernidad –junto a la abolición de la esclavitud– implicó la desaparición de las jerarquías de raza y género? O bien, tomando palabras de Dumont (1999), ¿no es acaso la ideología moderna una gran contradicción, en tanto pregona la igualdad pero no hace más que reproducir viejas jerarquías?

Se supone que, en una sociedad moderna, los valores centrales son el individualismo y la igualdad. Sin embargo, Dumont (1999) dejó bien en claro que en la práctica estos ideales no siempre se cumplen, en parte debido a que “el individualismo no implica únicamente la igualdad, sino también la libertad; ahora bien, igualdad y libertad no siempre convergen” (p.14). Así, lo propio de la modernidad no es el fin de las jerarquías, sino su disimulación:

Encontramos, por ejemplo, un residuo de jerarquía bajo la forma de desigualdades sociales, y al ser la jerarquía como tal impensable o tabú entre nosotros, hallamos que se recurre generalmente, para designar ese residuo, a una expresión que evoca la naturaleza inanimada y que revela por ende el carácter incomprensible del fenómeno: se habla de “estratificación social” [...] en una de las sociedades en cuestión la abolición de la esclavitud produjo en algunas décadas la aparición del racismo. He ahí quizás el ejemplo más demostrativo de las consecuencias involuntarias del igualitarismo (Dumont, 1999, p.23).

Para Dumont, la modernidad se configuró inherentemente como una paradoja. Porque si bien se desprendió de discursos estrictamente estamentales y jerárquicos, aún conserva la lógica racista que fundamenta y estructura el orden social, al mismo tiempo que pregona la igualdad de individuos que nunca fueron realmente vistos como iguales. Para decirlo más claro aún: la abolición de la esclavitud no implicó necesariamente la abolición del racismo en Brasil. Quijano (2014) plantea esta misma idea cuando afirma que el racismo, desde su generación en el orden colonial hasta la actualidad, no dejó de ser un componente fundamental de las relaciones de poder en todo el mundo (p.757). A pesar de haberse extinguido el colonialismo como sistema formal, sus criterios de clasificación y valoración social continúan operando: la raza sigue siendo un criterio fundamental de organización de las relaciones sociales y, obviamente, del poder.

En un plano más empírico, y en lo que respecta a los servicios de cuidado infantil, Roncador (2018) identifica una continuidad entre el trabajo esclavo y el trabajo “voluntario” posterior a la Ley Aurea. En virtud de la permanencia del racismo luego de la liberación esclava, “el servicio doméstico constituía una de las pocas oportunidades laborales para las mujeres negras en Brasil” (Roncador, 2018, p.71). Estas mujeres, aun consideradas como degradadas y degradantes, continuaron siendo asociadas a las actividades domésticas —limpieza, cuidados, cocina—, asimismo juzgadas como “denigrantes”. Después de la abolición de la esclavitud: “la única ‘opción’ de empleo, especialmente para la mayoría de las mujeres negras, era continuar en la servidumbre” (Jordan 2004 en Roncador 2018, p.71).

En el siguiente capítulo, veremos cómo estas ambigüedades constitutivas de los empleos domésticos en Brasil se materializaban en un espacio concreto: el condominio donde hice el trabajo de campo. Presentaré las tareas de cuidado que las *babás* realizaban cotidianamente y las situaré en un espacio-tiempo particular. De este modo, pretendo conducirlos a percibir las complejidades que entrañaban estos trabajos, en un contexto geográfico y espacial que está lejos de ser indiferente.

## CAPÍTULO 3

### TRABAJAR EN UN ENCLAVE FORTIFICADO: LA EXPERIENCIA ESPACIAL DE LAS BABÁS EN EL CONDOMINIO

#### 1. Introducción

En el capítulo anterior, hablamos acerca de la ama de leche durante el período esclavista de Brasil. Señalamos que las actuales *babás* son herederas de las ambivalencias y contradicciones que comportaba la presencia de las esclavas en la intimidad de las casas de la aristocracia colonial. Estas contrariedades, una vez abolida la esclavitud, continuaron existiendo y condicionando la realidad del empleo doméstico en Brasil.

En este capítulo reflexionaremos sobre los usos de los espacios y las organizaciones espaciales que enmarcan las prácticas de cuidado infantiles realizadas por *babás* del condominio privado, donde hice trabajo de campo. El condominio en cuestión categoriza dentro de los llamados “enclaves fortificados” (Caldeira, 2001), como explicité en la introducción y como profundizaré en el segundo apartado de este capítulo. Lo integraban tres edificios de tipo “torres”, con sistemas de seguridad privada, *amenities*, y una gran cantidad de trabajadores empleados, tanto para los departamentos como para los espacios generales de los edificios.

Las llamadas “amenities” estaban conformadas por áreas de uso común para los tres edificios, entre ellas: una cancha de fútbol, dos piscinas y un *playroom*. La mayor parte del tiempo de esos/as niños/as fuera de la escuela transcurría en esos espacios que denomino aquí “intermedios” (a medio camino entre lo público, representado por la calle, y lo privado, representado por las residencias particulares) y en sus departamentos. Me propongo caracterizar las disposiciones espaciales de dichas crianzas, cuidados y esparcimientos protagonizados por los/as niños/as y por sus respectivas cuidadoras/empleadas en estos espacios intermedios.

Buscaré indagar sobre la manera cómo estos espacios conformaban un “contexto de convivencia específico” (Segura, 2019, p.10); esto es, cómo eran habitados y transitados por agentes sociales desiguales, al mismo tiempo en que se generaban relaciones de ayuda mutua entre ellos. Concretamente, analizaré la “convivialidad” establecida entre las empleadas domésticas/*babás*, es decir, entre pares; entre ellas y los niños a quienes cuidaban; y entre ellas y los/as patrones/as que frecuentaban la cancha de fútbol en el mismo horario que las empleadas. Vale recordar que el foco de observación privilegiado en esta investigación fue el de las *babás*, por lo que me centraré en la manera en que ellas transitaban, percibían y se apropiaban de esos espacios intermedios domésticos. Mi objetivo en este capítulo será mostrar de qué manera esos espacios generaban o reforzaban la



posición subordinada de esas mujeres trabajadoras, y determinar cómo ellas los usaban para su beneficio propio o, en última instancia, para subvertir la jerarquía de su posición social en el condominio.

Comenzaré retomando, en el segundo apartado, las categorías teóricas que sustentan mis reflexiones en este capítulo. Luego, en el tercero, presentaré una descripción etnográfica del condominio y de cómo las actividades con los niños y las cuidadoras se situaban en él. El cuarto relata la vida en el condominio durante el verano. En ese momento, cuando los chicos interrumpieron sus clases, la rutina del condominio se modificó: se intensificaron las actividades recreativas de los menores y se redoblaron las tareas de las *babás*. Finalmente, en el último apartado, discuto mis reflexiones analíticas sobre el capítulo.

## 2. Conceptos principales

Cuatro conceptos orientan la perspectiva etnográfica y las reflexiones analíticas desarrolladas en este capítulo: “enclaves fortificados”, “convivialidad”, “cuidados” y “habitar”. El debate sobre estas categorías fue desarrollado en el capítulo 1, pero quisiera, en este apartado, retomarlos sucintamente y agregar algunas cuestiones importantes para este capítulo.

Respecto al concepto de “enclaves fortificados” definido por Caldeira (1997) —y en el cual adscribo al condominio de Sao Conrado—, me gustaría subrayar que son espacios que generan distanciamiento y segregación, pero que a la vez fomentan una multiplicación de empleos de baja remuneración. En efecto, el condominio que visité contrataba personal para el mantenimiento de las áreas comunes, y a su vez los residentes empleaban personas dentro de cada departamento para atender a sus propias necesidades domésticas y de cuidado. Estos/as empleados/as eran la mayor parte de las veces, como vimos antes, mujeres pobres, no-blancas, nordestinas y residentes de los suburbios de la ciudad, o bien de la *favela* adyacente. En esta lógica de interacciones reside una contradicción estructural de los enclaves, en tanto son espacios pensados para protegerse y distinguirse de esos “otros”, a quienes a su vez necesitan para que mantengan la limpieza y el bienestar del lugar:

En un contexto de creciente miedo al crimen, en que los pobres son muchas veces asociados a la criminalidad, las clases medias y altas temen el contacto y la contaminación, pero continúan dependiendo de sus empleados. Ansían encontrar maneras más eficientes de controlar a esas personas que les prestan sus servicios y con quienes mantienen relaciones tan ambiguas de dependencia y evitación, intimidad y desconfianza (Caldeira, 1997, p.161, traducción propia).

Esta descripción de Caldeira guarda semejanzas con la caracterización de la convivencia de los esclavos junto a sus amos en la época colonial y monárquica de Brasil (ver capítulo anterior). Los términos que usa Caldeira para describir estas relaciones contemporáneas entre patrones y empleados domésticos se parecen muchísimo a los que Freyre usó para caracterizar la relación entre amos y esclavos durante el período patriarcalista brasileño. La repetición de elementos afectivos e íntimos en

coexistencia con sentimientos de rechazo y evitación hacia quienes sirven pareciera ser una constante en la cronología del trabajo doméstico brasileño (esclavo o libre), y permite pensar la ambigüedad relacional en términos de continuidad histórica.

Como vimos en el capítulo 1, nos encontramos ante contextos de convivencia específicos, es decir, de “espacios privilegiados para pensar las interacciones entre actores desiguales” (Segura, 2019, p.10). La investigación me permitió comprobar que estaba en un lugar ideal para observar la ambivalencia afectiva de esos vínculos, y para conocer mejor el fenómeno de “dominación cercana” (Memmi, 2003), en referencia a las relaciones establecidas entre los diversos empleados/as y los/as residentes. Como señala Rzepnikowska (2015), la pregunta por la convivencia reconoce los contextos racializados, las desigualdades de género y clase, pero no los considera como impedimentos para la interacción entre agentes diferentes y desiguales (aunque, efectivamente, reconozca los límites de tales interacciones). Se trata de observar más en detalle esas interacciones y no reducirlas al binomio dominación/subordinación, sino entender la compleja trama de esos vínculos, en los cuales el poder tiene un rol preponderante.

Precisamente, por eso, este capítulo (y también el siguiente) presta atención a las cuestiones de la convivencia en el espacio fortificado del condominio, aunque agudiza su abordaje a través del prisma de los cuidados que las *babás* practicaban allí con los/as menores. Tal como lo definí en el capítulo 1, tomaré de Glenn (2010) la definición de “cuidados” que considera las tres dimensiones involucradas en esta actividad. Pero, además, tendré en cuenta el trabajo constante de reconfiguración de estas tres labores, que las *babás* realizaban según las necesidades circunstanciales de los/as niños/as. Por último, todos estos asuntos serán reconstruidos para esbozar una conclusión sobre el “habitar” del condominio, en los términos de Heidegger (también explicitada en el capítulo 1). A propósito de su perspectiva, Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro (2013) agregan que:

A partir del cuidado, del abrigo, también se construyen habitares [...] y se construyen sujetos. En otras palabras, los espacios, materiales y simbólicos, que se construyen desde el afecto, el cuidado y el reconocimiento mutuo, construyen también a los sujetos que los habitan. (p.3-4)

A continuación, veamos cómo se reflejó todo esto durante mi trabajo de campo.

### **3. El interior del condominio**

La primera vez que fui al condominio, reconocí fácilmente a las *babás* por su vestimenta. Las niñeras en Brasil acostumbran a vestirse con un uniforme blanco, o bien con ropa enteramente de este color. Se trata de un hábito ya bastante tradicional que, entre otras funciones, las distingue de otras empleadas domésticas que no cuidan de niños/as, y que por esta razón su trabajo es considerado menos noble. Una de las *babás* cierta vez me dijo que el uniforme blanco le servía para que la

respetaran en la calle, mientras anduviera con el/la niño/a: “Así todos saben que no pueden hacerme nada porque estoy con un hijo ajeno” (Diario de campo, octubre de 2018). Contradictoriamente, el uniforme blanco es un símbolo de estatus y protección en el universo del empleo doméstico.

En esa primera visita al condominio, conocí y entrevisté a Jazmín y Violeta. Hacia el final de esa primera charla, Violeta me dijo que yo podría conversar con otras empleadas domésticas y *babás* del condominio (amigas suyas) en las clases de fútbol de los chicos. Le pregunté a qué se refería con las clases de fútbol, y me explicó que algunos chicos (entre los cuales Fernando, al que ella cuidaba) tomaban clases de fútbol tres veces por semana por la mañana en la cancha que pertenecía al condominio. Me explicó, además, que asistía un profesor contratado por los padres para dictar estas clases y que mientras estas transcurrían, ella y las otras *babás* se sentaban a un costado para conversar. Le parecía una buena idea que yo fuese a la clase siguiente, y eso fue lo que hice.

El lugar donde se jugaba al fútbol estaba rodeado de plantas y árboles muy bien cuidados. Una de las *babás* me contó que el condominio tenía un jardinero que se encargaba de eso. Para acceder a la cancha de fútbol, primero había que pasar por el *hall* de entrada, atravesar uno de los varios garajes del condominio y salir a una especie de jardín, donde había una parrilla de uso común y una galería de árboles, que, encerrando por arriba a un camino y generándole sombra, desencadenaba finalmente en la cancha de fútbol. Muchos de los árboles tenían en sus troncos unas flores blancas muy vistosas. En una ocasión le pregunté a una de las *babás* qué flor era y me respondió que se trataban de orquídeas: una flor muy cara y que la colocaban en todos los espacios verdes del edificio. El estatus se ostentaba en la naturaleza también.

Supe, con el paso de los días, que tanto el profesor de fútbol, como los profesores de natación (cuyas clases también acompañé, como explicaré luego) pertenecían a una empresa de servicios deportivos, que atendía al público residente del barrio de São Conrado y de otros barrios aledaños.

Las clases de fútbol de este condominio se realizaban los lunes, miércoles y viernes por las mañanas. Dependiendo el día, participaban entre cuatro y cinco niños varones de entre cinco y siete años, aunque la mayoría de ellos tenía siete. Casi todos vivían en algún departamento de los tres edificios, salvo uno que residía en otro edificio del barrio y venía con su niñera para participar de la clase junto a sus amigos. Al concluir la práctica, el profesor se iba y las *babás* dejaban a los niños jugando en la cancha un rato más, antes de subir a los departamentos. No sabría precisar el tamaño de la cancha de fútbol, pero de ninguna manera era pequeña. Su tamaño era cómodo, y la clase se desarrollaba siempre con normalidad excepto los días en que llovía. Al ser la cancha descubierta, se mojaba; y en esos casos, usaban solamente la mitad más seca para preservar a los chicos de eventuales accidentes.

Mientras los menores jugaban al fútbol, las *babás* se sentaban en unas gradas y en un banquito al costado para conversar y a usar el celular. Pero siempre quedaban pendientes de los niños: nunca los perdían de vista y si uno de ellos se lastimaba, se apresuraban en atenderlos y mimarlos. También les sostenían las botellas de agua, que ellas preparaban antes de ir a la clase. Se encargaban de dárselas cada vez que los niños salían de la actividad para descansar, y los hidrataban a pesar de sus protestas. En los meses de trabajo de campo, ninguna de ellas olvidó jamás de llevar la botella de agua para su niño/a.

Algunas veces, las *babás* también intercambiaban palabras con algunas madres de los niños que jugaban al fútbol: se trataba por lo general de dos madres y un padre (el marido de una de ellas) que no contrataron *babás* para sus hijos, encargándose personalmente de cuidarlos. Con las madres, las *babás* conversaban con mayor desenvoltura. En cambio, el padre del niño se sentaba a un costado: jamás lo vi interactuar con las *babás* más allá de un simple saludo.

En la medida en que mi presencia en el condominio se fue haciendo más habitual, después de asistir a las clases de fútbol y sentarme a conversar con las *babás*, Violeta me invitaba a subir a la casa de los padres de Fernando para almorzar con él y sus amigos, y así seguir conversando con ella. Era muy común que Violeta subiera a la casa de la madre de Fernando o del padre (era dos casas distintas, puesto que ellos estaban separados) junto a Fernando y a algún amigo suyo del fútbol. A veces las *babás* de los amigos subían también. En el caso de Miguel (el mejor amigo de Fernando), lo común era que subiera solo y que luego Violeta lo llevara de vuelta a su departamento, donde su *babá* Orquídea lo esperaba mientras adelantaba tareas domésticas.

Violeta solo tenía a cargo a Fernando (era exclusivamente *babá*). Orquídea se encargaba de las tareas de la casa, además del cuidado del niño. Una vez llegábamos a la casa de la madre o del padre de Fernando, la rutina consistía en que los niños se iban a bañar para quitarse el sudor y la suciedad de las clases. Violeta los ayudaba a desvestirse y a veces a bañarse. Luego, vestía a Fernando con el uniforme de la escuela, o bien le alcanzaba la ropa para que se vistiera solo. Después, le calentaba la comida, mientras ellos jugaban a los videojuegos o conversaban. En ese momento yo aprovechaba: hablaba con ella y, en otras ocasiones, escuchaba a los niños. Violeta siempre me insistía para que almorzara, y yo me servía la comida congelada que había preparado la hermana de Violeta (quien trabajaba algunos días como cocinera y empleada doméstica en las casas de los padres de Fernando). Yo siempre comía con los niños, pero Violeta nunca comía con nosotros: lo hacía una vez que Fernando ya se hubiera ido a la escuela. Durante todo ese tiempo, ella siempre lo apuraba para que estuviera listo, pues el micro privado que lo llevaba al colegio lo esperaba y no podía perderselo.

La casa del padre de Fernando tenía un living de 7x4 metros aproximadamente. Era cómoda, pero no diría que era una casa lujosa bajo ningún aspecto. El lujo estaba más en las *amenities* del

edificio que en el departamento en sí mismo. Este tenía una cocina y dos cuartos principales: el de Fernando y el de su padre. Al lado la cocina y del lavadero, se encontraba un pequeñísimo cuarto “de servicio” destinado para el personal doméstico. Había dos baños principales. Uno lo usaba el padre, y el otro lo usaban Fernando y Violeta. Aunque para bañarse, Violeta usaba únicamente el baño del cuarto de servicio, también minúsculo.

En esa casa, Fernando tenía una *playstation*, mientras que en la de su madre no. Por eso al niño le gustaba más ir a la casa del padre, según me contó Violeta. Sin embargo, ella me dijo que prefería trabajar en la casa de la madre. No me especificó muy bien por qué, pero me llegó a decir que esta segunda residencia tenía más cosas y más detalles por ser “casa de mujer”. La casa de la madre de Fernando, si bien no pertenecía al condominio en cuestión, quedaba justo al lado, en un edificio contiguo, por lo que las distancias entre los dos departamentos eran mínimas. Esto facilitaba los cuidados del niño, quien, a su vez, tenía a sus abuelos maternos viviendo en el mismo condominio donde estaba el departamento del padre. La circulación de Violeta estaba condicionada a la del niño, que iba y venía entre estos tres departamentos.

Durante la mayor parte de mi trabajo de campo, casi siempre fui invitada a almorzar en la casa del padre de Fernando; ya casi hacia el final, fui invitada un par de veces por Violeta también a la casa de su patrona. Cuando fui, corroboré que se trataba de un departamento más amplio y decorado que el del padre. En el living había un minibar que la madre de Fernando había instalado, con una barra y bebidas alcohólicas caras que le conferían al espacio un toque de lujo y ostentación. El cuarto del niño tenía muchas más cosas, a pesar de no poseer la *playstation* que a él tanto le gustaba.

#### **4. El verano en el condominio**

Durante el verano, los tiempos de los/as niños/as y de las *babás* se reajustaban. El primer hecho que marcó un gran cambio en la cotidianeidad del condominio fue el comienzo de las vacaciones escolares. En diciembre, aunque en fechas variadas (porque asistían a colegios diferentes), los/as niños/as fueron concluyendo sus clases y empezaron a pasar más tiempo en sus casas. En la medida en que se fueron acercando las fiestas de fin de año y el mes de enero, varias familias del condominio decidieron viajar, por lo que las *babás* recibieron vacaciones, casi siempre programadas por sus patronas en función de las suyas.

Por estas razones, las clases de fútbol y natación entraron en receso desde fines de diciembre de 2018 hasta principios de febrero de 2019, momento en el cual retorné al condominio para cerrar mi trabajo de campo y despedirme de las *babás* (para volver a Argentina). A continuación, relato tres escenas de mi convivencia con las *babás* y niños/as en la temporada veraniega.

#### 4.1 Escena 1: Malena y la piscina

En los días previos a que los niños comenzaran a viajar, la suspensión de las clases no significó que ellos y las *babás* dejar de asistir a la piscina. Por el contrario, empezaron a ir reiteradas veces en horarios más extendidos para que los y las menores jugaran y se refrescaran. Las altas temperaturas de Rio de Janeiro no eran fáciles de tolerar.

El uso de la piscina por parte de las empleadas estaba prohibido por reglamento del edificio. Esta norma se me hizo explícita una vez que yo puse los pies en la piscina, un día que no había nadie en ella. Estaba con Violeta, quien en ese momento me dijo que tendría que haber traído un bikini para sumergirme. Le pregunté si las empleadas podían utilizar la piscina y ella me dijo que no; pero como yo era amiga de una propietaria, yo sí podría. Esa respuesta me incomodó, pues no quería ser vista como una “visita de una propietaria”, sino como alguien que las acompañaba a ellas y no a las residentes. El hecho de zambullirme en la piscina habría marcado una distancia enorme con mis interlocutoras. Entonces le respondí: “no, no me puedo meter. Porque estoy con ustedes”. Así, Violeta marcó una diferencia entre nosotras que decidí saltar, al menos en apariencia, con esa respuesta. A continuación, ella me explicó que todavía existían muchos prejuicios contra las empleadas; y luego agregó un poco en broma, un poco en serio, que si ella se metiera en la piscina probablemente la mandarían a desinfectar después.

Ese comentario de Violeta da cuenta de una representación todavía vigente entre las clases medias y medias-altas de Brasil sobre las empleadas domésticas que trabajan en sus casas. Pinho (2015) expuso esta idea al declarar que el asco o rechazo actual a las empleadas domésticas en este país se debe no sólo a la repulsión por los cuerpos negros —herencia de la época esclavista—, sino también a la clase de labor que ellas realizan. Como trabajan para eliminar la suciedad, sus cuerpos están constantemente cruzando el límite entre la pureza y la contaminación. Con el desarrollo del higienismo en Brasil, en inicios del siglo XX, las clases pudientes comenzaron a verse a sí mismas como puras, impolutas y ajenas a la suciedad de su propio cuerpo. Para producir esta disociación, hubo que asociar la suciedad a alguien más, considerado como inferior, y a la vez como “encargado natural” de limpiar la roña de los otros. Así, las representaciones de raza y género entraron en juego y tuvieron un rol central, determinando quiénes estaban “naturalmente” destinadas a hacer el trabajo sucio, ligado a la limpieza. La pureza, como valor de las clases pudientes, pudo construirse gracias a la presencia en sus casas de la empleada doméstica negra a quien le es transferida la impureza y “lo sucio”.

Para Pinho (2015), esta visión se basa en que la suciedad que las empleadas limpian contamina aún más sus ya “contaminados” cuerpos. Así, se las atrapa en un círculo donde la negritud y la pobreza

quedan asociadas a la fuerza física, a la suciedad corporal y a su condición de género. Las representaciones de los cuerpos de las empleadas como repulsivos las convierten en las personas más adecuadas para hacer la limpieza y, simultáneamente, por causa de estas mismas representaciones, son prohibidas de tocar ciertos objetos para no contaminarlos (p.119-121). Este sería el caso de Violeta y la piscina. Su comentario no pudo haber sido más lúcido.

Otra de las peculiaridades durante ese verano fue ver en el condominio a algunos hijos/as de las *babás*, que también estaban en vacaciones escolares. Por este motivo, las empleadas debían traerlos/as consigo al trabajo, especialmente aquellas que no podían tercerizar sus cuidados. Violeta, por ejemplo, traía a Malena, su hija de 3 años. En esos días, cuando la niña asistía al trabajo de su madre, se plegaba a las rutinas lúdicas de los/as niños/as que vivían en el condominio y jugaba en la piscina con ellos. Malena, al ser pequeña, tenía permitido sumergirse en la piscina, según me aclaró Violeta. Es decir, al ser hija de empleada, pero pequeña, tenía otro acceso al espacio del condominio, diferente al de su madre como empleada y adulta.

Durante mi estadía, Violeta se veía muy contenta cuando su hija podía participar de tales las actividades en la piscina, o saltar en la cama saltarina del *playroom*. Asimismo, el vínculo generado por Malena y Fernando (a quien Violeta cuida) era muy fuerte, pues no eran pocos los días que compartían juntos jugando en el condominio o bien haciendo salidas al cine o al shopping junto a Violeta. De no ser por el condominio, Malena muy probablemente no hubiera tenido acceso a ese tipo de esparcimiento. Esto quedó explícito un día en que Violeta apuró a Malena porque tenían que regresar a su casa, pero Malena quería continuar jugando en la piscina. Violeta, al no conseguir que Malena accediera a emprender el regreso, terminó diciéndole bien fuerte: “Vamos hija, vos no perteneces a este mundo ¿no entendés?” Violeta miró a otra *babá* en ese momento y se rio de su propio comentario. Pero Malena se largó a llorar.

Malena no era la única persona que “no pertenecía a ese mundo” y que entraba al condominio y socializaba con los/as niños/as residentes. También tuve la oportunidad de ver a los niños varones que jugaban al fútbol, nadando en la piscina del condominio con un amigo de la escuela (privada) que, luego supe, vivía en la Rocinha. Ese niño asistía al mismo colegio privado que los niños del condominio gracias a una beca que recibía de esa institución. Su madre, aunque no era *babá*, formaba parte del núcleo amistoso de las *babás* del condominio y de otros condominios del barrio; por lo tanto, también la vi varias veces en el condominio pasando el tiempo junto a las empleadas y los/as niños/as.

Svampa (2004) al analizar los *countries* y barrios cerrados de Argentina, observa que dentro de ese tipo de urbanización tendía a generarse “círculos sociales homogéneos” (p.67). Así, señala que: “La constitución de círculos sociales con una clara tendencia a la homogeneidad emerge como el corolario inevitable de este modo de socialización” (Svampa, 2004, p.69). Sería demasiado apresurado, a partir de estos ejemplos, establecer una diferencia tajante entre la sociabilización de

los/as niños/as de Brasil y los de Argentina que residen en “enclaves fortificados”. Sin embargo, los ejemplos anteriores inspiran a indagar más en las particularidades existentes en un contexto en el que la presencia de los/as hijos/as pequeños/as de las empleadas es naturalizada, al igual que el hecho de que ellos se críen jugando junto a los/as niños/as residentes del condominio. Con esto no estoy afirmando que la sociabilidad en el no sea tendiente a la homogeneidad social. No obstante, la crianza y socialización de esos niños del condominio debe ser complejizada a la luz de los anteriores ejemplos. Estos muestran que algunos miembros “que no pertenecen a ese mundo” ocasionalmente pueden ingresar en el condominio, gozar de sus espacios e interactuar estrechamente con sus miembros.

Se demuestra así que no todos “los de afuera” ingresan únicamente bajo un título laboral (es decir, como empleados de los residentes). Sea como fuera, el contacto con sujetos diferenciados amplía el universo de sociabilidad de los/as residentes. Por supuesto que el marcador “edad” influye: no es casual que sean niños (la hija de la empleada, o el niño que vive en la Rocinha) quienes puedan más fácilmente ingresar de este modo. De cualquier forma, se trata de un dato a destacar que aporta a la pregunta por la convivencia específica de ese conjunto de edificios.

#### 4.2 Escena 2: Los encuentros en el playroom

Durante el verano, el *playroom* cobró mayor importancia para los/as niños/as y sus *babás*. Se trataba de un Salón de Usos Múltiples (SUM): un espacio bastante amplio con sillas y mesas disponibles para acomodar a gusto del usuario. Además, contaba con una cocina propia y un patio donde había varios juegos infantiles: la cama saltarina antes mencionada, una casita de fantasía, hamacas y otros típicos juegos de una plaza. Estos elementos justificaban el nombre del lugar: *playroom*. En la parte interior, donde se encontraba propiamente el salón, las *babás* solían organizar almuerzos grupales.

En estos almuerzos, mientras los/as niños/as jugaban en la parte de afuera, las *babás* conversaban entre sí, se quejaban de sus patrones, se aconsejaban y, sobre todo, se reían. El humor era un elemento muy presente cuando ellas se juntaban y, especialmente, cuando quedaban a solas (sin niños/as o patrones de por medio). Para los almuerzos, cada una llevaba algo que había preparado, luego lo ponían en una mesa común y así alimentaban a todos/as los/as niños/as. Después, y sólo después, que los/as chicos/as hubieran terminado, ellas comían y socializaban. Tuve la oportunidad de compartir dos de estos almuerzos en el verano: uno el día después de la fiesta de navidad —también realizada en el *playroom*—, y otro a fines de enero.



La fiesta de navidad solía ser un evento organizado por las *babás*, y dedicado a los/as niños/as. Sin embargo, en 2018, se dio la particularidad de que se hizo masivo a todas las familias con niños/as del condominio, ya que la administradora de los edificios decidió colgar un cartel en el ascensor anunciando la invitación a todos/as los/as residentes. El convite decía que quien quisiera participar, debía llevar una comida y una bebida para compartir. Finalmente, asistieron muchísimos/as niños/as del condominio, madres y padres (aunque mayormente madres), abuelos/as de los/as niños/as, *babás* de todo el edificio y algunas hijas de las *babás* también. Hubo un “Papá Noel” contratado por el consorcio del edificio que se encargó de repartir los regalos, los cuales fueron, en su mayoría, comprados por las *babás*. Julieta, la antropóloga del condominio, fue la única madre que compró el regalo de su hija. Fue ella quien me comentó esto en la fiesta, indignada porque los demás padres habían relegado esa tarea a sus empleadas.

Había muchísima comida servida en una mesa larga: pollos grandes, ensaladas, fideos condimentados, perrito asado, y otros platos abundantes y muy elaborados. También hubo unos sándwiches enrollados dispuestos en una bandeja gigante, que eran de una panadería cuya dueña era una madre que estaba en la fiesta. Las cosas dulces tampoco faltaron. Entre ellas, el helado que llevé, a pedido de una de las *babás*. Al día siguiente del evento, me explicaron que las comidas más elaboradas fueron hechas por las *babás* y empleadas domésticas y que esos sándwiches y los *salgados* —que yo no llegue a ver porque, según Violeta, las madres los comieron todos muy rápidamente— fueron comprados por madres y padres. Durante la fiesta, escuché a Violeta quejarse por lo bajo de las madres (las patronas), quienes siempre opinaban que les parecía un exceso la comida que las *babás* preparaban. Sin embargo, Violeta confirmó que eran ellas —las madres— las que primero y más comían.

Al final de la fiesta, me encontraba en el área de juegos, jugando con las nenas. Cuando regresé al salón, no había más padres. Solo quedaban algunas *babás* que estaban ordenando y guardando la comida sobrante. Me dijeron que esa comida iba a ser servida en el almuerzo del día siguiente para ellas (*babás*) y para los/as niños/as, después del fútbol. Bromearon con que no había sobrado mucha comida porque “*o povo comeu muito*”<sup>15</sup>.

Al día siguiente, durante la clase de fútbol, Violeta y Orquídea manifestaron —inclusive delante de una de las madres— que les había parecido de mucha “falta de educación” el que muchas patronas durante la fiesta hayan comido antes que los chicos. Especialmente les molestó que ni siquiera habían sido capaces de esperar para comer después de que Papá Noel terminase de repartir los regalos. Violeta remarcó su enfado, resaltando que tampoco alcanzó a tomar una foto de la mesa, que ellas habían dispuesto y preparado con mucha dedicación. Antes de que ella pudiese alcanzar a

---

<sup>15</sup> Traducción: “las personas comieron mucho” (haciendo alusión a los empleadores/as).

tomar la foto, las madres (los abuelos/as y algún que otro padre también) devoraron la comida. Violeta nos pidió que imagináramos qué habría pasado si las *babás* hubieran comido antes que los niños; y afirmó que los patrones seguramente habrían hablado muy mal de ellas. Por eso, para Violeta y Orquídea, lo que hicieron los patrones y sus familiares (exceptuando a los/as niños/as) fue una falta de educación, un acto muy irrespetuoso para con su trabajo.

Durante la fiesta, oí también otro tipo de quejas. Las *babás* que también eran empleadas domésticas reclamaban por el tiempo enorme que les consumía cuidar a los/as niños/as cuando no tenían que ir a la escuela. Para Orquídea, a cargo tanto del cuidado de la casa como del de Miguel, el tiempo libre o de vacaciones de los/as niños/as le generaba una sobrecarga y redundaba en un complejo manejo de las tareas. A toda hora quería comer algo y ella tenía que brindárselo. De esta manera, se quejaban de estar “atrasadas” con las labores domésticas, pues, inevitablemente, debían priorizar las necesidades del infante.

Ahora bien, si bien las vacaciones de los chicos/as podían perjudicar a las empleadas con más de una función de cuidado, simultáneamente se trataba de una temporada óptima para organizar más planes en conjunto en el *playroom* del condominio, o de otros condominios donde trabajaban otras *babás* del grupo. Estos encuentros les permitía tejer redes de amistad y solidaridad. Así me lo señaló Orquídea:

Nosotras nos reunimos, tipo así... En las vacaciones nosotras siempre estamos juntas, ¿sabés?... Vamos a los playrooms de las otras, hacemos almuerzos, para intentar estas juntas, ¿entendés? Vamos a los playrooms de otras de las chicas... o en el playroom de acá, o en el playroom de Girasol... O vamos a lo de Violeta... cuando los chicos están de vacaciones [...]. O en las casas o en el playroom jugando, o en la piscina, o hacemos los almuerzos para los niños y tal... Nosotras llevamos comida, siempre estamos haciendo eso para... con los chicos...para intentar estas juntas... porque los fines de semana cada una va a su casa, y las chicas viven lejos, y si no no nos vemos... (Entrevista a Orquídea, noviembre, 2018, traducción propia).

#### 4.3 Escena 3: el paseo al shopping

De vez en cuando, los/as niños/as y sus *babás* iban a dar un paseo al shopping de São Conrado llamado “Fashion Mall”. Los acompañé un día de verano, cuando esos paseos eran más frecuentes. El centro comercial “Fashion Mall” era un espacio de tiendas de grandes marcas y altos costos, y se encontraba a menos de diez cuerdas del condominio. A grandes rasgos, se caracterizaba por destacar consumos sumamente exclusivos por sus precios, y donde también sobresalía una ornamentación inusual en otros centros comerciales: desde plantas interiores llamativas, hasta autitos eléctricos que circulaban por los pasillos conducidos por niños/as que tenían la posibilidad de alquilarlos.

Llegamos hasta allí caminando, una oportunidad para que yo conociera un poco más de la zona: no me dejó de llamar la atención la gran cantidad de “edificios torres” del barrio. Casi no se veía construcciones de otro tipo. Ya en el shopping, las *babás* me comentaron que también había un cine en el complejo, a veces frecuentado por los/as niños/as, y también restaurantes y cafeterías, donde

algunas de las niñas me comentaron que solían concurrir los fines de semana junto a sus padres. Apenas ingresamos al shopping, los/as niños/as entraron corriendo a la juguetería y las *babás* los siguieron. Violeta me comentó que el paso por la juguetería era una parada obligatoria cada vez que iban allí. En la tienda, los/as niños/as se dividieron y cada uno fue a ver aquello que más le interesaba: las niñas fueron al sector destinado para juguetes “femeninos”, y los varones al “masculino”, donde se dispusieron a ver autos, armas y juegos para la *playstation*.

Había niños/as que estaban muy emocionados ante ese paraíso hecho para el consumo infantil, y otros/as miraban las mercaderías sin tanto interés. Las *babás* también miraban juguetes. Malena, le pidió en un momento a Violeta que le comprara una muñeca y ella le prometió que lo haría para su cumpleaños. Luego, los/as niños/as quisieron tomar un helado, así que nos dirigimos todos a la heladería en el piso de arriba. Si una de las niñas o los niños quería detenerse en un negocio a mirar algo, su *babá* la/o esperaba a que lo hiciese. Trataban de mantener la distancia entre el grupo y también que no quedara ningún/a niño/a solo/a. Cuando llegamos, la heladería ya había cerrado, así que nos fuimos, porque decayeron los ánimos de algunos/as de los/as niños/as. Ese fue el fin del paseo en el “Fashion Mall”.

A continuación, nos dirigimos todas las *babás*, los/as chicos/as que cuidan, y las hijas de dos de las *babás* al condominio donde trabajaba Girasol, quien cuidaba a una niña de 8 años y a su hermano más pequeño. Este condominio era mucho más grande y ostentoso que el otro. Tenía un portón gigante en la entrada que blindaba el acceso. Una vez abierto, había que comunicarse por un portero electrónico con un agente de seguridad privado que autorizaba el ingreso. En el pasillo de la entrada había una pecera gigante y pomposa, con peces de colores estrambóticos. Nuevamente la “naturaleza” era usada para simbolizar estatus social. En la entrada también había unos sillones gigantes, donde algunos de los/as niños/as se sentaron a descansar.

Luego, fuimos al área externa del condominio donde había una piscina mucho más grande que la del condominio donde se realizaban las clases de natación. Todos/as los/as chicos/as que sabían nadar fueron a la grande, de adultos; los/as más pequeños/as, a la de bebés, cercana a la otra. En las reposeras, junto a las pertenencias de los/as chicos/as y a la mesa con comida, se acomodaron las *babás* en su lugar “de costado” habitual, la mayoría de ellas vestidas de blanco. Sacaron fotos a los/as niños/as y les ofrecieron la comida que había sobrado del almuerzo grupal del día anterior. Fue un día muy divertido.

## **5. Habitantes no reconocidas**

En este capítulo describí las características del condominio, enfocándome principalmente en sus espacios de uso colectivo y privado, y en las actividades vinculadas al cuidado de menores

realizadas en ellos. Los datos presentados permiten categorizar estos espacios como un “enclave fortificado” (Caldeira, 1997). Por su parte, la crianza de los niños acontecía principalmente dentro de los límites del condominio, con eventuales salidas a espacios también caracterizados por lógicas de retraimiento y distinción social (shopping, cine en el shopping, condominios aledaños de amigos/as), que contaban con dispositivos de seguridad y protección semejantes.

En el condominio, durante los meses escolares (la mayor parte del año), los/as niños/as y las *babás* tenían una rutina altamente pautada y programada, inclusive para los momentos que podríamos llamar “de ocio” de los/as pequeños/as. Ellos/as eran despertados/as a una hora determinada para desayunar, y para luego asistir o bien a la clase de fútbol o de natación. Al concluir el tiempo de clase —luego de que los profesores de la empresa contratada se retiraban— las *babás* les permitían quedarse un rato más jugando o nadando “libremente”, hasta que les indicaban que “*está na hora de subir*” [es la hora de subir (a los departamentos)]. Una vez subían, los/as niños/as tomaban un baño (en ocasiones con ayuda de las *babás*). Violeta siempre subía con Fernando y Miguel, su mejor amigo, a las casas de sus patronos. A veces, la *babá* de Miguel iba también, o bien subía a la casa de su patrona a realizar otras tareas, mientras Violeta cuidaba de los dos niños y les servía el almuerzo. A continuación, los chicos se alistaban y se colocan la ropa de escuela, y eran acompañados a la puerta del condominio por sus *babás*. Allí los esperaba el micro escolar, o bien era acompañados por ellas hasta la escuela (dependiendo de cada niño/a). En el caso de Violeta, cuando Fernando se iba, ella subía de nuevo al departamento para ordenar y limpiar aquello que Fernando había ensuciado y, además, le preparaba la cena y la llevaba a la casa de los abuelos del niño (en el condominio también), antes de marcharse a su casa.

En esta sintética descripción pueden verse las tres dimensiones de los trabajos de cuidado, tal como explicados por Glenn (2010): el *cuidado directo sobre las personas* (en este caso los/as niños/as), el *mantenimiento físico de los lugares* donde las personas viven, y el *fomento del trabajo relacional*. Lejos de ser una tarea mecánica, el trabajo de *babá* exigía de esas mujeres una constante graduación y recombinación de las tres dimensiones del cuidado. Por ejemplo, cuando los niños se enfermaban, la circunstancia les exigía un mayor *cuidado directo* sobre ellos/as. En el verano, el hecho de que estuvieran más tiempo en sus casas les exigía una mayor cantidad de tiempo destinado al *mantenimiento del lugar físico*. Por último, la dimensión del *fomento del trabajo relacional* es aquella que está asociada con esos espacios “intermedios” o “semi-públicos” del condominio. En ellos los/as niños/as se encontraban con sus pares para jugar (en la piscina, *playroom* o cancha de fútbol), aunque también eran fomentadas sus relaciones cuando almorzaban juntos en un departamento y una *babá* sola cuidaba de todos/as ellos/as.

El cuidado remunerado en su dimensión del *fomento del trabajo relacional* encontraba su particularidad en este “enclave fortificado” en esos espacios intermedios de uso colectivo: era allí donde los/as niños/as se relacionan entre ellos/as, mientras al mismo tiempo las *babás* se relacionaban entre sí. También, ocasionalmente, allí interactuaban con madres residentes. Todo esto construía un “contexto de convivialidad específico” (Segura, 2019), en el que existían relaciones tan interdependientes como asimétricas. Estos espacios intermedios, caracterizados por su uso jerárquico, reforzaban las desigualdades sociales, al mismo tiempo en que eran apropiados por las *babás* para su beneficio. La escena de la piscina, aunque demostró la consciencia de Violeta respecto a su posición inferiorizada dentro de condominio, también verificó que —a pesar de ella no poder nadar allí— hacía todo lo posible para que su hija (con el “privilegio” de ser pequeña) pudiera disfrutarla lo máximo posible. Aunque al final tuviera que recordarle que “ella no pertenece a ese mundo”.

Además, las *babás* combinaban el *fomento del trabajo relacional* de los/as niños/as con el fomento de sus propias relaciones. A partir de la existencia de esos espacios intermedios —donde los padres de los niños autorizaban y aprobaban que sus hijos pasaran su tiempo—, las *babás* organizaban almuerzos, fiestas y encuentros no sólo para que los/as niños/as socializaran, sino también para poder socializar entre ellas. Orquídea señaló a la época de vacaciones como un tiempo ideal para que ellas pudieran estar juntas: algo que siempre trataban de hacer, según me indicó, pues los fines de semana era difícil encontrarse debido a las distancias entre sus casas. Así, esos espacios intermedios del condominio permitían encuentros colectivos entre las *babás* y los niños, en los cuales se producían asociaciones y relaciones que aliviaban la carga individual que generaba el cuidado “uno a uno” (de una *babá* a un/a niño/a) en un departamento. Por el mismo motivo, Violeta a veces cuidaba de Miguel en la casa de Fernando: para permitir que Orquídea adelantara tareas domésticas de la casa, con las que no podía avanzar cuando tenía que estar pendiente de Miguel y de sus demandantes necesidades, tal como ella me explicó.

Como adelanté, los encuentros en el *playroom* o en la cancha funcionaban también para que las *babás* conversaran sobre sus vidas personales y rieran compartiendo dramas. Si bien estamos lejos de hablar de cuidados o crianzas comunitarias, lo que se observó en el condominio es que los espacios intermedios eran aprovechados al máximo por las *babás* para colectivizar la experiencia de cuidado. Aun así, también escuché reclamos de algunas que también eran empleadas domésticas, pues el tiempo gastado fuera de la residencia de trabajo propiamente dicha —en pos del *fomento del trabajo relacional*— las atrasaba con las tareas de cuidado del hogar. Así, las diferentes dimensiones del cuidado entraban en conflicto, generando tensiones para la cuidadora que no podía atender a todas ellas.

Por último, el “contexto de convivencia específico” (Segura, 2019) también estaba constituido por las eventuales relaciones entre las *babás* y algunas madres residentes del condominio. Se trataba de aquellas madres que asistían a las clases de fútbol para acompañar a sus hijos: aquellos niños que no tenían cuidadoras contratadas a su cargo. Con algunas de las madres, las *babás* tenían mejor relación que con otras. Esto dependía del trato que esas madres les dieran a ellas, a los/as niños/as que ellas cuidaban y eventualmente a sus propias hijas, cuando eran llevadas al condominio. En concreto, hay una madre con quien las *babás* tenían mayor interacción. Ella también participaba de acciones que buscaban colectivizar el cuidado de los niños, ya sea mediante compartir comida en las clases de fútbol, o conversando con las *babás* sobre el día a día de su hijo y de los/as demás niños/as. Aunque fuera buena esa relación, las *babás* siempre mantenían cierta distancia y desconfianza hacia las “patronas”.

Por último, quisiera rescatar la escena de la comida en la fiesta de navidad, de la cual emergió la rabia de parte de las *babás* hacia las patronas. Esta circunstancia permitió visualizar una paradoja que subyacía en el trabajo de esas mujeres. Si pensamos en términos de Heidegger (2016), para quien “el rasgo fundamental del habitar es este cuidar (custodiar, velar por)” (p.7), entonces podemos decir que la paradoja era que las *babás* cuidaban y construían todo lo que se relacionaba con el bienestar de los/as niños/as en el condominio, pero, sin embargo, no eran consideradas sus habitantes. Las *babás* y las empleadas cuidaban cotidianamente a los niños, a las plantas, a las mascotas y a los departamentos; se encargaban de hacer la comida y limpiar las ropas. Bajo la perspectiva de Heidegger (2016) esto las convertiría en “habitantes del lugar”; sin embargo, ellas no eran consideradas como tales. O peor aún: quienes sí eran considerados habitantes ni construían ni cuidaban habitualmente a los espacios, ni a las personas, ni a las cosas.

La escena de la comida en navidad (más concretamente el enojo de la *babá* sobre lo allí acontecido) resultó justamente interesante para pensar la cuestión de la “habitabilidad” de esas mujeres dentro del condominio. Violeta dijo haberse molestado porque las madres habían comido antes que los/as chicos/as. Le fastidió aún más que las patronas no hayan esperado a que Papá Noel repartiera los regalos, y también le molestó no haber podido retratar con una foto todo el esfuerzo de la preparación de la mesa. Por último, le incomodó tener la certeza de que, de haber sido las *babás* las que hubieran hecho todo eso, habría habido consecuencias y acusaciones denigratorias, que, lógicamente, no hubo para las madres.

Las *babás* construyeron con todos los detalles posibles una fiesta dedicada a los/as niños/as que ellas cuidaban todos los días. Luego sintieron que la presentación de la fiesta fue estropeada, porque el orden de lo que ellas habían pensado para que todo se desarrollara no fue respetado. Este orden no era en vano; tenía un sentido para ellas: los agasajados eran los/as niños/as, y la fiesta y la

comida eran principalmente para ellos/as. Los padres ignoraron el orden planificado, comiendo antes, y así invisibilizaron rápidamente el arduo trabajo de preparación previo, al punto “que ni una foto de la mesa pudieron tomar”. Todo esto englobado bajo la imposibilidad de las *babás* de reclamarlo (pues esto pondría en riesgo sus empleos). Por último, estaba la certeza de que ellas nunca podrían hacer lo mismo: poder anteponerse a los/as niños/as y comer desesperadamente es prerrogativa de unos pocos. Si ellas lo hubieran hecho, habrían sido señaladas como malas cuidadoras, hambrientas, glotonas y/o maleducadas.

En conjunto, esta escena evidenció la falta de reconocimiento del trabajo de las *babás* (de los cuidados que ellas extendían hasta a los mínimos detalles). Este reconocimiento hubiera implicado, en ese caso, para esa *babá*, no abalanzarse sobre la comida en la mesa, que tanto tiempo y esfuerzo le había costado armar. Implicaba que sus esfuerzos dedicados a los niños no desaparecieran en un segundo, sino que se respetaran los tiempos para que sus cuidados y afectos se volvieran visibles y pudieran ser valorados.

Esta misma escena ilustró la paradoja del “habitar” de esas mujeres dentro del condominio. Ellas habitaban el condominio —en el sentido que Heidegger da al término—, pues lo cuidaban cotidianamente, pero era marginadas dentro de él. Las *babás* y empleadas construían y daban vida cotidianamente a los sujetos del condominio: los alimentaban, limpiaban sus ambientes; se aseguraban de que las relaciones sociales de los/as niños/as acontezcan y, también, cuidaban que el espacio físico sea apto para el desarrollo de sus actividades. Diariamente ellas controlaban que los ambientes estuvieran limpios y que la cancha de fútbol estuviera en condiciones, al igual que el playroom. Eran ellas, entonces, las que allí construían, cuidaban y erigían diariamente la vida —en su sentido más exhaustivo—, convirtiéndose así en las *habitantes no reconocidas del condominio*.

En el próximo capítulo, profundizaremos en más paradojas. Indagaremos en las relaciones más relevantes que las *babás* mantenían en su espacio de trabajo, es decir, en el condominio. Esto se hará desde el punto de vista de ellas, con el objetivo de encontrar los sentidos que ellas atribuían a esas relaciones.

## CAPÍTULO 4

### CONTRADICCIONES EN EL PRESENTE: LAS RELACIONES EN EL MUNDO LABORAL DE LAS *BABÁS*

#### 1. Introducción

En el capítulo anterior mostré la organización de los espacios del condominio y cómo las *babás* transitaban cotidianamente en él, realizando sus diversas tareas del cuidado. Demostré que la dimensión relacional del cuidado —el fomento a que los/as niños/as se sociabilizaran entre pares— era facilitada por la existencia de los espacios comunes, donde las *babás* también se vinculaban entre sí (para alivianar el peso de los trabajos individuales) y dialogaban con las madres y con otros empleados. Se conformaba, así, un “contexto de convivialidad específico” (Segura, 2019), donde era posible apreciar relaciones interclase difíciles de encontrar en otros lugares de la ciudad. Simultáneamente, estos espacios también reproducían los componentes de las desigualdades sociales que colocaban a las *babás* en una posición subordinada, a través de restricciones o prohibiciones de uso y circulación. En este capítulo profundizaré en las contradicciones presentes en los trabajos de cuidados de las *babás*: analizaré su universo relacional en el condominio desde sus perspectivas<sup>16</sup>. Comenzaré describiendo, a partir de historias y situaciones puntuales, las relaciones entre las *babás* y sus patrones, y entre ellas y los/as niños/as a su cuidado. Me propongo dar cuenta de los conflictos y padecimientos que ellas experimentaban producto de estos vínculos marcados por la coexistencia de afectos y jerarquías. En primer lugar, a través del análisis de sus relaciones con sus patrones (en el segundo apartado de este capítulo) y, en segundo lugar, con los/as niños/as a su cargo (tercer apartado), mostraré que los cuidados más íntimos convivían con las desigualdades más recalcitrantes. Además, en el cuarto apartado, indagaré en las relaciones establecidas alrededor de las hijas de dos *babás*, quienes participaban activamente en el condominio. En el quinto apartado, abordaré los vínculos que ellas establecían entre sí. Indagar en estos vínculos me permitió conocer otros aspectos de sus vidas, superando, así, los límites del condominio. El último apartado extraerá conclusiones sobre lo abordado previamente.

#### 2. Las relaciones entre *babás* y patrones

---

<sup>16</sup> Como aclaré en el capítulo 1, estas relaciones serán analizadas centralmente desde el punto de vista de las *babás*. Sin embargo, apartado 4.1 (“Juli y Julieta”) de este capítulo aborda un relato desde la perspectiva una residente del condominio. Decidí incluirlo para dar más elementos de comprensión a la perspectiva que las *babás* tienen acerca de sus vivencias.



Como vimos en el capítulo 1, en sus estudios sobre el entrelazamiento entre la intimidad y la economía, Zelizer (2009) sostiene que existe un enorme *trabajo relacional* en los cuidados íntimos. Esto significa que los miembros involucrados en una relación de cuidados precisan construir y (re)negociar constantemente (a esto alude la idea de “trabajo”) la combinación entre los cuidados personales y las transacciones económicas para que la relación se sostenga en el tiempo. La autora considera que hay “relaciones bien ajustadas” cuando existe “una interacción permanente entre el cuidado y las remuneraciones económicas, [por lo que] el conjunto sólo funciona cuando las dos están bien” (Zelizer, 2010, p.383, traducción propia). Sin embargo, en los cuidados infantiles remunerados habitualmente se producen conflictos y tensiones entre los patrones y las niñeras, producto de desajustes o malas combinaciones entre las obligaciones económicas y las obligaciones del cuidado.

En dichas labores, tanto las obligaciones de cuidado como las económicas son altamente variadas. El equilibrio no consiste únicamente en establecer un salario y un horario acordado para determinada cantidad de tareas (aunque, como veremos, la mala remuneración y el no cumplimiento del horario por parte de los patrones son problemas centrales). Existen, además, otros tipos de transacciones económicas que “simbolizan el estatus social de la niñera dentro del hogar y las relaciones sociales entre ella y los miembros de la familia” (Zelizer, 2009, p.197). Estos otros intercambios abarcan la comida que se ofrece a la empleada, las exigencias sobre su vestimenta, las responsabilidades extras como la limpieza del entorno, la autoridad de la niñera con respecto al niño, los pagos extrasalariales y los regalos o las ayudas en momentos de dificultad. Cada uno de estos elementos de intercambio está presente en las relaciones entre patrones, niñeras y niños/as; y su consideración debe ser comprendida según cada caso, si se quiere profundizar en las complejidades y contradicciones de cada vínculo.

Asimismo, las obligaciones de cuidado también son muy variables puesto que se trata de una actividad que lidia con las vicisitudes de la vida de personas particulares, con necesidades diferentes a cada día. La gran dificultad de las funciones de cuidado de las niñeras reside en que “se ven obligadas a satisfacer dos conjuntos de obligaciones a menudo en conflicto: complacer al niño puede significar a veces ir en contra de los deseos de los padres” (Zelizer, 2009, p.197). La combinación de todos estos elementos configura un entramado laboral sumamente complejo que explica por qué los empleos del cuidado “implican un trabajo relacional extenuante: establecer, combinar, reconstituir y a veces acabar con límites, medios, transacciones y relaciones interpersonales íntimas” (Zelizer, 2009, p.228).

En este apartado, retomaré dos relatos de conflictos que se derivaron de diversos “trabajos relacionales” (Zelizer, 2009) presentes en los vínculos entre patrones y *babás*. Esto permitirá identificar mejor los sentidos que las *babás* atribuyen a sus experiencias de cuidado. De esta forma,

entenderemos mejor los “desajustes” de cada vínculo en forma situada y, así, adquiriremos nuevas perspectivas para la desigualdad que enfrentan las *babás* en sus empleos de cuidado.

### 2.1 La historia de Orquídea

Antes de conocer a Orquídea (la *babá* de Miguel), Violeta me había hablado de ella: me había contado que su situación laboral era difícil, por lo que estaba segura de que me iba a interesar conversar con ella. Al preguntarle a qué se refería, me adelantó que Orquídea no disponía de un horario fijo de entrada y salida, contando así con jornadas muy extensas de trabajo. Cuando finalmente la conocí, en las clases de fútbol, pude escucharla en diversas oportunidades quejarse porque el día anterior había vuelto a su casa casi a la medianoche. Generalmente, esto se debía a que su patrona demoraba mucho en regresar, y ella tenía que quedarse hasta esa hora para cuidar del niño, frecuentemente sin ser recompensada horas extras. En cierta ocasión, Orquídea me contó que el médico le había diagnosticado un cuadro de depresión que se debía a las altas exigencias laborales sumadas a las actividades del cuidado en su casa, que estaban integralmente a su cargo.

Zelizer (2009) indica que “en cualquier clase de relación social, quien hace esperar a otra persona marca una desigualdad en la relación que es origen de negociaciones y resentimiento” (p. 206). La investigadora, al estudiar cuidadoras en una guardería, refleja que:

Los padres que llegan tarde para llevar de regreso a sus hijos a sus casas, sin pagar extra, ocasionan un triple daño, por demostrar una falta de respeto hacia la cuidadora, al no permitirle a ésta realizar otras tareas y haciéndole perder dinero (Zelizer, 2009, p.206).

Esta visión de la espera como “práctica de poder” también fue analizada por Pecheny (2017). Al respecto, el autor manifiesta que: “esperar es uno de los medios privilegiados de experimentar los efectos del poder. Por el contrario, la no espera, el no tener que esperar, es experimentado como privilegio o como gracia” (Pecheny, 2017, p.30). Así, la dimensión del tiempo y de la espera deviene un elemento esencial para entender la jerarquía entre Orquídea y su jefa, Teresa (madre de Miguel). Ahora bien, para comprender verdaderamente las causas por las cuales ella no lograba acordar un horario fijo de trabajo, conviene detenernos en la historia de su relación.

Orquídea había comenzado a trabajar en la casa de Teresa hacía nueve años, a la cual ingresó primeramente como empleada doméstica. Se encargaba de las tareas de limpieza y cocina, y para entonces lograba volver a su casa aproximadamente a las tres de la tarde. Teresa aún estaba casada con el padre de Miguel, y convivía con él en el departamento. En esa época, Orquídea llegaba todos los días a las siete de la mañana para prepararles el desayuno a sus dos patrones. Previamente pasaba por la panadería para comprar pan fresco y dos variedades de queso, como le gustaba a su patrón.

La situación cambió radicalmente para Orquídea unos meses después de que nació Miguel, cuando se terminó la licencia de maternidad de Teresa. En ese momento, Orquídea tuvo una charla con Teresa en la cual le manifestó que no quería cuidar de su hijo ya que “con chicos no hay horario de salida” (Diario de campo, diciembre de 2018). Orquídea necesitaba volver a su casa temprano porque tenía que cuidar de sus propios hijos, quienes también eran pequeños en ese entonces. Teresa comprendió y accedió a contratar una empleada para que fuera exclusivamente *babá* de Miguel, y prometió mantener a Orquídea únicamente como empleada doméstica. Sin embargo, la situación se complicó, según Orquídea, por la desconfianza de Teresa sobre la nueva *babá*. Orquídea me contó que su jefa siempre había sido una mujer “muy neurótica y desconfiada” (Diario de campo, diciembre de 2018), pero reconoció que su paranoia se agravó cuando encontró a aquella niñera contratada dándole un alimento lácteo al bebé, que era intolerante a la lactosa. A partir de ese episodio, Teresa comenzó a pedirle a Orquídea que vigilara cada uno de sus movimientos; es decir, que controlara a su propia compañera de trabajo. La situación tuvo su desenlace trágico un día que la *babá* se cansó de la desconfianza y se marchó en llanto, abandonando el empleo.

Inmediatamente, Teresa le propuso a Orquídea (supuestamente la única persona en quien confiaba) que pasara a ser la *babá* de Miguel, y le prometió que contrataría a otra mujer para que se encargara de las tareas de la casa. Orquídea aceptó la propuesta a modo de prueba, y con la condición de poder retornar a su casa como máximo a las seis de la tarde. Durante esta transición, Teresa y su marido se separaron, y ella se encontró con serias dificultades económicas para afrontar el pago de una empleada más. Teresa entró en depresión y tuvo que comenzar a trabajar muchas horas más; y así, paulatinamente, Orquídea fue haciéndose cargo del cuidado de Miguel y del departamento, extendiendo cada vez más su horario de trabajo, hasta llegar a la situación de no tener un horario de salida.

Como vemos, el empleo doméstico en estas condiciones contiene una gran contradicción en tanto “al mismo tiempo que absorbe y retiene a las mujeres, en especial, a las más pobres, negras y menos escolarizadas, es, también, fundamental para la liberación de otras mujeres para el ingreso en el mercado de trabajo” (Brites & Picanço, 2014, p.131). Sin la hiper-responsabilización de Orquídea sobre las tareas de cuidado de Miguel y de la casa, Teresa no hubiera podido mantener su trabajo de gerenta en un banco; y sin este, no hubiera podido permitirse el estilo de vida que conllevaba ser residente de ese condominio.

En todos esos años, Orquídea muchas veces habló con su patrona para revertir esta situación, logrando éxitos temporales. Pero, luego, Teresa volvía a llegar tarde a su casa, complicando nuevamente la vida personal de Orquídea. Hubo veces en que Orquídea amenazó con dejar el empleo si no se lograba cumplir su horario de entrada y salida. Pero siempre que lo decía, Teresa se desesperaba, lloraba, y le decía que no se podía ir porque ella “es como de la familia”. No obstante,

Orquídea me explicó que “no cae en esa”; que sabía que se trataba de una frase común que los patrones les decían a las empleadas, pero que no era cierta. Orquídea le respondía a Teresa que ella no era parte de su familia; que ella solamente cuidaba de Miguel, pero que no era la madre; y que además ella tenía a su propia familia a quien tenía que cuidar.

Para Silveira (2011) la frase “como si fuese de la familia” constituye una ambigüedad. Por un lado, “como si fuese” es un intento por aproximar a esa persona a la familia y, por otro lado, designa que alguien no es ni pertenece al grupo. La tensión se vuelve así protagonista: la *babá* es y no es de familia. Sin embargo, ¿es sólo la biología o el lazo sanguíneo lo que evita su pleno pertenecer? Como revela Silveira (2011):

*La babá vive en la intimidad de una familia. Pero vivir en la intimidad de una familia no quiere decir que ella viva la intimidad de esa familia. A pesar de la proximidad física y emocional en la cual viven las babás, los niños y los padres, hay una zona de preservación a través de la cual la familia puede aislarse en su privacidad. Esto puede ser una ventana para comprender la ambivalencia afectiva de esas relaciones. La proximidad entre las babás y las madres no borra la existencia de las distancias sociales y culturales. (p.126, traducción propia, énfasis de la autora).*

Al preguntarle a Orquídea por las diferencias entre su casa y esta donde trabaja, se generó un clima extraño. Incomodada por mi pregunta, atinó a responderme lo siguiente:

Allá yo hago lo que quiero, a la hora que quiero... acá no. Por más que tenga libertad, es mi trabajo. Acá no es... mi casa es diferente [risa nerviosa]... Acá la casa es de ella, tengo que preguntar [...]. Mirá, si se rompe alguna cosa o desaparece... la casa no es mía... en mi casa, cualquier cosa es mía. (Entrevista a Orquídea, noviembre de 2018).

En este fragmento podemos vislumbrar algunos de los mayores miedos a los que se enfrentaban las *babás* y empleadas domésticas: a romper algún objeto que tuvieran luego que reponer, y a ser acusadas de robo ante la desaparición de alguna pertenencia. Estas cuestiones hacían con que ella diferencie perfectamente entre “estar en su casa” y “en la casa de ella” (la de su patrona). Por más que Orquídea observaba y compartía la intimidad de su patrona y su hijo, esto no quería decir que esa fuera *su* intimidad también. Existían mecanismos omnipresentes que hacían que Orquídea no se olvidara nunca “que estaba en el trabajo”. Estos mecanismos, como señalo Silveira (2011), componen procesos de distanciamiento social y cultural que provocan que, a pesar de la mínima distancia física, exista una gran distancia simbólica entre los patrones y las empleadas.

Sin embargo, pese a todas las asperezas entre Orquídea y Teresa, la *babá* me confesó sentir pena de su patrona, ya que se encontraba muy sola en Rio de Janeiro. Su familia era de Recife (ciudad del nordeste brasileño, a 2267 kilómetros de distancia), y no tenía ningún pariente que la ayudase a cuidar de su hijo, salvo su exmarido que ya había formado otra familia. Además, el padre de Teresa había sido asesinado en un asalto cuando ella era muy pequeña, lo que la hacía sentir más lástima de su patrona. Orquídea reconocía que su jefa la explotaba, pero, simultáneamente, le parecía una buena persona. Además, Orquídea recibía otras retribuciones a cambio de su empleo: su patrona le pagaba

sus consultas al médico, sus sesiones de kinesiología, le daba una tarjeta para que comprara libremente en el supermercado, y ayudó a su hijo a conseguir empleo en un banco. Estos otros pagos extrasalariales, sumados al amor que ella sentía por Miguel (a quien cuidó desde que nació) y también por Teresa, eran decisivos para comprender por qué ella conservaba ese empleo, más allá de sus necesidades económicas y a pesar de las injustas condiciones ya naturalizadas.

## *2.2 La enfermedad de Violeta*

A fines de octubre, mi investigación sufrió un momento crítico. Violeta, una de mis principales interlocutoras (y a quien, para entonces, ya estimaba mucho), padeció repentinamente de una infección generalizada que la sumió por quince días en la terapia intensiva de un hospital. Al enterarme de la noticia, un día en la clase de fútbol, me paralicé completamente. No sólo era muy triste, sino que, además, era completamente inesperado. Habíamos visto a Violeta dos días antes, en el condominio.

Analizando en retrospectiva, recordé que ella se quejaba de cansancio crónico, provocado por sus escuetas cuatro horas de sueño diarias. Como su casa quedaba muy lejos de su trabajo, se levantaba a las cuatro de la mañana de lunes a viernes para llegar a tiempo al departamento de Fernando. Se dormía a la medianoche porque se quedaba haciendo tareas domésticas para ella y para su hija, con quien residía. Así, a la sobrecarga de tareas de cuidado, se le sumaban las dificultades cotidianas que implicaba su movilización diaria hasta el trabajo, además de la intensidad de la propia jornada laboral como cuidadora. Como se mencionó en la introducción, la ciudad de Rio de Janeiro es una urbe altamente segregada; muchísimas mujeres de clases populares se desplazan cotidianamente desde las periferias de la ciudad hacia la zona sur. Allí se encuentran las casas de clases más acomodadas, donde se desempeñan como empleadas domésticas. En el caso de Violeta, su desplazamiento cotidiano hacia el trabajo le llevaba seis horas. Esto repercutió en su calidad de vida.

Esos quince días de internación de Violeta fueron duros para todos los que la conocíamos, ya que su vida realmente estuvo en riesgo. Durante ese tiempo, me mantuve en comunicación con su hermana (quien se hizo cargo de cuidar de Fernando algunos días) y con otras conocidas del condominio para informarnos mutuamente de las novedades médicas. Afortunadamente, Violeta se recuperó y a los veinte días retomó su trabajo, aunque debilitada y con severas restricciones alimenticias. Su retorno, sin embargo, fue áspero debido a un enfrentamiento con su patrón, quien la recibió preguntándole si pensaba ir a cobrar a la oficina del Estado (el Instituto Nacional de Seguridad Social Brasileño, conocido popularmente por su sigla, INSS) el pago por los días en los que se había ausentado del trabajo. Violeta me explicó que, por ley, el Estado debía hacerse cargo económicamente

de los días que las empleadas domésticas y niñeras faltaban al trabajo por enfermedad. No obstante, se trataba de un trámite excesivamente burocrático que ella no estaba dispuesta a hacer. Demandaba muchas horas de fila, gasto de pasajes y papeles; en fin, un tiempo y una fortaleza física con los que ella no contaba en ese momento de convalecencia.

Violeta se molestó mucho por la sugerencia de su patrón. Consideró muy ingrato el hecho de que él no estuviese dispuesto a pagarle los días en que ella estuvo al borde de la muerte. Si bien la proposición del patrón era “lo legal” —porque se correspondía con lo que indicaba la ley de empleo doméstico—, Violeta consideró que no era lo éticamente correcto. Desde su perspectiva: “Él no está tomando en cuenta nuestros años de relación, la cantidad de veces que yo me quedé más horas sin cobrar extra porque entendía que la relación era fuerte y que ellos podían necesitarme” (Registro de campo, noviembre de 2018).

Gilligan (1982) estableció una distinción entre una “ética de la justicia” y una “ética del cuidado”. Mientras que la primera se vincula con formalidades, reglas, derechos y abstracciones; la ética del cuidado se basa en las relaciones, sus responsabilidades mutuas y las circunstancias concretas. De este modo, en la ética del cuidado “la moralidad no se basa en principios universales y abstractos, sino en las experiencias cotidianas y en los conflictos morales de la gente corriente en sus vidas cotidianas” (Tronto, 1987, p.4). Esta ética específica no es, por supuesto, innata: es “la experiencia cotidiana de cuidar provee a estos grupos de las oportunidades para desarrollar este sentido moral” (Tronto, 1987, p.7). Esto explica por qué esta ética es común de ser hallada en las mujeres que tienen a cargo diversos cuidados. Ella es el centro dinamizador de las relaciones para aquellas mujeres cuyas vidas profesionales y personales están enteramente dedicadas a los cuidados. Simultáneamente, es entendible que esté ausente entre los hombres privilegiados, quienes raramente o jamás tienen a los cuidados como centro de sus experiencias vitales. Así, “sus experiencias los llevan engañosamente a pensar que las creencias morales pueden ser expresadas con los términos abstractos, universales, como si fueran puramente cuestiones cognitivas, como una ecuación matemática” (Tronto, 1987, p.8).

El apego del padre de Fernando a lo que la ley estrictamente indicaba generó un fuerte choque moral entre él y Violeta. El cumplimiento de la ley —que, por definición, se aplica de manera genérica a contextos diversos— implicaba un desconocimiento de la historia del vínculo entre Violeta y la familia. El patrón, ateniéndose a la “ética de la justicia” (Gilligan, 1982), propuso no pagarle esos días en que ella estuvo gravemente enferma, y que el Estado se hiciera cargo de subsidiarlos. Sin embargo, Violeta consideró esta insinuación como una grave ofensa a la historia de su relación, a la que ella siempre se entregó con entereza y por la que, en ese momento, no estaba siendo retribuida. De este modo, cumplir con “lo legal”, lo abstractamente correcto, iba en contra de “la ética del cuidado” (Gilligan, 1982) de Violeta, la cual priorizaba el vínculo humano, el responsabilizarse ante

el malestar ajeno, y el considerar la circunstancia específica de su salud; en síntesis: el cuidar de ella cuando verdaderamente precisaba de cuidados.

En esos días, acongojada y débil por la recuperación, Violeta me repetía que los patrones no la valoraban por su dedicación, ni por su esfuerzo ni por su entrega; sino que lo más importante para ellos es que ella estuviese presente para que sus vidas personales y profesionales no se desorganicen. En sus palabras: “Yo no valgo aquí por lo que soy, ni por mi dedicación...sino por lo que mi ausencia ocasiona” (Registro de campo, noviembre de 2018, énfasis añadido). El enojo de Violeta residía en el hecho de que su patrón —a quien además acusó de “tacaño”— en lugar de preguntarle “cómo estoy llevando la recuperación o si necesito alguna ayuda económica para los remedios, lo primero que hace es preguntarme por el dinero de los días que falté” (Registro de campo, noviembre de 2018, énfasis añadido). Estas palabras de Violeta nos recuerdan, como vimos antes con Zelizer (2009) y también en el caso de Orquídea, que las obligaciones económicas esperadas por las niñeras de parte de sus patrones no se limitan a un buen salario. El dinero importa, sí; pero también importa su forma y el momento en que se intercambia, en tanto cada una de estas circulaciones está cargada de atribuciones morales. El dinero que el patrón le estaba negando a Violeta no era importante *per se* o por su cantidad. La relevancia radicaba en su significación, pues sirvió para marcar un límite en la relación: le recordó a Violeta que ella no era un miembro de la familia, que sus cuidados no iban a ser retribuidos en forma de cuidados; y que ella era, en última instancia, prescindible.

Incluso estando vulnerable, Violeta se armó de valor y le respondió al patrón que ella no pensaba hacer ningún trámite porque no tenía fuerzas, y lo intimó a que no le pagara si verdaderamente consideraba que ella no era merecedora de esa suma. Al verla ofendida y desafiante, el padre de Fernando retiró sus palabras y le aseguró que él se haría cargo económicamente de esos días. Al desconsiderar sus funciones de cuidado, evitando la retribución económica, el padre de Fernando estaba produciendo un quiebre en el *trabajo relacional* (Zelizer, 2009) con Violeta, y puso en peligro la continuidad del vínculo. Pero ante la defensiva de Violeta, retrocedió. Sin embargo, sus palabras no podían retirarse: ellas tuvieron un gran peso simbólico sobre Violeta, remarcándole su posición subordinada en la relación.

Brites & Fonseca (2014) llamaron la atención sobre la reciente ley de empleadas domésticas en Brasil, sancionada en 2013, bajo el gobierno de Dilma Rousseff (ley a la que el padre de Fernando aludió en esa ocasión). Si bien esta resultó un avance importante en materia de derechos laborales, “la empleada gana más, pero la patrona tiene menos obligaciones, y esto también puede ocasionar pérdidas, especialmente en lo que se refiere a la consideración de las dimensiones sociales y afectivas del trabajo” (Brites & Fonseca, 2014, p.168). Esto significa que no siempre la profesionalización o la regulación laboral puede ser la solución para todos los conflictos laborales. Por el contrario, una ley que estandariza todos los problemas y traslada las resoluciones a manos del Estado, puede ir en

detrimento del bienestar de las empleadas, quienes, como Violeta, muchas veces no escinden las cuestiones económicas de su dimensión vincular o afectiva.

### 3. Las relaciones *babás* y niños

#### 3.1 “*Todo el mundo se olvida de las babás*”

En mi primera asistencia a la clase de fútbol, todas las *babás* me señalaron lo que consideraban el principal problema acerca de su trabajo: la dificultad emocional que debían enfrentar cuando eran despedidas. Generalmente, el despido se producía porque el niño o niña ya estaba demasiado grande para necesitar de cuidados, aunque también podía producirse por conflictos entre empleadores y *babás*, problemas económicos de los empleadores, cambios de residencia, entre otros. En esa oportunidad todas concordaron en que los patrones las trataban bien *mientras* trabajaban en la casa. Sin embargo, una vez que ya no trabajaban más allí, los patrones dejaban de confiar en ellas.

Según Gardenia, lo primero que hacían los padres —una vez la *babá* no se empleaba más en su casa— era avisarle a la maestra del colegio del niño/niña. De esta manera, se le informaba al establecimiento educativo que la ex *babá* ya no estaba autorizada a buscar al chico en la escuela (y que, en caso de que pasara a recogerlo, no había que entregárselo). Gardenia y Violeta afirmaron tristemente que una vez que terminaba el contrato laboral “todo el mundo se olvida de las *babás*”, inclusive los/as niños/as que ellas cuidaron. Me confesaron que era muy duro soportarlo, y que, por eso, todo el tiempo trataban de recordarse a sí mismas que los/as niños/as a sus cuidados no eran sus hijos, a pesar de que así los sientan, y a pesar de que los cuidaron como si hubieran sido propios. Para el momento de concluir la charla de aquel día, las cuatro *babás* se pusieron de acuerdo: la parte más difícil de su trabajo era encariñarse y luego tener que irse. Porque luego de irse de la casa, nada volvía a ser lo mismo.

La psicoanalista Bastos Lima (2014) alerta sobre la enorme importancia de las *babás* en la construcción de la subjetividad de los/as niños/as de clase media brasileña. Como se discutió en capítulos anteriores, pese a que las familias se apoyen enteramente en el trabajo de las niñeras para la crianza de sus hijos, no reconocen su importancia, o bien invisibilizan su lugar central en dicho proceso. Esta contradicción nos lleva a pensar que “en la fantasía de los padres, ella se presenta como un abyecto, alguien rechazable, pero de quien no pueden prescindir” (Bastos Lima, 2014, p.63, traducción propia). Esta ambigüedad entre la visibilidad/invisibilidad de las *babás* es trasladada al campo psicoanalítico, en el cual abundan testimonios clínicos sobre la omnipresencia de la niñera en las familias brasileñas, pero existe, a la vez, una carencia de reflexiones teóricas acerca de ello.



Como vimos en el segundo capítulo, Segato (2013) llega a conclusiones similares al respecto: “la bajísima atención que se les dispensó en la literatura especializada en el Brasil desentona con el enorme alcance y profundidad histórica de esta práctica y su forzoso impacto en la psique nacional” (p.184). Para la antropóloga, la figura de la *babá* es forcluida: primero, dentro de las subjetividades de los niños/as a quienes ella ha criado y, segundo, en los discursos blancos hegemónicos, imperantes en las diversas disciplinas de la academia. Recordemos que la forclusión es entendida como un repudio a ciertos vínculos amorosos, que, si bien necesarios durante la infancia, deben luego desaparecer durante la adultez para borrar cualquier parentesco con “lo negro”, es decir, con lo que la jerarquización social racista considera como “abyecto”. He aquí la gran paradoja que las *babás* encarnaban y sufrían. Esta contradicción, si bien estaba presente durante sus estancias en los trabajos, se terminaba de evidenciar el día que se marchaban, cuando de ellas se olvidaban.

Gardenia es la que parecía más afectada por la vivencia posterior a dejar un trabajo como *babá*. Me contó que había cuidado de una chica desde su nacimiento hasta sus 18 años. Luego, una vez que la echaron, nada fue lo mismo: la confianza duró hasta el día en que ella dejó de trabajar. Después la relación se fue cortando, inclusive con la chica, que, como me dijo Gardenia, “ahora tiene como 24 años y se la pasa viajando”. De vez en cuando, la joven la llama por teléfono o le manda un mensaje para su cumpleaños, pero para Gardenia eso no es suficiente. Existía demasiado cariño entre ellas para que todo se disolviese efímeramente. Además, me explicó que los padres, en general, intentaban cortar el vínculo entre la *babá* y el hijo/a tras la finalización de la relación laboral. A veces Gardenia era invitada a comer a la casa de ellos, pero ya no iba porque “no le encuentro ninguna gracia” (Diario de campo, octubre de 2018). Porque pasar de un vínculo cotidiano a verse esporádicamente fue doloroso para ella, quien fue “madre de una persona durante 18 años”, y a quien después la alejaron sin más. Concluyó su relato, con bronca, afirmando que “nadie le pregunta a una *babá* si se quiere ir” (Diario de campo, octubre de 2018).

La figura de la *babá* en la casa de familias blancas adineradas siempre ha constituido una ambigüedad (Corrêa, 2007). Por un lado, es la fuente proveedora de cuidados y cariño a los futuros descendientes del grupo familiar, por lo que se la ama y se la incorpora “como un miembro más”. Pero, por otro lado, es una figura externa que corrompe con la supuesta hermeticidad de la familia, y que por lo tanto puede ser fuente de “contaminación” o “peligro” debido a su portación de clase, raza, religión y/o etnia. Como sugiere la autora, la *babá* “cuando es vista de manera benigna es [tratada] como si fuese parte de la familia”; y cuando es vista de manera maligna, es alguien que “trae los males del mundo para dentro de casa” (Corrêa, 2007, p.84). No es de sorprender, entonces, que una vez que su función ya no es necesaria, que se la expulse y se intente romper los vínculos. Ella pasa a representar una amenaza al proyecto familiar blanco de clase media o alta.

Cuando nos conocimos, Gardenia tenía cincuenta años y hacía cuarenta que trabajaba “en casa de otros” (Diario de campo, octubre de 2018). Durante la crianza de esa chica, ella dejó de criar a sus propios hijos, quienes en su momento le guardaron resentimiento por esta causa. Ella no es la única de las *babás* que delega la crianza de sus hijos biológicos a terceros (familiares, vecinas, mujeres a quienes le pagaban por cuidarlos, entre otros); se trata, en cambio, de un fenómeno bastante común entre las mujeres de clases populares en Brasil. Como lo demuestra Fonseca (2007) existe una lógica complementaria en esto:

Una complementariedad entre la dinámica familiar de la mujer profesional, con sus hijos cuidados en el hogar (gracias a la presencia de la empleada), y la dinámica familiar de la empleada, con sus hijos “en circulación” (ya que no hay otra manera para esa trabajadora, mal paga y de poco prestigio, de cuidar de ellos). Sin embargo, mientras la primera es presentada como una alternativa, si no ideal, por lo menos aceptable; la segunda es frecuentemente rotulada como “desorganizada”. (p.18)

Durante mi investigación, Gardenia era la *babá* de Leandro, uno de los niños que jugaba al fútbol. Leandro vivía en otro edificio del barrio, aunque era amigo de los niños del condominio donde desarrollé mi etnografía. En una de nuestras charlas, Leandro se golpeó con la pelota y salió llorando de la cancha hacia los brazos de Gardenia. Lloraba, se quejaba de su dolor y encontró consuelo en los hombros de Gardenia. Ella lo acariciaba, lo mimaba; le dio agua y le dijo que fuera fuerte porque los jugadores buenos se lastiman y vuelven a jugar. Luego de darle unos besos, el niño se recuperó, se dio por satisfecho y volvió al juego. Esta escena me evidenció lo que Gardenia explicaba antes. El vínculo entre ellos era muy fuerte. A lo largo del trabajo de campo, observé que los/as otros/as niños/as también tenían con sus *babás* un vínculo realmente muy íntimo.

Las *babás* conocían cada detalle de los menores: los miedos que sufrían, los juegos que les gustaban, las manías que tenían; en fin, absolutamente todo. Por eso, ellas no se sorprendían cuando los/as niños/as preferían jugar con ellas y no con sus madres biológicas, en presencia de ambas. No era difícil imaginar que la ruptura abrupta de esos lazos debía de ser brutal.

### 3.2 ¿Una segunda madre?

En cierta oportunidad, Violeta me explicó que la *babá* tiene que regular sus sentimientos con relación al niño/a para irse preparando para el día de la partida. Su reflexión no era casual, sino producto de aprendizajes acumulados a partir de su historia laboral. En efecto, ella me contó que sufrió muchísimo en trabajos anteriores —también como *babá*—, cuando al marcharse no pudo ver más a los niños, a quienes echaba mucho de menos. Inclusive, en cierta ocasión, llegó al punto de padecer una depresión debido a esos vínculos tan fuertes que repentinamente se vieron interrumpidos. A partir de esas experiencias de tanto sufrimiento, Violeta me dijo que con Fernando ella intentaba

hacer un trabajo continuo de auto-conscientización, y también de concientizarlo para recordar(se) que la relación entre ellos era pasajera, y que iba a llegar el día en que él sería independiente y ella se iría.

Si bien Violeta y el resto de las *babás* me dijeron que hacían un esfuerzo constante para convencerse a sí mismas que esos chicos no eran sus hijos (así, una potencial ruptura repentina del vínculo “sería más fácil de asimilar”), en el día a día, el vínculo emocional entre ellos/as era lo suficientemente fuerte como para obligarnos a cuestionarnos sobre la existencia de un tipo de lazo de parentesco. Violeta, por ejemplo, (y esto es una denominación muy común en Brasil) se refería a Fernando como su “*filho branco*” [hijo blanco]. Por su parte, Orquídea, quien tenía la piel más clara que Miguel, lo llamaba “*filho marrom*” [hijo marrón]. Como vimos en el segundo capítulo junto a las reflexiones de Segato (2013), la denominación “hijo blanco” tiene su correlato en la histórica denominación de “madre negra”. En cierto sentido, la construcción de este último enunciado opera de la misma forma que la locución “como si fuera de la familia” (señalado anteriormente por Silveira); es decir, generando ambigüedad. Porque mientras la palabra “madre” aproxima a la *babá* al núcleo familiar, el color de piel —un marcador racial— la aleja; la destituye del proyecto familiar que, aunque “marrón”, siempre será blanco o blanqueado.

La ambivalencia de los vínculos entre las *babás* y los niños —es decir, la mezcla entre la intimidad y el amor, de la jerarquía y la desigualdad social/racial— estaba siempre latente, pero se cristalizaba, sobre todo, en momentos de conflicto. Por ejemplo, como me contó Violeta, era común escuchar a Miguel cuando se enojaba con Orquídea decirle: “*vou pedir pra meu pai te mandar embora!*” [¡le voy a pedir a mi papá que te eche!]. Con esto, llama la atención que, desde muy pequeños, los niños aprendían cómo y cuándo activar los mecanismos de dominación. Pero esto no anulaba la dependencia afectiva que ellos tenían con respecto a sus cuidadoras. Se configuraba, así, un ambiente de “ambigüedad afectiva”:

Es imposible dejar de reconocer la existencia de una carga fuerte de afectividad. Esta, sin embargo, no impide una relación jerárquica, con clara demarcación entre jefe y subalterno, esto es, entre aquellos que pueden comprar los servicios domésticos y aquellos que encuentran, en la oferta de sus servicios, una de las alternativas menos duras de sobrevivencia en Brasil (Brites, 2009, p.93-94)

Esta ambivalencia afectiva también se visibilizaba cada vez que Violeta le decía a Fernando que un día ella se iba a marchar porque él ya no la necesitaría. Entonces el niño, triste, le respondía: “Entonces vos vas a cuidar de mis hijos!”.

Resulta curioso que el niño concibiera como primera (y tal vez única) alternativa para seguir viendo a su *babá* la posibilidad de emplearla y convertirse así, en su futuro patrón. Esto podría vincularse, como vimos, con la dificultad de continuar la relación con los niños una vez roto el contrato laboral, tal como manifestaron las *babás*. El niño, al plantear la continuidad del vínculo con Violeta en términos laborales, diseñaba un horizonte de posibilidades limitadas en las que un adulto de su clase podía relacionarse con quien fuera su “madre negra” de pequeño. Es decir, solo

contemplaba continuar relacionándose con Violeta de una manera jerárquica. Ella, a su vez, recibía este comentario con ternura y orgullo por sentirse reconocida en su labor.

#### 4. Las hijas de las *babás* en el condominio

La presencia de los/as hijos/as de las *babás* en la casa de sus patrones, en sus lugares de trabajo, es un fenómeno bastante común en la realidad del empleo doméstico brasileño. Esto responde a diversos motivos, entre ellos —como vimos— a la necesidad de las empleadas de sincronizar su trabajo con sus obligaciones de cuidados familiares. Para quienes precisan llevar a cabo esta simultaneidad de tareas, la negociación con los patrones sobre este tema constituye un asunto clave. Así, muchas veces, las *babás* solían valorar positivamente a los patrones que les permitían llevar a sus hijos/as al trabajo.

En este apartado, consideraré la presencia de dos de las hijas de las *babás* en el condominio. Teniendo en cuenta que sus madres se veían inmersas en relaciones imbricadas entre afectos y jerarquías, entendemos que la presencia de sus hijas también se sumaba a este mismo telón de fondo, generando en el condominio lazos y efectos también duales y contradictorios. Al recibir las mismas etiquetas de clase, raza y género que sus madres (las *babás*), quedaban expuestas a las mismas situaciones de discriminación que ellas enfrentaban.

Primero, analizaré el caso de una joven de veinte años que fue a vivir al condominio junto a su madre, *babá* de una familia. Para reflexionar sobre esta circunstancia, traeré a la discusión una película brasileña estrenada en 2015 llamada “*Que horas ela volta?*” [¿A qué hora ella regresa?]. El filme, dirigido por Anna Muylaert<sup>17</sup>, servirá como hilo conductor para interpretar la historia del condominio que narraré. El segundo caso ahondará en los efectos de la presencia de Malena (hija de Violeta) en el edificio, y a través de diálogos presenciados examinaremos los vínculos que la niña logró establecer dentro del condominio. Traer dos casos cuyas protagonistas difieren notablemente en edad (una tiene 4 años y la otra más de 20) nos permitirá aventurar preguntas que incluyan la perspectiva generacional.

##### 4.1 *Juli y Julieta*

La presencia de los hijos de empleadas domésticas en las casas de los/las empleadores/as se convirtió en un tema muy polémico en Brasil a raíz de la película “*Que horas ela volta?*” (Lana, 2016; De Castro & Nadaletto, 2018). El filme retrata la llegada a San Pablo de la hija nordestina de una

---

<sup>17</sup> Actriz, guionista y directora cinematográfica brasileña.

empleada doméstica. Ella trabajaba como *babá* en esa ciudad, lo que le impedía convivir con su hija en el nordeste desde hace muchísimos años. La joven Jéssica viajó para hospedarse con su madre, mientras intentaba hacer el ingreso a la facultad de arquitectura. Cuando llegó a la gran ciudad, descubrió que Val, su madre, vivía en el cuarto de dependencia de la casa de sus patrones, lo cual desde un comienzo le pareció muy humillante. La película avanza mostrando las reacciones de los patrones, las de Val, y las del niño a quien ella crio (a costa de no criar a Jéssica) ante la presencia de esta muchacha que rechazaba ocupar el lugar de “hija de empleada doméstica”. El problema se originó porque, desde el comienzo, Jéssica se negó a ser servil y sumisa con esta familia que estaba acostumbrada a recibir este trato de parte de Val. El guion enfrenta con astucia la diferencia generacional entre esta madre —quien tiene muy naturalizada las jerarquías dentro de la casa— y su hija, quien persigue un trato igualitario y se niega a ser reverente ante quienes “no son sus patrones”.

Esta discrepancia entre ellas reflejaba determinado momento político de Brasil, en el cual comenzó a disputarse públicamente el lugar históricamente invisibilizado de la empleada doméstica. Así, “Jéssica, empoderada por las conquistas sociales del Brasil pos-Lula, afirma que no es inferior” (Lana, 2016, p.133, traducción propia). La confrontación entre esta madre servil y su hija más liberal dramatizaba una etapa política de Brasil en que las nuevas generaciones de las clases populares — con posibilidades de ascenso social por medio de políticas públicas que permitían su acceso, por ejemplo, a las universidades— ya no estaban más dispuestas a ocupar sus tradicionales posiciones subordinadas, o por lo menos no bajo las mismas formas o condiciones que lo hacían sus padres (De Castro & Nadaletto, 2018).

La alusión a esa película se debe a las similitudes y diferencias que encontré entre con un testimonio recogido en mi trabajo de campo. Se trata de una historia que me contó Julieta, la antropóloga que vivía en el condominio, por medio de quien pude acceder a esta investigación. Según me relató, en el pasado, la hija de Jazmín, Juli, fue a vivir a su casa (en el condominio) durante cuatro años, mientras su madre trabajaba allí como *babá* de Hilda<sup>18</sup>. El marido de Julieta le ayudó a conseguir una beca a Juli para que pudiese estudiar en una universidad privada de mucho prestigio en Rio de Janeiro, que quedaba cerca del edificio. No obstante, a diferencia de los patrones de la película, Julieta y su marido estuvieron encantados de recibirla en su casa. Julieta me contó que para ella fueron cuatro años maravillosos, en los que generó un vínculo muy íntimo con Juli. Compartían salidas, jugaban juntas con Hilda (hija de Julia), “conversaban sobre cosas de mujeres” (Diario de campo, noviembre de 2018), entre otras cosas. Hasta la fecha conservaban una amistad muy fuerte.

---

<sup>18</sup> Jazmín fue la *babá* de Julieta cuando ella era pequeña, y ahora es la *babá* de su hija, llamada Hilda. A su vez, Jazmín tiene una hija, a quien le puso de nombre Julieta, en honor a la primera (pues primero cuidó a Julieta, y luego tuvo una hija). Para diferenciarlas llamaré, de ahora en más, Juli a la hija de Jazmín y Julieta a la antropóloga.

En 2018, cuando yo investigué, Juli no vivía más en el condominio, pero lo visitaba frecuentemente, y por eso tuve la oportunidad de conocerla en la fiesta de navidad. En esa ocasión, a diferencia de su madre, ella no vestía el uniforme blanco típico de quienes trabajan como *babás*, sino que llevaba puesto un vestido muy elegante, unas sandalias altas y unos bellos colgantes. Juli se graduó en Diseño de indumentaria, y trabajaba en una tienda de alta moda en el shopping de *Sao Conrado*. Su vida cambió radicalmente a partir de su paso por la facultad: no sólo se modificó su manera de vestir, sino su círculo de amistades, los lugares que frecuentaba y sus ideas políticas. Todos estos marcadores la diferenciaban de su madre, quien desde muy joven se dedicó a trabajar cuidando de Julieta y de su familia, además de las responsabilidades de sus propios hijos. Por otro lado, mientras que Jazmín siempre se mostró desinteresada por la política (inclusive me manifestó que no sabía si iría a votar cuando para las elecciones presidenciales de 2018), Juli, su hija, se rodeaba de “amigos y militantes de izquierda” (Diario de campo, noviembre de 2018), y también en este punto tenía un tema de afinidad con Julieta.

Sin embargo, durante los cuatro años que vivió en el condominio, Juli, al igual que Jéssica — el personaje de la película—, buscó diferenciarse respecto a la posición que ocupaba su madre en la casa de sus patrones. Según me contó Julieta, en su casa todos solían turnarse para lavar los platos; así, un día lavaba ella, otro su marido y al siguiente Jazmín. Sin embargo, Juli, según me dijo Julieta, durante los cuatro años que vivió en el condominio nunca lavó los platos o hizo ninguna tarea que la asemejase al rol de su madre como empleada doméstica. De manera análoga, si bien Jazmín siempre tuvo permitido usar cualquier baño de la casa, ella siempre se había limitado a usar el baño de dependencia; por el contrario, Juli desde el primer día en el condominio utilizó el baño de Hilda y nunca el del cuarto de servicio. Con relación a todo esto, Julieta y su marido —ambos científicos sociales— eran comprensivos y aprobaban que, a través de sus prácticas, ella buscara distinguirse de Jazmín. En este sentido, sus reacciones fueron opuestas a las de la patrona de la película, quien se mostró muy reacia al hecho de que Jéssica exigiese circular por el espacio doméstico como si fuese una igual. Si bien el trato de los patrones no es el eje que quiero abordar, podemos considerar que el trato hacia Juli de parte de Julieta y su marido constituye más bien una excepción; al mismo tiempo que, pareciera ser que el de la película conforma una generalidad. Si bien Juli fue bien recibida y acogida en el departamento de Julieta, en el condominio su presencia como residente incomodaba y fue señalada de manera negativa.

En cierta oportunidad, Julieta (antropóloga) y su marido recibieron un comunicado de la administración del edificio recordándoles que “las empleadas no pueden utilizar el gimnasio, ya que es de uso exclusivo de los residentes”, aludiendo, así, a la presencia de la hija de Jazmín en esos espacios. Julieta, indignadísima por la correspondencia, respondió que no iba a admitir semejante acto de discriminación, ya que Julieta no era su empleada y sólo se la estaba juzgando como tal por

su color de piel. Aclaró que Julieta era familiar residente y que, como tal, tenía pleno derecho a utilizar los servicios del condominio. Por último, amenazó con iniciar un proceso judicial, caso se repitiera una situación como esa. Sin embargo, a pesar de haber sido defendida y a pesar de la insistencia para que olvidara ese incidente, Juli nunca más regresó a usar el gimnasio del condominio. Así, pese a los cambios y al debate sobre el lugar de las empleadas domésticas, aún persisten con fuerza los imaginarios racistas que niegan la igualdad de derechos. En la película esto se resumía bajo la frase que emitió la patrona con relación a Jéssica: “la quiero de la puerta de la cocina para allá” (Lana, 2016). Parafraseando esto, diríamos que la actitud del condominio para con Juli podría enunciarse como “la aceptamos de la puerta del departamento para adentro”.

#### *4.2 Malena en el condominio*

En otros casos —como vimos para Violeta y Malena en el capítulo anterior—, llevar a una hija al trabajo implicaba, además de conciliar tareas de cuidado, la posibilidad de brindarle acceso a una piscina, espacios de juego amplios y de sociabilizar con los niños/as del condominio. El gozar de ciertos espacios ausentes en sus propias residencias (como la piscina) era vivenciado por Violeta *a través de* Malena, quien por ser pequeña podía evadir restricciones que sí sufría su madre al ser empleada. De este modo, que Malena usufructuara los espacios de ocio constituía para Violeta una relativa reapropiación del espacio de trabajo y, en cierta medida, una compensación por las jerarquías que operaban sobre ella. Sin embargo, pese a Malena ser niña y poder usar los espacios de ocio, su lugar de “hija de una empleada” fue señalado sutilmente a través de dos situaciones que me tocó presenciar durante la fiesta de navidad del edificio.

La primera de ellas sucedió cuando la abuela de Fernando se acercó a su nieto, quien estaba comiendo en la mesa, al lado de Malena. La mujer le preguntó entonces al niño si deseaba que le sirviese un vaso de gaseosa. Fernando respondió afirmativamente, y Malena miró fijamente a la mujer esperando ser servida también, pues claramente era una botella muy pesada para ella. La mujer miró a la niña, cerró la botella y se retiró ignorándola. Por mi parte, presencié la situación de cerca, que si bien carente de diálogo, tuvo una fuerza gestual muy potente. A continuación, procedí a servirle gaseosa a la niña, quien había quedado inocentemente descolocada. Esta situación me trajo a la memoria la frase del almuerzo en la casa de Violeta, y que da el título a esta tesina: “quien sirve no es servido”. La abuela de Fernando, aparentemente disgustada por la presencia de Malena, o simplemente ignorando sus necesidades, decidió que ella —hija de la empleada— no merecía ser atendida ni servida como su nieto. La discriminación, como vemos, se hacía presente en las sutilezas del cotidiano.

En un segundo momento de la fiesta, encontré a Malena sentada al lado de Hilda, otra de las niñas del condominio. Hilda, unos años más grande que la primera, abrazaba y besaba a la hija de Violeta; estaba muy contenta de que estuviera en la fiesta. Me acerqué a ellas para conversar, y le pregunté a Malena si ya se conocían. Hilda, adelantándose, respondió dulce e inocentemente: “Sí, ya nos conocemos. Yo le regalé muchas cosas a Malena que eran mías; por ejemplo, mi bicicleta de más chica y mis ropas viejas. ¿Sabías Malena?”. En ese instante Malena la miró fijamente, pero no respondió nada.

Nuevamente, podemos observar en este comentario inocente de Hilda la “ambigüedad afectiva” (Brites, 2009) que soportaba la presencia de las empleadas y, también, la de sus hijos/as dentro del condominio. En este sentido, se extendían lazos afectivos entre los/as hijos/as de las empleadas y los/as niños/as del condominio que habilitaban, por ejemplo, a la circulación de regalos de parte de los segundos hacia los primeros. Esta circulación, al mismo tiempo, por ser unilateral y por tratarse de las ropas ya usadas, reproducía la jerarquía social en tanto formalizaba las posiciones sociales sobre quienes podían comprar objetos nuevos y quienes accedían a los usados.

Sin embargo, mi propósito aquí no es presentar estos actos como instrumentales, es decir, como si hubieran sido racionalmente efectuados para reforzar los lugares de subordinación y poder. Es preciso nuevamente remarcar la profunda naturaleza ambigua y dual en la que estas relaciones se enmarcaban, en la cual la jerarquía y el afecto no eran dimensiones escindibles, sino que convivían y coexistían, muchas veces sin que los actores sociales se interrogaran o cuestionaran sobre ello.

Por último, cabe preguntarnos por qué Malena podía circular por los espacios de uso común del edificio y no Juli. ¿Por qué la niña podía usar la piscina y Juli no podía usar el gimnasio? ¿Tendrá la edad algo que ver? Es posible aventurar una hipótesis sobre esto y considerar que la edad influye en cómo son vistos esos cuerpos en los “enclaves fortificados” (Caldeira, 2001) como el condominio. El cuerpo de una mujer de 20 años es mucho más “sexualizable” que el de una niña; por el mismo motivo ese puede llegar a ser visto como más contaminante. Como señala Corrêa (2007), la ama de leche —y en la actualidad la *babá*— siempre representó dos peligros, ambos asociados a la presencia de su cuerpo en el espacio doméstico blanco: primero, el peligro de la seducción, debido a que su cuerpo constituye la figura de la “*mulata gostosa*” [mulata sexy]; segundo, el peligro del contagio de todos los males asociados a la pobreza (enfermedades, malas costumbres, entre otros).

Desde este punto de vista, se vuelve relevante considerar la edad como factor que regulaba —disminuyendo o aumentando— los prejuicios que recaían sobre las mujeres de las clases populares. En el condominio, Malena en *bikini* no representaba un cuerpo sexualizado ni contaminante. En cambio, si recordamos el comentario de Violeta acerca de que mandarían a desinfectar la piscina si ella se metiera, nos inclinamos a pensar que su cuerpo en la pileta y en traje de baño sí representaba un peligro; y por algo su prohibición tajante, más allá de la mera intención de los residentes de



distinguirse de los empleados. Por último, nos asombraríamos de ver que en la película “*Que horas ela Volta?*”, sucedía una escena de esta índole con Jéssica. En esta, la joven era arrojada a la piscina por el hijo adolescente de la casa, quien buscaba divertirla. La madre del joven, patrona de Val, al ver esta situación, mandó inmediatamente a desinfectar la pileta acusando haber visto una rata en ella. Esta escena fílmica y los imaginarios de Violeta sobre cómo los residentes del condominio la percibían a ella no estaban demasiado alejados de la realidad.

## 5. El refugio cotidiano: la amistad entre las *babás*

En este apartado me propongo reflexionar, a partir de una serie de vivencias y diálogos, sobre los vínculos entre las *babás*. Para esto, no solo incorporaré escenas dentro del condominio, sino que reflexionaré sobre algunas reuniones que las *babás* organizaron en otros espacios. Una de ellas corresponde a un almuerzo en la *Favela da Rocinha*, barrio donde algunas de las *babás* vivían. Empezaré contando algunos diálogos entre ellas durante sus horarios de trabajo, para luego relatar las demás situaciones.

### 5.1 “*Quien trabaja con niños tiene que estar conectada*”

Era el día más caluroso del verano, según los pronósticos. Como ya era habitual, estaba con las *babás* a un costado de la piscina, sentadas y transpiradas, viendo a los niños divertirse en el agua. Mientras tanto, conversábamos de películas que tenían a niñeras como protagonistas. La conversación se fue sucediendo y derivó a los recursos que precisaban las *babás* para trabajar. Caléndula, quien anteriormente no había querido hablar conmigo, se dirigió en un momento hacia mí y me dijo: “*Quem trabalha com crianças tem que estar conectado com todo o mundo*” [quien trabaja con niños tiene que estar conectado con todo el mundo]. Hizo una pausa y prosiguió: “*É uma troca, entendeu?*” [es un intercambio ¿entendés?]. Sin entenderlo del todo, le pedí que se *explayara* y me explicó que el hecho de que ellas invitasen a los chicos de otras *babás* a jugar a las casas donde trabajaban se debía, parcialmente, a poder ayudar a sus compañeras. Al cuidar de los niños a cargo de otras *babás*, se ayudaban mutuamente cada vez que alguna de ellas necesitaba hacer trámites personales o tareas de limpieza atrasadas.

Esta aclaración de Caléndula resultó sumamente reveladora: comencé a entender las lógicas de circulación de los/as niños/as por el condominio. Empecé a prestar atención a las veces en que los/as niños/as, amigos/as entre sí, se iban juntos a la misma casa; me di cuenta, así, de que muchas veces Violeta se hacía cargo de Miguel y lo lleva a la casa de Fernando no sólo porque son amigos, sino también para ayudarla a Orquídea, quien siempre tenía tareas de limpieza acumuladas. Por su

parte, cuando Violeta estuvo enferma, Orquídea cuidó de Fernando en la casa de Miguel varios de los días en que duró la internación. Del mismo modo, Caléndula, *babá* de una niña, se ayudaba mutuamente con Jazmín, *babá* de Hilda.

Violeta me explicó que el intercambio de favores no era constante, pero que sucedía con bastante frecuencia pues “*a gente sempre está precisando de alguma coisa*” [siempre estamos necesitando alguna cosa]. Efectivamente, a partir de este comentario, observé que “ayudar” significaba que muchas veces una sola *babá* quedara a cargo no sólo del chico/a que habitualmente cuidaba, sino también de alguno/a amigo/a de él/ella, cuya *babá* necesitaba tiempo para realizar otras tareas domésticas.

En su trabajo de campo con *babás* en una plaza, Silveira (2015) recibió la siguiente respuesta de parte de una niñera: “Estás pensando que esto acá [la plaza] es para ellos [los niños]? Esto acá es para nosotras. Si nosotras no venimos para acá, nos volvemos locas. Esto es nuestro ocio” (Silveira, 2015, p.97, traducción propia). A partir de esa revelación, la investigadora cuenta que logró desnaturalizar el espacio de la plaza, dejando de verlo sólo como un lugar donde los/as chicos/as juegan y los perros se pasean, para comprenderlo como un espacio de socialización de las *babás*, donde sus tiempos laborales y sus tiempos de ocio confluían.

Salvando las distancias, algo similar me sucedió en mi investigación tras la explicación de Caléndula. Comencé a ver en los momentos de juego de los/as chicos/as, también una intención de socialización de las *babás* y de colaboración mutua. De este modo, ellas lograban un agenciamiento de su tiempo laboral. Si bien los espacios de ocio del condominio diferían ampliamente de una plaza, podría pensarse que, a los fines prácticos, funcionaban también como lugares de encuentro para las *babás*, donde era posible solicitar la ayuda de pares a través de “llevar a los chicos a jugar a la casa”. Esto está en línea con lo que Kunin (2019) encontró en su investigación con mujeres de la pampa sojera argentina, y que dio en llamar como “prácticas de autocuidado paradójico”:

Podemos afirmar que el autocuidado paradójico implica, justamente, que “cuidarse” y “cuidar” a otros no son necesariamente prácticas excluyentes, como proponen las visiones esencialistas relativas a lo “femenino sacrificial” o a las visiones individualistas del feminismo blanco liberal. La solución para “tener tiempo para una” es tenerlo en simultáneo con tiempo “para otros”. Es decir, haciendo convivir las tareas de cuidado de los hijos con las prácticas de autocuidado (Kunin, 2019, p.352).

Los tiempos de las *babás* y empleadas domésticas eran muy ajustados —debido a la sobrecarga de tareas y a los tiempos de desplazamiento cotidiano—, por lo que resulta muy significativo que ellas hayan encontrado, a través de los lazos sociales en el trabajo, una forma de lidiar con ello. Así, que una *babá* se hiciera cargo por un breve rato de cuidar de los/as amigos/as del niño/a a su cargo era también una forma de brindar algo que ella esperaba que eventualmente fuera devuelto: si un día ella llegara a necesitar dejar al niño/a en manos de otra *babá*, sabía que podría contar con eso. Es decir, al igual que en Kunin (2019) y en Silveira (2015), encontramos que el

autocuidado de las *babás* sucedía en simultáneo a prácticas de cuidado de los/as niños/as del condominio. A su vez, cuidar de sí mismas implicaba, anticipadamente, cuidar de los/as niños/as de otras *babás* por si en alguna circunstancia ellas llegaran a necesitar su tiempo para hacer otras cosas. El cuidado infantil de las *babás* se constituía, así, en un sistema de intercambio; una *troca*, como señaló Caléndula.

## 5.2 Los almuerzos de las *babás*

Las *babás* del condominio y de otros condominios aledaños arreglaban para ir a almorzar a la *Rocinha* una vez por mes. Para eso, se organizaban con anticipación y les pedían permiso a sus patrones para acudir al encuentro. A veces, la fecha coincidía con algunos cumpleaños de las empleadas, entonces la reunión se convertía además en un festejo. Asistí a dos de estos almuerzos. El punto de reunión fue un restaurante de comida al peso, donde las amigas dispusieron una mesa larga para alrededor de diez personas. En esas dos oportunidades conocí a otras *babás* que no había visto antes, pero que volvería a reencontrarme en la fiesta de navidad del condominio. Entre ellas, Girasol, la humorista del grupo. Era graciosa, muy extrovertida y lograba ser el centro de atención de todas las reuniones haciendo reír a sus amigas hasta las lágrimas.

En estos almuerzos, cuando ellas se quedaban sin compañía de los/as niños/as, el tono y los temas de conversación cambiaban mucho respecto a sus reuniones en el condominio. Tanto en esas dos ocasiones como en otro almuerzo en la casa de Violeta al que asistí, percibí que ellas se desinhibían y hablaban de asuntos que no podían tocar en sus horarios de trabajo: bromeaban sobre sus maridos, sobre sus patrones y sobre ellas mismas. Además, circulaban fotos pornográficas de hombres, de quienes también se reían. El humor era un componente esencial en esos encuentros, por el cual canalizaban muchas presiones y desgracias cotidianas a las que todas ellas estaban sometidas. Al igual que en el trabajo de González et al. (2019) “las risas constituyen, así, otro mecanismo estabilizador y mediador, utilizado por las mujeres para restablecer los ánimos y también para reírse de sus propias enfermedades y de situaciones que, en diversos casos, sobrepasan lo gracioso” (p.158). Por este motivo, hacia el final de uno de los almuerzos Violeta despidió con un abrazo a Girasol, tras el cual le agradeció por las risas compartidas ya que “las andaba necesitando” (Diario de Campo, octubre de 2018).

En esos almuerzos, llamó también mi atención la diversidad etaria dentro de este grupo: Jazmín, la más grande, tenía 57 años, mientras la más joven tenía 37. Esta diferencia generacional parecía borrarse cuando ellas se juntaban, pues la similitud de sus experiencias de vida y laborales las hacía congeniar más allá de las edades. Debido a que todas cargaban con un exceso de responsabilidades de cuidado —tanto familiares como laborales—, y al mismo tiempo eran

*descuidadas* (González et al., 2019) por sus allegados, las *babás* encontraban en sus reuniones mensuales “el lugar propicio para compartir los sentires. En él, las mujeres expresan sus problemas, acogiéndose desde la empatía y la comprensión fomentada por el hecho de que comparten historias parecidas, comunes, en sus trayectorias vitales” (González et al., 2019, p.157).

Por todas estas razones, las amistades que ellas forjaron constituían un refugio cotidiano en el cual se resguardaban de la hostil realidad que recurrentemente las acechaba. En estas relaciones, a diferencia de las otras, no había ambigüedad ni contradicciones; por el contrario, había firmeza, seguridad y cuidados mutuos.

## 6. Consideraciones finales

En este capítulo nos sumergimos en el mundo relacional de las *babás*. Específicamente, observamos las relaciones que surgían a raíz de sus empleos de cuidado en el condominio. Primero, recorrimos la historia de Orquídea y Teresa, observando los diversos elementos que estaban en juego en su relación. Se trataba de un vínculo, en términos de Zelizer (2009), en permanente “desajuste”, pues Teresa no cumplía el horario de trabajo de Orquídea, quien a su vez se veía eventualmente obligada a amenazarla con su renuncia, aunque esta finalmente nunca se concretaba. En esta decisión de Orquídea de quedarse en el empleo, jugaban varios factores. Primero, los afectos que ella sentía tanto por el niño como por su patrona. El cariño y los sentimientos de apego que las *babás* cargaban —y que son inevitables en sus trabajos— muchas veces acaban perjudicándolas, llevándolas a tolerar situaciones injustas por compasión a sus empleadores.

Segundo, si bien Orquídea reconocía que era “explotada por Teresa” (Diario de campo, noviembre de 2018) debido a que no recibía pagos monetarios por sus horas extras, también encontraba positivo recibir otro tipo de retribuciones como, por ejemplo, el empleo que Teresa le había conseguido a su hijo. Existía un lenguaje de obligaciones morales y económicas muy particular en su relación de cuidados, que hacía que Orquídea ponderara otros elementos (además del horario laboral y el salario) a la hora de conservar el empleo. Estos pagos no monetarios —que pueden fácilmente escapárseles a un observador externo— eran importantes porque constituían un lenguaje de intercambio específico que le atribuía especificidad a cada *trabajo relacional* (Zelizer, 2009). A lo largo de la historia del vínculo entre Teresa y Orquídea, ambas fueron aprendiendo este lenguaje que hacía que cada una esperara determinadas obligaciones de parte de la otra. A la vez, ambas fueron naturalizando determinados mecanismos de dominación/subordinación a partir de los cuales, por ejemplo, el respeto por el tiempo de trabajo de Orquídea podía ser algo soslayable. Por último, la historia de esta relación evidenció una gran paradoja: la explotación o la sobrecarga laboral que Teresa ejercía sobre Orquídea era condición necesaria para que ella pudiera liberarse de las tareas de

cuidado y, así, desarrollarse profesionalmente. Como es usual, quedaba por fuera de este debate la figura del padre de Miguel, ausente y desligado de sus responsabilidades de cuidado.

En el caso de Violeta —a diferencia de Orquídea, quien permanentemente mantenía una relación desajustada con su patrona—, su enfermedad constituyó una situación puntual de quiebre y de desajuste relacional con respecto a su patrón. La negativa del patrón a hacerse cargo económicamente de los días en que ella enfermó provocó una disrupción en el vínculo, en tanto Violeta consideró que sus obligaciones de cuidado no estaban siendo justamente retribuidas. Sin embargo, sus dichos mostraron que su patrón no solo falló en sus obligaciones económicas, sino que, principalmente, faltó a sus obligaciones de cuidado a través de eludir sus responsabilidades monetarias. El dinero, como vimos con Zelizer (2009), está cargado de significaciones según las circunstancias. La falta de ayuda financiera en momentos de enfermedad fue interpretada por Violeta como un acto injusto y desconsiderado a la luz de los “años de relación” que ellos mantenían. Así, las palabras del padre de Fernando surtieron un efecto disciplinador: le recordaron a Violeta su lugar para esa familia que la apreciaba “*no por lo que ella es, si no por lo que su ausencia provoca*”.

A continuación, analizamos los significados que las *babás* atribuían a los vínculos con los/as niños/as a quienes cuidaban. La gran contradicción que observamos es que estas mujeres los acompañaban durante toda su infancia, satisfaciendo sus necesidades físicas y emocionales, pero luego no eran reconocidas en su labor, siendo a veces incluso olvidadas. Esta paradoja de encarnar el lugar de madre y a la vez de ser socialmente repulsivas (por ser mujeres, pobres y negras) se condensa en la figura de “lo abyecto” (Bastos Lima, 2014); es decir, aquello que se necesita, pero al mismo tiempo se reniega. La forclusión, en los términos de Segato (2013), representa esta misma idea: la *babá* constituye aquella experiencia infantil que no se inscribe en la psiquis, y que retorna en la adultez como perversidad, como violencia y como odio desmedido a todo lo que su figura representa. La negación y renegación de la experiencia maternal de la *babá* está en la base de fenómenos sociales como la aporofobia, la misoginia y el racismo (Corrêa, 2007). Simultáneamente, a modo de círculo vicioso, estos hechos constituyen la experiencia de la forclusión de las *babás*.

Con relación a las hijas de las *babás* en el condominio, vimos cómo sus presencias también se inscribían en el entramado complejo de afectos y desigualdades que giraban alrededor de sus madres. A pesar de que ellas no eran empleadas, también eran víctimas de prejuicios que se aplicaban sobre ellas como extensión de aquellos que pesaban sobre sus madres. Así y todo, notamos que había matices generacionales entre la discriminación que sufría Malena y la que sufría Juli. La edad, nos aventuramos a decir, al intersecar con otros determinantes como la clase, el género y los marcadores raciales, puede producir variaciones en las formas de experimentar la opresión.

Por último, confirmamos que las relaciones que las *babás* forjaron entre sí constituían un refugio en el cual ampararse de las desigualdades e injusticias que sufrían en sus empleos de cuidados.

A través de lazos de solidaridad y reciprocidad, ellas se ayudaban mutuamente a lidiar con la falta de tiempo y la sobrecarga laboral. Además, todas ellas compartían una trama simbólica común adquirida a través de experiencias vitales y profesionales semejantes. Esta trama les permitía compartir un lenguaje ligado a los cuidados y las ayudaban, a través del humor, a reírse de situaciones que eran cotidianas para todas ellas, y que generalmente eran vividas con mucho sufrimiento de forma individual. A través de almuerzos mensuales, las compañeras de trabajo y amigas canalizaban pesadumbres familiares y laborales, al mismo tiempo que se acompañaban en las dificultades y se cuidaban entre sí.

## CONCLUSIONES

### QUIEN SIRVE NO ES SERVIDO, QUIEN CUIDA NO ES CUIDADO

En esta investigación me adentré en la vida cotidiana de un grupo de niñeras empleadas en un condominio de clase media-alta, en la zona sur de Río de Janeiro. Durante meses, mientras realizaba un intercambio académico, acompañé a estas mujeres en sus rutinas de cuidado de niños y niñas cuyos tiempos de ocio transcurría mayoritariamente en las áreas comunes del condominio.

La revisión bibliográfica previa me ayudó a conocer de antemano muchas de las desigualdades y vulnerabilidades a las que las empleadas domésticas están sometidas, especialmente en el contexto latinoamericano y aún más en Brasil. Sin embargo, la inmersión etnográfica me permitió interactuar con otra faceta de estos empleos: la dimensión afectiva y emocional que los cuidados remunerados infantiles entrañan. Con relación a esto, recorrimos, a lo largo de los relatos, diferentes emociones y apegos que atravesaban a las *babás* en sus trabajos. Nos dimos cuenta del inmenso compromiso emocional implicado en sus labores. De todos esos afectos, de todos esos compromisos emocionales, el que más ha impactado en mis observaciones fue el vínculo que las *babás* establecían con los/as niños/as que cuidaban.

No obstante, las desigualdades que oprimían a esas mujeres no quedaron, a lo largo de la investigación, como un mero marco teórico. Efectivamente, al mismo tiempo en que observábamos el amor existente entre las *babás* y los/as niños/as, veíamos cómo la desigualdad y los efectos del poder se colaban cotidianamente en el devenir de sus vínculos, ocasionando sufrimientos muy concretos a las mujeres cuidadoras. Justamente, fue a esta convivencia de sentimientos encontrados —ambivalencias irresolubles producto de una realidad antigua y contradictoria— a la que designamos como la cualidad distintiva de estos empleos. Así, descubrimos que los afectos y las jerarquías, los amores incondicionales y las injusticias sociales se trenzaban con el mismo hilo y se naturalizaban a cada día. Se naturalizaba el amor de estas madres no biológicas y la plena dependencia de sus cuidados; se naturalizaba también el no-reconocimiento de sus trabajos, su exclusión material y simbólica, y su sobrecarga física y emocional.

Aprendimos, en el capítulo dos, que esta naturalización de la simultaneidad del apego y del rechazo por la *babá* tiene una larga historia que la cimienta. Una historia esclavista a la que podemos retrotraernos para comparar el presente y, también, para encontrar continuidades y diferencias. La historia de la ama de leche en la sociedad brasileña no es una cuenta saldada. Sin embargo, considerar que el esclavismo continúa es una idea tan miope como afirmar que han acabado enteramente sus efectos. No se trata de ver en las actuales *babás* y empleadas domésticas una réplica de las antiguas nodrizas, ni tampoco de idealizar la emancipación y las garantías otorgadas por las últimas leyes laborales del empleo doméstico (mencionadas en el capítulo 4). Como nos demostró Segato (2013)

en su magistral texto sobre “El Edipo negro brasileño”, se trata de establecer conexiones honestas con el pasado, que den cuenta de los orígenes y las continuidades de las paradojas construidas alrededor de la figura de la niñera en Brasil. Y, sobre todo, se trata de continuar buscando explicaciones que den cuenta de las obliteraciones de su figura, y así contribuir, mínimamente, a desdibujar sus apagamientos e inscribirlas en la historia pública; en la consciencia nacional, que aún las rechaza, a pesar de erigirse sobre sus espaldas.

A lo largo del trabajo, confirmamos las hipótesis iniciales y las descubrimos más hondas aún. Confirmamos que esta particularidad esencial de sus trabajos (la de reunir constantemente sentimientos amorosos y de proximidad con situaciones de hostilidad hacia ellas mismas) se ubicaba en el centro de sus prácticas de cuidado, y condicionaba las percepciones que estas trabajadoras tenían sobre sus trabajos. Consecuentemente, su función de cuidadoras de niños/as estaba atravesada, en la misma medida, por afectos y tensiones que involucraban a ellas y a las familias para las que trabajaban, fuera solamente como niñera o también como empleada doméstica. Aprendimos que la dimensión afectiva estaba mayormente relacionada con los vínculos que ellas construían con los menores, mientras que la faceta más conflictiva de su labor emergía, principalmente, en los vínculos que ellas trazaban con sus patrones. Sin embargo, como en los casos de Violeta y Orquídea, no descartamos la posibilidad de que en las relaciones entre *babás* y niños/as aparecieran situaciones de discriminación social, y que en sus vínculos con los patrones hubiera un alto componente afectivo, producto de años de trabajo en la intimidad. Sobre lo último, el caso más paradigmático y excepcional resultó ser el vínculo entre Jazmín y toda la familia de Julieta. En ese caso, el conflicto principal no residía entre ellas, sino en el entorno general del condominio, que no admitía un trato igualitario hacia la empleada doméstica y su hija.

En el capítulo tres nos sumergimos en el espacio del condominio, donde las *babás* desarrollaban sus prácticas de cuidado. Repasamos en detalle las rutinas de los/as niños/as y de las *babás*, situándolas en las diferentes áreas de esparcimiento y también en el interior de algunos de los departamentos. Corroboramos que el espacio no era neutro. Sus ordenamientos y sus diferentes usos eran restringidos para las empleadas domésticas y las *babás*, quienes debían mantenerse al margen: de la cancha, de la piscina, del gimnasio. El lugar pensado para ellas era un cuarto diminuto de la cocina. Por todo esto, y a partir de la visión de Heidegger, concluimos que su posición en el condominio podía sintetizarse en la idea de habitantes sin título, sin reconocimiento de su habitación. Así pues, las *babás* y las empleadas domésticas eran las encargadas de velar, cuidar y mantener la vida del condominio, pero no tenían acceso ni plenos derechos a su uso ni a la toma de decisiones. De este modo, los empleadores —habitantes *de iure* pero no *de facto*— se imponían sobre quienes cuidaban de las residencias, dando así forma a una paradoja del habitar.



Ahora bien, cabe decir que esos lugares predeterminados para las servidoras domésticas en los espacios de ocio, esos “costados” o “márgenes”, eran efectivamente percibidos como marginales por las cuidadoras. Sin embargo, pese a que eran conscientes de esto, ellas aprovechaban la existencia de estos sitios intermedios para poder socializar y compartir las prácticas de cuidado. De este modo, las mujeres aliviaban la carga que les suponía el cuidado individual de los/as niños/as en un departamento, donde además había otras tareas domésticas que ellas debían cumplir. El condominio cerrado —ese enclave fortificado que pretende aislar y aislarse del mundo exterior— habilitaba en su seno, paradójicamente, un lugar de encuentro para las empleadas domésticas. Ellas, por su parte, se apropiaban de sus rincones y creaban espacios intersticiales donde la compañía de sus pares las fortalecía, gracias a las risas, la buena conversación y los cuidados mutuos.

Continuando la línea del análisis relacional, en el capítulo cuatro indagamos en los principales vínculos que afectaban a las *babás* en sus trabajos. En todos ellos, salvo en las amistades entre ellas, encontramos contradicciones o paradojas que implicaban tensiones entre el afecto y la desigualdad que las oprimía. En primer lugar, podríamos destacar la paradoja constituyente de lo que Gomes Costa (2002) llamó como “maternidades transferidas”. Durante el siglo XX, las mujeres de clase media y media/alta adquirieron nuevos derechos que les permitieron progresivamente su salida a la esfera pública, antaño exclusiva de los hombres. Sin embargo, la condición de posibilidad para que esto sucediera fue la delegación de las tareas domésticas (entre ellas, la maternidad) a mujeres de clases más bajas y con menor acceso a la educación formal. De este modo, el estilo de vida de muchas mujeres como Teresa era únicamente posible gracias a la contratación de empleadas domésticas o *babás* como Orquídea, quienes sufrían los efectos de la duplicación de las tareas domésticas, entre otras circunstancias que la constreñían.

En segundo lugar, retornamos de manera empírica al concepto de “forclusión” de Segato (2013). A través de los testimonios de las *babás*, conocimos un aspecto de su trabajo que les ocasionaba mucho sufrimiento: su eventual despido y desconexión con el niño/la niña al que cuidaron, muchas veces, desde el día de su nacimiento. De esta manera, las niñeras me señalaron su padecer sobre la falta de reconocimiento como madres. Con el tiempo, la *babá* se convertía en alguien omisible. Su lugar en la casa y en la historia de cada familia —liminal en tanto era un miembro más y a la vez no— carecía de sello, y su ausencia no dejaba una marca relevante. En tanto sujeto *abyecto*, la ambigüedad de su presencia se resolvía el día en que ya no se necesitaban sus servicios: para entonces se la olvidaba, se ninguneaba su importancia en la crianza de esos/as niños/as, o bien se la despreciaba abiertamente.

Un ensayo de este procedimiento fue, quizá, la enfermedad de Violeta. La reacción de su patrón cuando la *babá* regresó al trabajo puso en evidencia diferentes éticas en juego entre ellos. El padre de Fernando, al mostrarse más interesado en el aspecto económico del vínculo, eludió la

pregunta por las necesidades y el bienestar de Violeta. Ella, por su parte, extrajo de esa situación una reflexión muy interesante que echa luz sobre las cuestiones anteriores. Según Violeta, los dichos de su empleador no se trataron simplemente de un desliz de insensibilidad, sino que su actitud reflejó un mensaje respecto a la posición subalterna que ella ocupaba en esa casa. “Yo no valgo aquí por lo que soy, ni por mi dedicación...sino por lo que mi ausencia ocasiona”. Esta frase condensa muchas de las vulnerabilidades relacionadas a la falta de cuidado y reconocimiento para con las niñeras y empleadas domésticas. Las prácticas de cuidado, limpieza y orden generalmente se dan por hechas y se invisibiliza las manos de quienes las realizan. Así, se naturalizaba que la casa estuviera limpia al regresar del trabajo; que hubiera comida en la heladera; que los/as niños/as se hubieran cambiado y que hubieran jugado con sus amigos. Sin embargo, detrás de todos estos logros cotidianos estaban las manos invisibles —mejor dicho, invisibilizadas— de las *babás*, que solo se volvían visibles cuando se ausentaban; es decir, cuando faltaban.

En términos generales, en este último capítulo, corroboramos entonces que los sentidos que ellas atribuían a sus experiencias de cuidados dependían de la calidad del vínculo que lograban establecer con los miembros del grupo familiar que las había contratado. Estas relaciones debían ser renegociadas constantemente en función de las necesidades, de las múltiples desigualdades y de los deseos de cada uno. Sin embargo, en todo momento, nos dimos cuenta de que se trataba de una negociación en la que las *babás* siempre ocupaban una posición estructuralmente inferiorizada.

Por último, encontramos que las vivencias negativas del trabajo y la sobrecarga laboral que las *babás* tenían eran sostenidas por ellas no sólo por una cuestión de precariedad económica, sino también por las redes de contención y amistad que armaban entre sí. Todas ellas formaban una red de cuidados, solidaridad y amistad que fue originada a partir de los vínculos entre los niños a sus cargos, pero que no se limitaba a ello. Esta red, como demostré, funcionaba como un sostén físico y emocional para estas mujeres. Se trataba de lazos de solidaridad entre ellas que las ayudaban a sobrellevar los conflictos y contrariedades inherentes a su trabajo, y que constituían un refugio cotidiano en el cual contrarrestaban socialmente el peso de las desigualdades que sufrían.

Con respecto a esta última cuestión, queda pendiente indagar en las relaciones de estas mujeres en términos de sistemas de intercambio de dones. Recuperando el clásico análisis de Mauss (1991), numerosas antropólogas feministas han planteado que podemos observar en los cuidados un sistema generizado de intercambio, es decir, de obligaciones diferenciales de dar-recibir-devolver según el género (Comas, 2017). Este marcador social, cuando se interseca con otros como la clase y la raza, coloca a las mujeres, pobres y no-blancas en una posición de donantes de cuidados que no reciben devolución ninguna, o por lo menos en su justa manera. Por eso, en las sociedades contemporáneas, “el significado del don tiene que ver pues con la distancia social y las relaciones jerárquicas entre las partes implicadas” (Comas, 2017, p.20).

A su vez, estas mujeres, quienes no reciben o a quienes no les son devueltos sus cuidados propiciados (ya sea de parte de sus patrones, de los niños/as, de sus maridos o incluso de sus propios hijos/as), encuentran un sistema de intercambio completo (dar, recibir y devolver) entre sus pares: aquellas otras mujeres a quienes la falta de cuidados y reconocimiento también las azota. Entre ellas, se establece un sistema de intercambio en el cual el don del cuidado “es una cuestión de moralidad” (Comas, 2017, p.22).

Para resumir, hemos comprobado a lo largo del trabajo la falta de reconocimiento multidimensional que padecían las *babás* en su cotidiano. Desde lo parental, el no reconocimiento como madres y la concomitante forclusión de su existencia; en lo espacial, la exclusión del espacio y el no reconocimiento como habitantes legítimas; en lo laboral, el no reconocimiento de su trabajo y su infravaloración; y, por último, en la dimensión relacional, ya que no eran reconocidas sus propias necesidades de ser cuidadas. Todo esto se debía, en gran medida, a complejíssimas estructuras de poder de larga data, muy arraigadas y vinculadas a opresiones de clase, género y raza. El título que da nombre a esta tesina —una frase pronunciada por una de las niñeras— todavía me resuena y me sorprende con su capacidad de sintetizar muchas de las cuestiones que he intentado abordar en este trabajo. El dicho, probablemente atávico y de origen anónimo, condensa ideas sobre las jerarquías, la desigualdad y la falta de reciprocidad en el mundo de los servicios y, por qué no, en el de los cuidados.

Quedan, no obstante, muchas cuestiones abiertas y por continuar indagando. Este trabajo, como ya fue señalado, se circunscribió principalmente a considerar el punto de vista de las empleadas, o —como reza el libro de Rossi & Campanella (2018)— el punto de vista de “los de abajo”. Sin embargo, existen otras miradas sobre el asunto que descubrí, aunque no alcancé a desarrollar aquí. Por ejemplo, la de los y las patrones de las empleadas, en toda su heterogeneidad posible. También existe la mirada de los/as niños/as del condominio sobre que el mundo que los rodea. Está también la perspectiva de los maridos de las empleadas, con los que cierta vez me crucé y conversé algunas palabras. Recuerdo especialmente la charla con uno de ellos, que era ex portero del condominio y me compartió sus reflexiones sobre las desventajas que él veía en los trabajos de las empleadas domésticas.

Considero que ahondar en la visión de cada uno/a de estos/as actores contribuiría a enriquecer aún más la realidad que conocemos sobre los empleos de cuidado en la ciudad de Río de Janeiro. También estoy segura de que no dejaríamos de encontrar nuevas y más profundas contradicciones sobre este asunto, que es tan importante como urgente de ser abordado. Aún queda mucho trabajo por hacer en esta materia; y aún queda mucho por oír de estas mujeres.

\*\*\*

En junio de 2020, un año y medio después de la realización del trabajo de campo que dio origen a esta tesina, nos encontramos viviendo una crisis global provocada por la pandemia de la COVID-19. Los efectos sociales, económicos, sanitarios y políticos de la crisis vienen siendo fulminantes en Brasil, país que a la fecha concentra una de las mayores cantidades de casos y fallecimientos a nivel mundial. La ciudad de Río de Janeiro, metrópolis que caracterizamos con un alto índice de desigualdad socioespacial, se encuentra en una situación crítica debido a la rápida proliferación de los enfermos/as (especialmente concentrados en los barrios vulnerables), un comando político absurdamente irresponsable, sumado a un sistema de salud colapsado. Hace unas semanas me comuniqué con algunas de las *babás* que todavía viven en la *Rocinha*: casi todas ellas están o estuvieron, en el último mes, enfermas de COVID-19, al igual que sus familiares y allegados del barrio.

La vulnerabilidad de esas mujeres se puso plenamente de relieve en este contexto, y todavía empeoró más. Uno de los audios que recibí de Orquídea (quien enfermó hace unas semanas, al igual que sus hijos) decía: “Al principio fue un agobio...en casa éramos tres enfermos...en verdad, eran dos... porque yo cuidaba de dos, pero ¿quién me cuidaba a mí?” (Conversación telefónica, mayo de 2020). Con esta declaración, sugiero que la máxima que da título a esta tesina se actualiza y profundiza en esta coyuntura, y de este modo se perpetua su lógica. Ante estas circunstancias, considero imperioso leer los acontecimientos actuales en las claves propuestas para esta tesina. Las paradojas que rodean las vidas de las *babás* no son ironías laxas, intrascendentes; ya vemos ahora, precisamente, lo duro que golpean las adversidades a quienes carecen normalmente de trincheras.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abu-Lughod, L. (1990). Can there Be a Feminist Ethnography? *Women & Performance: a Journal of Feminist theory*, 5(1), 7-27.
- Aguilar Pérez, M. (2013). Otriedad solicitada: reclutamiento y promoción de au pairs latinoamericanas ante la demanda de trabajo del cuidado en Estados Unidos. *Documentos de Trabajo CLACSO*, (30), 1-23.
- Álvarez Pedrosian, E. & Blanco Latierro, M. (2013). Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar. *Bifurcaciones*, 15.
- Araujo Guimarães N. & Hirata H. (2016). La frontera entre el empleo doméstico y el trabajo profesional de cuidados en Brasil. *Sociología del trabajo, Nueva Época*(86), 7-27.
- Argaña, E. F. & Dentati, L. C. (2014). La dimensión histórica como posibilidad de repensar críticamente supuestos teóricos y metodológicos de la praxis antropológica. *XI Congreso Argentino de Antropología Social*, Rosario.
- Bastos Lima, R. C. (2014). A importância da babá na construção da subjetividade. *Primórdios*, 3(3), 53-66.
- Becker, Howard S (1993). *Métodos de pesquisa em Ciências Sociais*. São Paulo: Editora Hucitec.
- Bianchi-Pernasilici, G. M., & Piras, G. (2015). Emigración y cuidados: ambigüedades, cambios y continuidades desde la perspectiva de las abuelas cuidadoras en Colombia. *Papeles Del CEIC*, 2015(2).
- Borgeaud-Garciandía, N. (2016). Intimidad, sexualidad, demencias. La relación subjetiva con el trabajo de cuidado en contextos desestabilizantes. *Papeles Del CEIC*, 2016(1).
- Brites, J. & Fonseca, C. (2014). Cuidados profesionales en el espacio doméstico: algunas reflexiones desde Brasil. Diálogo entre Jurema Brites y Claudia Fonseca. *Iconos. Revista de Ciências Sociais*, (50), undefined-undefined.
- Brites, J. & Picanço, F. (2014). O emprego doméstico no Brasil em números, tensões e contradições: alguns achados de pesquisas. *Revista Latinoamericana de Estudos do Trabalho*, 19 (31), 131-158.
- Brites, J. (2009). Afeto e desigualdade: gênero, geração e classe entre empregadas domésticas e seus empregadores. *Cadernos Pagu*, (29), 91–109.
- Butler, J. (1997). *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*. Stanford: Stanford
- Caldeira, T.P. (1997). Enclaves fortificados: a nova segregação urbana. *Novos Estudos CEBRAP*, (47), 155-176.
- Caldeira, T.P. (2001). *Ciudad de Muros. Crimen, segregación y ciudadanía en São Paulo*. Barcelona: Gedisa.

- Campos Machado, M. D. & Lins de Barros, M. (2009). *Gênero, geração e classe: uma discussão sobre as mulheres das camadas médias e populares do Rio de Janeiro*. *Estudos Feministas*, 17(2), 369-393.
- Carrasco, C. (2006). La paradoja del cuidado: necesario pero invisible. *Revista de economía crítica*, 5, 39-64.
- Carrasquer, P., Torns, T., Gil Tejero, E., & Díaz, A. R. (1998). El trabajo reproductivo. *Papers: Revista de sociología*, (55), 95-114.
- Cavallieri, F., & Vial, A. (2012). *Favelas na cidade do Rio de Janeiro: o quadro populacional com base no Censo 2010* (Nº 20120501).
- Colombus, C., Green, B, Lunsford, C., Barnathan, M. (productores) & Taylor, T. (director). (2011). *The Help* [cinta cinematográfica]. Estados Unidos: 1492 pictures.
- Comaroff, J. & Comaroff, J. (2009). *Ethnography and the historical imagination*. Boulder-Colo: Westview press.
- Comas, Dolors (2017). El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales de los cuidados. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, (22 (2)), 17-32.
- Cordeiro Barbosa, F. (2000). *Trabalho e residencia: estudo das ocupações de empregada doméstica e empregado de edifício a partir de migrantes "nordestinos"*. Niterói, RJ: Editora da Universidade Federal Fluminense.
- Corrêa, M. (2007). A babá de Freud e outras babás. *Cadernos Pagu*, (29), 61-90.
- Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43(6), 1241-1299.
- Do Carmo Andrade, M. (2016). Casa-grande (ingenio). Recuperado de: [http://basilio.fundaj.gov.br/pesquisaescolar\\_es/index.php?option=com\\_content&view=article&id=962%3Acasa-grande-ingenio&catid=38%3Aletra-c&Itemid=1](http://basilio.fundaj.gov.br/pesquisaescolar_es/index.php?option=com_content&view=article&id=962%3Acasa-grande-ingenio&catid=38%3Aletra-c&Itemid=1)
- Dumont, L. (1999): *Homo aequalis*. Barcelona, España: Taurus.
- Elguezabal, E. (2018). *Fronteras urbanas: los mundos sociales de las torres de Buenos Aires*. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Freyre, G. (2001). *Casa grande & senzala*. Rio de Janeiro, Brasil: Record.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice: Psychological theory and women's development*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Glenn, E. (2010). *Forced to care: Coercion and caregiving in America*. Cambridge: Harvard University Press.
- Goldstein, D. (2003). *Laughter out of place: Race, Class and Sexuality in a Rio Shantytown*. Berkeley: University of California Press.
- Gomes Costa, S. (2002). Proteção social, maternidade transferida e lutas pela saúde reprodutiva. *Revista estudos feministas*, 10 (2), 301-323.

- Gonzalez, L., Ramos, A., Candido, A., Santiago, S., Ribeiro, D., Schwarz, R., ...Dagnino, E. (2018). Racismo y sexismo en la cultura brasileña En Bringel B. & Brasil A. (Eds.), *Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo* (pp. 565-584). Ciudad de Buenos Aires, Argentina: CLACSO. Recuperado de
- González Torralbo, H., Lube Guizardi, M., Ramírez, A., & Cano, C. (2019). El club como trinchera. Una etnografía sobre cuidados comunitarios entre mujeres mayores en Independencia (Chile). *Revista De Antropología Social*, 28(1), 137-166. <https://doi.org/10.5209/RASO.63770>
- Guber, R. (2014). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Guizardi, M. Lube. (2011). "Genuinamente brasileña. La nacionalización y expansión de la capoeira como práctica social en Brasil". *Revista Araucaria*, 26: 72-100.
- Guizardi, M.L. (2017). *Capoeira. Etnografía de una historia transnacional entre Brasil y Madrid*. Santiago de Chile, Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Heidegger, M. (2016). Construir, habitar, pensar. *Teoría*, (5-6), 150-162.
- Hirata, H. & Guimarães, N. (2012). *Cuidados e Cuidadoras. As várias faces do trabalho do care*. San Pablo: Atlas, pp.1-11.
- Hirata, H. (2016). O trabalho de cuidado. *Sur*, 13(24), 53-64.
- Hirata, H., 2016, "Subjetividade e sexualidade no trabalho de cuidado", en *Cadernos Pagu*, nº 46, pp. 151-163.
- Hochschild, A. (2012). *The managed heart. Commercialization of human feeling*. London: University of California Press.
- Kunin, J. (2019). *El poder del cuidado: Mujeres y agencia en la pampa sojera argentina* (Tesis doctoral). Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.
- Lana, L. (2016). Da porta da cozinha para lá: gênero e mudança social no filme *Que horas ela volta?*. *Rumores*, 10 (19), 121-137.
- Magliano, M. J. & Mallimaci, A. I. (2018). Mujeres migrantes sudamericanas y trabajo de cuidado en dos ciudades argentinas. *Odisea. Revista de estudios migratorios*, (5), 109-134.
- Martínez, A. (2014). Emergencia del sujeto en Judith Butler: entre Foucault y Freud. *Stoa*, 5(9), 57-75.
- Mauss, M. (1991). Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas. En M. Mauss, *Sociología y Antropología* (pp. 53-263). Madrid: Editorial Tecnos.
- Memmi, D. (2003). Une situation sans issue ? Le difficile face à face entre maîtres et domestiques dans le cinéma anglais et français. *Les Cahiers du Genre*, (35), 209- 235.
- Molinier, P. (2016). "Mujeres blancas" en la Comisión Corográfica: Una lectura fabuladora. *Trabajo y sociedad*, (26), 241-255.

- Molinier, P. (2018). El cuidado puesto a prueba por el trabajo. Vulnerabilidades cruzadas y saber-hacer discreto. En N. Borgeaud-Garciandía (Ed.), *El trabajo de cuidado* (pp. 187-210). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación Medifé Edita.
- Museu Imperial (2020). Portal do Museu Imperial [online] Recuperado de : <http://museuimperial.museus.gov.br/>. Accesado en: 29.05.2020.
- Nadaletto, N. R. S., & de Castro, M. L. A. C. (2018). Questionando o poder simbólico no espaço apropriado: uma visão do filme “Que horas ela volta” sob a perspectiva de Bourdieu. *Sociedade e Cultura*, 21(1).
- Nascimento Silva, M. (Septiembre, 2011). A ideia de fronteira como contato: a relação entre os bairros e as áreas da favela na cidade do Rio de Janeiro. *I Seminário internacional sobre espaços de fronteira*. Simposio llevado a cabo en Anais do I Seminário Internacional dos Espacos de Fronteira, Mal. Cândido Random, Paraná, Brasil.
- Novais, F., & Alencastro, L. (1999). *História da vida privada no Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Pecheny, M. & Palumbo, M (comps.) (2017). *Esperar y hacer esperar: Escenas y experiencias en salud, dinero y amor*. Buenos Aires: Teseo.
- Pinho, P. (2015). The Dirty Body that Cleans. *Meridians*, 13(1), pp.103-128.
- Quijano, A. (2014). Raza, Etnia y Nación en Mariátegui. Cuestiones abiertas. En CLACSO (Ed.), *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. (pp.757-775). Buenos Aires, CLACSO.
- Roncador, S. (2018). "La crisis de los criados" en Brasil y la abolición de la esclavitud. In *Los de abajo* (1era ed., pp. 65-77). Rosario: María Julia Rossi Lucia Campanella.
- Rzepnikowska, A. (2015). Convivial Cultures in Multicultural Societies: Narratives of Polish Migrants in Britain and Spain. PhD. University of Manchester.
- Rzepnikowska, A. (2015). *Convivial Cultures in Multicultural Societies: Narratives of Polish Migrants in Britain and Spain*. PhD. University of Manchester.
- Sanches, S. (2009). “El trabajo doméstico en Brasil”. En M.E. Valenzuela & C. Mora (Ed.), *Trabajo doméstico: un largo camino hacia el trabajo decente* (pp. 115-146). Santiago de Chile: Organización Internacional del Trabajo
- Segato, R. L. (2013). El Edipo Negro: colonialidad y forclusión de género y raza. *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda* (pp. 179-210). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Segura, R. (2019). Convivialidad en ciudades latinoamericanas. Un ensayo bibliográfico desde la antropología. *Mecila Working Paper Series*, (11), 1-49.



- Silveira, L. (2015). “Eu sou os olhos dela”: As babás nas imagens, na praça ou uma etnografia do olhar. *Sociologia, Problemas e Práticas*, (77), 95-111.
- Silveira, L. M. (2011). *Como se Fosse da Família. A Relação (In)Tensa entre Mães e Babás*, Rio de Janeiro (tesis doctoral). PPGAS/MN/UFRJ, Rio de Janeiro, Brasil.
- Souza, Jessé. (2000). Gilberto Freyre e a singularidade cultural brasileira. *Tempo Social*, 12(1), 69-100. <https://doi.org/10.1590/S0103-20702000000100005>
- Svampa, M. (2004). *La brecha urbana*. Buenos Aires: Capital Intelectual
- Tavares, G. R. M. (2017). *O trabalho das babás: discutindo o care de crianças no ambiente doméstico*. Doctoral Thesis, Instituto de Psicologia, University of São Paulo, São Paulo. doi: 10.11606/T.47.2017.tde-25072017-102702.
- Taylor, S. & Bogdan, R. (2002). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. México: Paidós.
- Torns, T. (2001). La doble presencia: ¿una propuesta para lograr la conciliación?. *Ponencia presentada en las Jornadas Doble jornada, doble presencia, Pamplona, 17*.
- Tronto, J. (1987). Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. 12, 1-17.
- Tronto, J. (2009). *Un monde vulnérable: pour une politique du care*. Paris: La Découverte. University Press.
- Velho, Gilberto. (2012). O patrão e as empregadas domésticas. *Sociologia, Problemas e Práticas*, (69), 13-30.
- Visacovsky, S. (1995). La invención de la Etnografía. *Publicar*, 4(5), 7-24.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, V. (2010). A economia do care. *Civitas - Revista de Ciências Sociais*, 10 (3), 375-391.

## ANEXO 1

### 1. Tabla 1. Síntesis del perfil de las *babás* entrevistadas. Trabajo de campo etnográfico, 2018-2019. São Conrado, Rio de Janeiro (Brasil)

Babá (pseudónimo)	Edad	Empleo
Jazmín	57 años	<i>Babá</i> de Hilda. También <i>babá</i> de Julieta (madre de Hilda) en el pasado. Además, hace tareas de cocina
Violeta	35 años	<i>Babá</i> de Fernando
Orquídea	46 años	<i>Babá</i> de Miguel y empleada doméstica en su casa
Girasol	44 años	<i>Babá</i> de Amalia y Felipe (trabaja en otro condominio del barrio. Cuida de ellos y también les cocina)
Gardenia	50 años	<i>Babá</i> de Lucio. Además, hace tareas de limpieza general. También trabaja en otro condominio del barrio
Margarita	50 años	<i>Babá</i> de Ramiro
Caléndula	37 años	<i>Babá</i> de Miranda

Fuente: elaboración propia con base al estudio de caso etnográfico desarrollado en Río de Janeiro (2018-2019).